



UNA LUNA
PARA
AMARTE



LISBETH CAVEY

**Una luna
para
amarte**

Lisbeth Cavey

Título original: Una luna para amarte

© Lisbeth Cavey 2024

Diseño de portada: Lisbeth Cavey

Imágenes:

Bing Image Creator

Pixabay: Mrexentric

Maquetación: Lisbeth Cavey

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

[Capítulo 0](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[*Capítulo 48*](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

«Apenas medio segundo después de haber terminado el libro, tras haber leído la última palabra, el lector debe sentirse invadido por un fuerte sentimiento; durante un instante, solo debe pensar en todo lo que acaba de leer, mirar la portada y sonreír con un gramo de tristeza porque va a echar de menos a todos los personajes. Un buen libro, Marcus, es un libro que uno se arrepiente de terminar».

Joël Dicker - La verdad sobre el caso Harry Quebert (2012)

Capítulo 0

Beaully, Escocia, primavera de 1553

El río, con su melodía ecléctica, descendía por el caudal cual banda plateada. Así lo veía Flora, que se entretenía cogiendo pequeñas florecillas y prendiéndolas en su cabello, alborotado por haberse revolcado en la pradera.

A sus trece años, sentía que el mundo se movía más aprisa que ella misma, que era algo más infantil que las otras muchachas del clan de su misma edad.

A Flora le agradaba corretear entre la hierba, trepar a los árboles, bañarse en el río y dejarse mimar por su líquido manto.

Debía volver al castillo, junto a sus padres, de lo contrario, sería presa fácil para el cinturón de su progenitor, quien lo soltaba sobre sus posaderas a la mínima de cambio y sin explicación previa.

Distraída recomponiéndose la ropa andaba, cuando una voz masculina la sobresaltó:

—¿Tú también adoras la soledad, Flor?

Flora se volteó y lo vio allí, a él...

—Demasiado ruido, prefiero la compañía de las flores y el río —dijo ella, quitándole importancia al asunto.

—Ese no es un problema para mí, ya sabes que apenas oigo.

—¿Entonces?, ¿por qué el novio se aleja de la fiesta de su propia boda?

David ladeó la cabeza, aquella respuesta no era fácil.

—Flor, yo no quería casarme, no todavía. Tu hermana es una mujer preciosa e inteligente. La esposa que todo hombre podría desear. Sin embargo, yo no la amo y tampoco la he elegido. Si hubiera podido hacerlo... Déjalo, ya no importa.

—¿Y por qué no te negaste?, eres un hombre, hubiera sido mucho más fácil para ti hacerlo.

David se presionó las sienes.

—Una promesa es una promesa, y una deuda pendiente es mucho más incisiva que una promesa, así que no me quedó otro remedio, chiquitina —argumentó David, haciendo deslizar el dedo índice por la nariz respingona de Flora.

Ella frunció el ceño. Odiaba que David, precisamente él, la viera todavía como una niña.

—No soy chiquitina, tengo ya trece años y mi padre dice que he de dejar de comportarme como una niña, así que será mejor que vuelva a la fiesta. Y tú también deberías hacerlo —dijo Flora algo molesta por las palabras de su nuevo cuñado.

David se llevó la mano a la nuca y negó con la cabeza antes de asentir y ponerse en camino, adelantándose a Flora con sus grandes zancadas.

De pronto, paró en seco y se dio media vuelta. Flora, que andaba distraída, se chocó con él y su cabeza quedó en el duro pecho del *highlander*.

—Algún día me casaré contigo —soltó para sorpresa de la niña.

—No digas tonterías, ¿cómo vas a casarte conmigo si acabas de hacerlo con mi hermana?

—Algo se me ocurrirá —susurró él en el oído de Flora, estaba escandalosamente cerca de ella.

La muchacha se apartó de golpe y porrazo, no era de recibo sentirse atraída por el esposo de su hermana, mucho menos, desear con fervor un beso, un beso de amor verdadero, que sellara sus labios y los hiciera crecer varios años para poder ser ella, y no Freya, la mujer que esa noche se convirtiera en la dueña de su alma.

Sin poder soportar la frustración que sentía, Flora empujó a David con fuerza y arrancó a correr hacia el castillo.

Entró como una exhalación e ignoró los reclamos de su madre, hasta que arribó a sus aposentos prestados en busca de refugio. La muchacha, tras cerrar la puerta, la bloqueó con su propio cuerpo.

—¡¡Flora!!, ¡¡Flora!! —gritó su padre mientras golpeaba la puerta.

Y Flora lloró... Y deseó con todas sus fuerzas que Freya desapareciera de este mundo, un mundo que le había regalado a su hermana el hombre del que estaba enamorada.

Capítulo 1

Siete años después...

Lavarse su propia ropa era para Flora una rutina. Solía acompañar a Nerys, la única sirvienta de su casa, una que le había enviado su hermana cuando enfermó su madre al poco de casarse, pues ella era demasiado joven para llevar sola el gran caserón familiar de los Byset. Nerys era una mujerona que se había quedado viuda al año de contraer nupcias con un herrero de Beauily, y desde entonces se había ganado el pan como sirvienta. Le encantaba pasar el tiempo junto a ella, ya que le recordaba a su propia madre, que después de una larga enfermedad, había fallecido hacía un año.

En esas andaba cuando la voz fuerte y autoritaria de su padre la interrumpió en el momento más divertido, ya que se hallaba con Nerys y la sirvienta de una casa vecina, escuchando cómo esta última se quejaba de modo teatral sobre su señora. Su padre la llamaba a voz en grito y cuando eso ocurría, era mucho mejor no hacerlo esperar.

Flora se despidió de las dos mujeres y arrancó a correr hacia su casa. En la puerta la esperaba su progenitor, quien, rojo de ira, profería insultos y blasfemias contra el de siempre, David Fraser, su yerno.

—¿Qué ocurre, padre? —inquirió Flora, intentando por todos los medios que este no notara su hartazgo.

—Acaba de llegar esto —dijo el hombre mientras agitaba un documento de modo enérgico —, ni siquiera ha sido capaz de venir él mismo a decírmelo en persona. Maldito demonio... —masculló entregándole la misiva arrugada a Flora.

—Me apena enormemente comunicarle la muerte de su hija. Es de vital importancia que acuda con la mayor brevedad a Dounie —leyó Flora en voz alta, impresionada por la frialdad de las palabras de su cuñado.

—Prepárate, salimos de inmediato —ordenó su padre con dureza.

Flora negó con la cabeza, ¿por qué parecía que nadie lamentaba la muerte de Freya?, era su hermana, sangre de su sangre.

Se habían criado juntas, hasta dormían en el mismo cuarto. Sin embargo, había algo que las separaba, un muro pétreo invisible que Flora jamás supo descifrar. Incluso se había aventurado en alguna ocasión a preguntarle a su hermana el motivo de aquel comportamiento frío para con ella, si bien, jamás le había dado una respuesta más allá de un cambio de tema radical.

En sus respectivos caballos, Flora y su padre emprendieron el camino hacia el castillo de Dounie.

Hacía meses que no sabían nada de Freya, pues, desde que se había casado con David, se había alejado de su familia y había reducido el contacto a ocasiones especiales. Otro enigma más sobre su hermana que Flora ni se molestaba ya en averiguar.

Su padre cabalgó en silencio mientras ella se limitaba a seguirlo, inmersa en su mundo interior, uno hecho a su imagen y semejanza. El mundo donde vivía se le antojaba demasiado triste y anodino.

En Dounie los esperaba un serio y frío David, que los condujo tras un saludo gélido a las habitaciones de Freya, donde ella había decidido tomarse el descanso eterno.

—Una de las sirvientas la halló sin vida ayer por la tarde. Nadie sabe qué ocurrió. Estaba en el suelo y parecía haberse dado un golpe en la cabeza, pero no creemos que fuera lo que la mató —le explicó David a su suegro.

Anderson Byset lo escuchó con demasiada paciencia, su pasado de guerrero le confería un aspecto embrutecido que infundía bastante temor.

Flora no le temía, sabía que, en su interior, no era más que un hombre atrapado en el remordimiento y el dolor. Remordimiento por haber pasado demasiado tiempo en el campo de batalla mientras su esposa languidecía y se encargaba de criar a sus dos hijas prácticamente sola.

Dolor por haberla perdido demasiado pronto, cuando ya no sentía la llamada de la lucha en su ser y prefería una vida más tranquila.

—¿Y tú dónde estabas, maldito?! —preguntó Anderson sin pizca de contención, ya demasiado había durado su comportamiento comedido.

—En mis quehaceres como hijo de lord Lovat, mis obligaciones no son pocas, sir Byset —mintió David, y una imagen junto a Lair, su amante, volvió a su mente al acto.

Flora permanecía en un segundo plano, dolida por la muerte de su hermana, sí, pero no tanto como se podría esperar. ¿Por qué no había sido capaz de soltar ni una lágrima por ella?

Anderson no replicó, de algún modo comprendió que no era momento de reproches.

Enterraron a Freya al amanecer, su cuerpo ya mostraba los primeros signos de la descomposición y el olor dulzón de la muerte se había instalado en la alcoba donde descansaba.

Flora recordó el momento en que entró en sus aposentos y la vio tendida en la cama, sin vida.

Se aproximó a ella y tomó su gélida mano. Sus uñas estaban azules y la piel nívea, acusaba las livideces cadavéricas. Alrededor de la boca tenía llagas y sus ojos cosidos le daban al cadáver un aspecto siniestro que a Flora le produjo unas ganas enormes de vomitar.

Aquella imagen no se le quitaba de la cabeza y se reproducía una y otra vez como una melodía molesta y repetitiva en su mente.

En el cementerio observó a David, que había permanecido impertérrito durante todo el acto. Él se percató de la mirada curiosa de su cuñada, y le dedicó una a Flora, cargada de una intensidad que ella no supo interpretar.

Flora se llevó la mano al pecho..., en su mente una duda y unas palabras del pasado: *algo se me ocurrirá.*

Capítulo 2

Tres días permanecieron Flora y su padre en Dounie. Tres días en los que apenas se comunicaron con el resto de la familia Fraser. Por alguna razón, era como si los rehuyeran, como si fueran culpables solo por existir y respirar en su castillo.

La noche antes de partir de nuevo hacia su casa, Flora fue enviada a sus habitaciones; según su padre, debía mantener una seria conversación de hombre a hombre con David.

Por mucho que Flora le preguntó a su progenitor, este no dio su brazo a torcer y no le confesó el motivo de tal misteriosa conversación. El mutismo fue absoluto, hasta que, al día siguiente, Anderson le comunicó que se quedaba en Dounie. Según él, David había reclamado casarse con ella y así debía ser.

—¿Por qué he de casarme con David Fraser, padre? Mi hermana acaba de morir y me parece del todo siniestro solo pensarlo —argumentó ella con decisión.

—Has de casarte con él porque lo digo yo, y ante mi palabra no hay discusión posible —espetó su padre con autoridad.

—¿Y mi voluntad?, ¿no cuenta? —inquirió Flora con evidente disgusto.

Anderson, que ensillaba el caballo sin mirar a su hija a la cara, paró en seco.

—A ver, hija, ¿sabes qué eres? Eres una mujer, y como tal has de comulgar con lo que decidan para ti tu padre, y después tu marido. No eres la dueña de tu voluntad, así que vuelve al castillo y acepta tu destino.

Flora se quedó helada, como si el invierno le hubiera caído en el cuerpo con fuerza. ¿Cómo podía su padre relegarla a ser el segundo plato del marido de su hermana?

Cuando solo era una niña bebía los vientos por David Fraser, pero aquel amor de juventud murió el día en que él se convirtió en el esposo de su hermana.

¿Qué sentido tenía ahora que ellos dos contrajeran nupcias?

—Padre, yo...

—Ni padre ni nada, vuelve al castillo, tienes suerte de que, a tu edad, un hombre quiera casarse contigo, y no cualquier hombre, ni más ni menos que el futuro lord Lovat. ¿Te parece poca cosa para ti?

Flora, que no daba crédito a lo que acababa de ocurrir en las caballerizas, volvió como un cordero huérfano a la que había sido su habitación en los últimos días.

A su paso, los habitantes del castillo, la familia Fraser, el servicio..., hasta un perro que buscaba con ahínco algo para llevarse a la boca, la observaron con hostilidad mientras seguían su estela con la mirada.



David cabalgó con furia sin rumbo fijo, solo necesitaba quitarse de encima la culpa, sí, la culpa que carcomía su ser con una fuerza sobrehumana, golpeándole el corazón hasta destrozárselo a latidos.

Quizá, si no hubiera estado retozando con su amante, podría haber impedido la muerte de Freya. Podía desearle muchas cosas, pero la muerte eran palabras mayores.

Detuvo el caballo y desmontó. Se arrodilló en la pradera y dio puñetazos en la hierba donde los cardos crecían ajenos al daño que podían hacer a los incautos llenos de remordimientos que decidían clavar sus puños en ellos.

—¿Por qué, Freya?, ¿por qué? —masculló sin fijar la vista en ninguna parte, estaba seguro de que el cielo no sería lugar para la que había sido su esposa en los últimos años.

Cuando descargó toda su ira decidió volver al castillo. Allí se había quedado Flora, la mujer que tendría que haber sido suya desde un principio, y no su hermana.

Quería su premio, una compensación por todo lo sufrido, y no se le ocurrió mejor regalo que tenerla a su lado.

Su voz interior le gritaba: «¡¡¡¿Pero y si ella no te ama?!!! Si solo fuiste un capricho de adolescente atolondrado, difícilmente corresponderá a tu amor, necio, que eres un necio».

Atravesó el patio de armas y se dirigió a las habitaciones. Sabía la puerta exacta a la que tendría que llamar si quería verla, pero no era de recibo que lo hiciera. Por lo que le había dicho Anderson, Flora era de armas tomar y ya no quedaba nada de la dulce y traviesa niña del ayer.

De hecho, había podido comprobar el cambio enorme que había experimentado físicamente hablando. Siempre le había gustado, sabía que debía esperar, ya que Flora era solo una niña, y él lo hubiera hecho encantado para casarse cuando ella alcanzara una edad suficiente como para hacerlo. Pero todo se torció y acabó junto a Freya y..., no quería recordar qué había representado su esposa para él ni para los suyos.

Se detuvo delante de la puerta de la alcoba de Flora y estuvo tentado a estampar sus nudillos en esta, mas no lo hizo. En su lugar, acarició la madera avejentada y suspiró.

—¿Qué pretendes? —la voz de Flora lo sorprendió sobremanera.

La tenía detrás, con los brazos cruzados y una expresión que derrochaba enfado por todos los poros de su piel.

—Solo miraba la puerta. Está muy vieja y creo que ya va siendo hora de que se sustituya. Hablaré con mi padre, estoy seguro de que no habrá problema —soltó de carrerilla, sabiéndose pillado infraganti.

—No has respondido a mi pregunta —espetó ella con desprecio.

—Ammm..., pues no sé a qué te refieres, Flora, pasaba por aquí y...

—Por Dios, David, deja de decir sandeces. Lo que quiero saber es por qué estoy obligada a sustituir a mi hermana en tu lecho.

David abrió mucho los ojos. Flora seguía siendo directa y no se andaba con rodeos a la hora de comunicar exactamente lo que quería.

—No se trata de eso, Flora, de verdad, no pretendo que seas la sustituta de nadie. Solo quiero que seas mi esposa...

—Claro, tu esposa. Te recuerdo que te casaste con mi hermana y desde entonces para mí eres un hombre prohibido —dijo Flora con determinación, alzando el mentón para crecer un palmo al menos.

—No me digas eso, sabes muy bien que me casé obligado.

—Podrías haberte negado, ya te lo dije en su día, y no lo hiciste. Consentiste un matrimonio que no deseabas y ni más ni menos que con mi hermana. David, yo... Bah, déjalo estar.

—¿Tú qué, Flora? —inquirió aproximándose a ella y enmarcando su rostro con las dos manos.

—¡¡¡Yo nada!!! —bramó Flora quitándose las manos de David de la cara de un tirón.

—Flora...

—Déjame en paz —espetó ella antes de entrar en la habitación y cerrarle la puerta en los morros a David.

Capítulo 3

Simon se echó hacia atrás en el respaldo de su silla. Se hallaba en el despacho y su mano derecha y primo, Angus Fraser, lo observaba con curiosidad, hacía al menos un minuto que le había hecho una pregunta y todavía no se había afanado en responderla, pues parecía haberse quedado mirando a la nada.

Angus carraspeó.

—¿Decías algo? —preguntó Simon contrariado.

—Decía, primo, que si no habíamos tenido bastante con tener a una Bysset en esta casa..., que qué locura era esa de que David se case con la hermana de esa...

—Cállate, Angus, y no discutas mis decisiones.

—Pero, Simon, te aseguro que cuando me enteré de que esa mujer había muerto, me emborraché de puro gozo. Nos habíamos quitado un peso de encima en este castillo, porque desde que ella llegó todo se tornó sombrío, y tú sabes que estoy en lo cierto, esa harpía era la maldad personificada.

—No hables así de la difunta, de lo contrario me harás pensar que tuviste algo que ver con su muerte.

—¿Yo?, parece que no me conocas, primo. Si por mí hubiera sido, una buena daga en el corazón y se acabó lo que se daba. No soy de los que envenenan con belladona. Y tal parece que eso es exactamente lo que ha ocurrido.

—Shhh... Cállate, insensato, esto solo lo sabemos tú y yo. Para todos los demás, incluido mi hijo, Freya ha muerto sin más. ¿Lo has entendido? —inquirió el *laird*.

—Bufff... Qué remedio —soltó Angus con un deje de hartazgo.

Simon se retrepó en el sillón.

—El problema es que no sabemos quién ha podido hacerlo, ni si estamos en peligro o el asesino solo quería quitarse de en medio a Freya. Y lo peor es que muchas personas querrían quitarse de en medio a esa mala mujer, incluidos nosotros mismos —argumentó Simon bajando la voz.

—Es la primera vez que envenenan a alguien entre estos muros, primo. Yo diría que no tenemos nada que temer y que el objetivo de la persona que nos ha hecho este favor no era otro que dejar de escuchar la escalofriante voz de Freya Byset.

—Puede ser, aun así, debemos estar alerta. Entre estos muros hay un asesino y puede volver a matar, así que lo mejor será que no bajemos la guardia.

Capítulo 4

El sueño se quebraba y David no hacía más que ver como Freya brindaba frente a él y se bebía el vino. Lo siguiente era una sensación de somnolencia y el cuerpo de Freya inerte en el suelo. Aquella imagen golpeaba su mente una y otra vez, aunque nunca la hubiera vivido. ¿Tenía remordimientos?, puede, sin embargo, una sensación de alivio poblaba su pecho desde que ella exhaló su último aliento.

Sus ojos se quedaron abiertos y midriáticos, su mirada apuntaba hacia él y por puro instinto trató de cerrárselos, pero todo intento fue en vano, así que una de las sirvientas propuso que lo mejor era cosérselos, y ella misma lo hizo.

David sintió un enorme escalofrío. Pensó que el compromiso con Flora sería un hecho lo suficientemente importante para que borrara aquellas imágenes tétricas de su pensamiento. Mas no fue así, y las noches eran insomnes y los días inquietos.

Pensó en Freya, pero no la Freya de ojos cosidos y piel violácea, la Freya que arribó al castillo Dounie siete años antes, bella e inocente, al menos, fue lo que le pareció en un principio.

Era una mujer de porte regio y modales exquisitos. Su larga cabellera rubia y su tez sonrosada la hacían parecer una reina. Su timidez era tal, que consumaron su matrimonio totalmente a oscuras, porque a ella le daba vergüenza que su esposo la viera.

David no sabía el momento exacto en que lo hizo, pero aquello cambió.

Freya pasó de ser una mujer apocada y tímida a una desinhibida que parecía no tener sentimientos, y, si los tenía, probablemente estuvieran muy escondidos, porque jamás, en el tiempo que vivió en el castillo, mostró un poco de compasión por ser humano alguno.

Sin que fuera consciente del paso del tiempo, el crepúsculo se cernía sobre el horizonte, dándole la pista necesaria a su estómago para rugir de puro hambre.

Bajó al gran salón, donde sus padres y su prometida aguardaban su presencia, esta última ni levantó la cabeza del plato cuando él saludó.

—Pensaba que no bajarías a cenar, hijo —dijo de pronto Eloise, su progenitora.

—Pues ya ves que te equivocas, madre. Estoy hambriento —anunció con una sonrisa y la actitud forzada que jamás la engañaría.

Esta lo observó con curiosidad.

—Pues bien, estaba hablando con Flora de los preparativos de la boda —dijo Eloise con tiento.

—Ammm..., muy bien, quiero que se celebre pronto —apuntó él llevándose un trozo de pan a la boca.

Flora le dedicó una mirada inquisitoria.

Tal parecía que todos hacían planes y mangoneaban su vida sin que ella pudiera ni siquiera rechistar. Así que prefería callar y dejar que siguieran con sus patéticos preparativos.

—Lo conveniente sería esperar unos meses, hijo, acabamos de enterrar a tu esposa... —le aconsejó Eloise.

Flora no tenía hambre, y una bola de algo difícil de identificar recorría su esófago y amenazaba con salir de su boca con fuerza, mucha fuerza.

Intentó respirar hondo, pero le era del todo imposible controlar su agitación.

—He esperado siete años, así que no me pidas que espere más, madre. Hice lo que se me ordenó en el pasado, ahora soy yo el que dirige mi vida. Por lo tanto, quiero casarme con Flora y quiero hacerlo cuanto antes.

Flora resopló antes de levantarse de la silla como un resorte y alejarse a la carrera. Salió al patio de armas y allí vomitó.

David se acercó a ella, acarició su espalda y con dulzura le preguntó:

—¿Qué te ocurre?, ¿te encuentras bien?

Flora se irguió y con los ojos anegados en lágrimas, espetó:

—Es obvio que no, y si tuvieras un mínimo de compasión, entenderías que necesito estar sola. Que tú, con tu egoísmo, has decidido mi destino, un destino que ya no deseo.

—Flora, no me desprecies, he pasado todos estos años pensando en ti, no ha habido un solo día en que mi primer y mi último pensamiento no fueran tuyos.

—Claro que te desprecio, ¿cómo crees que me siento al recordar que me dijiste que se te ocurriría algo para un día casarte conmigo?, y mi hermana, de golpe y porrazo, sin enfermedad, sin más, muere. Y tú, con su cuerpo recién enterrado, pretendes que nos casemos. Es que es tan macabro...

—Lo sé y lo siento..., pero tú no sabes, no sabes por lo que he pasado... —confesó él con las manos temblorosas.

—Tú, tú y nadie más que tú. Deberías contraer nupcias contigo mismo, estoy segura de que

tendrías felicidad plena.

—Flora...

—¿David? Déjame en paz, necesito estar sola.

Y Flora se marchó de nuevo, dejando a David sumido en un mar de reproches hacia sí mismo.

«¿Y si en verdad ella ya no me ama?, ¿y si nunca lo hizo?».

David volvió a la mesa y se sentó.

Su padre le dedicó una mirada dura.

—Te dije, hijo mío, que no era una buena idea. Otra mujer Byset, creo que ya has tenido bastante con una —apuntó Simon.

—¿Pero por qué no?, Flora no es como Freya y estoy seguro de que me hará feliz.

—¿Y ella, hijo?, ¿ella será feliz?, te has empeñado en casarte con Flora en contra de su voluntad. ¿O es que no has visto sus ojos vidriosos de tanto llorar?, ¿crees en verdad que seréis felices si os casáis?, yo te diré la respuesta. No, no lo seréis.

»Muchas chicas del clan estarían encantadas de casarse con el futuro lord Lovat. Y no comprendo por qué precisamente eliges a la que no te corresponde.

—Flora sí me ama, lo sé, lo siento en mi pecho. Era una niña cuando nos conocimos, yo era algo mayor que ella y aun así me enamoré como un condenado, ella también de mí. Pero la ambición de su padre y la deuda que tenías con él hicieron que nuestro amor se truncara.

»Sé que esos sentimientos siguen en su interior, latentes, solo necesita tiempo.

—Pues déjala ir y dale ese tiempo, hijo mío —dijo Eloise con decisión—, si en verdad te ama, volverá a ti.

—No puedo hacerlo, madre. Soy incapaz, tengo demasiado miedo a perderla de nuevo.

—Pues entonces, hijo mío, es que no estás tan seguro como dices de su amor...

Capítulo 5

Eloise tenía razón, aunque a David le costara un mundo admitirlo, y, de hecho, no lo hubiera hecho ante los demás, sino ante sí mismo, para sus adentros.

Un bocado enorme en el estómago le decía «déjala ir, no puedes cortarle las alas al libre pajarillo, como no puedes pretender que una mujer te ame a la fuerza, lo único que conseguirás será que te odie por la eternidad».

—¡Maldita sea! —exclamó.

Había imaginado una vida de luz y color junto a Flora, de verdad que lo había hecho. Y ahora sus pensamientos le decían a voz en grito que se detuviera, que no iba bien, que la vida no se podía dirigir a tus anchas sin el beneplácito del prójimo.

En su habitación, bien entrada la noche, todo eran pasos y crepitar del fuego, con el ruido de fondo de la estridente voz de su conciencia que era lo único que escuchaba. Tenía que hacer algo y como hombre impetuoso que era, lo haría ya...

Salió de la estancia dejando la puerta abierta tras de sí. Se dirigió a los aposentos de Flora, que, con toda probabilidad, no se molestaría en abrirle, pero él sabía cómo convencerla.

Cuando estuvo ante la puerta, llamó suavemente con los nudillos.

Al otro lado, la dulce y afligida voz de Flora preguntaba quién osaba molestarla, bueno, ella solo dijo algo como «¿quién eres?».

Pero nadie contestó. Repitió entonces la pregunta, esta vez elevando el tono de voz.

—Soy David, ábreme, por favor, he de hablar contigo.

—¿Tan tarde? —preguntó ella abriendo la puerta mínimamente para que se le viera un ojo y un trozo muy pequeño del rostro.

—Quiero proponerte un trato, así que sí, ahora es el momento. Quizá mañana ya no tenga las mismas intenciones, y estoy seguro de que te interesará mi propuesta, aunque sea a estas horas.

Flora se quedó muda durante unos segundos en los que pareció sopesar los pros y los contras de dejar entrar a David en la alcoba.

Pensó con rapidez, ¿y si ese trato la liberaba de una boda que no deseaba?, se convenció a sí misma de una certeza, que el mundo era de los valientes, de los que son capaces de desafiar los obstáculos, pero, por otro lado, ese mundo estaba lleno de valientes que habían perecido precisamente por su propia osadía.

—Qué demonios —masculló antes de abrir la puerta completamente y franquearle el paso a David.

Él parecía azorado, y estaba muy inquieto. Frotaba una de sus enormes manos contra la otra y el cabello le caía en mechones desordenados por la frente, dándole un toque desaliñado y a la vez salvaje y atrayente.

Sí, eso mismo había pensado Flora, que aquel rechazo hacia él era ni más ni menos fruto de una atracción que todavía permanecía latente y que se había negado a sí misma.

—Cierra la puerta —ordenó él. Flora lo miró con el ceño fruncido—. No voy a hacerte nada malo, solo necesito hablar y dejar este asunto zanjado hoy mismo.

Flora hizo lo propio y se cruzó de brazos antes de instarlo a que hablara ya o callara por siempre jamás.

—Quizá he sido un necio al pensar que caerías rendida a mis pies si te pedía en matrimonio —admitió.

Flora asintió con la cabeza.

—Está bien que lo reconozcas.

—Lo cual no significa que mis ideas hayan cambiado. Sé que me amas, como yo te amo a ti. Por ello, quiero que me regales tiempo, no mucho.

—¿Tiempo?, no entiendo —intervino Flora.

—Tiempo para reencontrarnos, para que surja de modo natural eso que un día sentimos y que sé que nunca murió. Quiero llenar mi mundo de color junto a ti, pues en los últimos tiempos solo he vivido en las tinieblas.

—¿Y pasado ese tiempo?, ¿en qué me beneficia a mí dártelo? —inquirió Flora.

—Pasado ese tiempo, si nuestro amor florece, si sentimos en nuestro ser la llama candente de la pasión, te casarás conmigo y te quedarás en Dounie.

—¿Y si no funciona?, ¿si no te amo y no deseo casarme contigo, David?

—Entonces y solo entonces, permitiré que abandones mi casa y que te alejes de mí. No tendrás que darme explicación alguna. No podría soportarlo. Si el día en que se oculte la luna no me amas, serás libre.

—Eso es casi un mes... —apuntó Flora.

—¿Te parece mucho tiempo? —preguntó David con las manos entrelazadas a su espalda.

Flora negó con la cabeza y sopesó para sus adentros la propuesta de David. Tenía una oportunidad de ser libre y debía aprovecharla. Fingió que se lo pensaba, pues no quería que él la creyera desesperada. Inspiró, soltó el aire con fuerza y dijo:

—Está bien, acepto.

∞∞∞∞

La mañana amaneció espléndida y el verdor de las praderas era más verde que nunca. David salió a dar un paseo a caballo, le encantaban los coloridos amaneceres, aunque aquella mañana se le hubieran pegado las sábanas y ya no quedara ni rastro de la salida del sol, más bien, este ya se había asomado al completo a contemplar el mundo.

Estaba contento, muy contento. Tenía una oportunidad de devolverle a Flora el color del amor en su alma. Sabía que estaba oculto en un rincón de su corazón, que no estaba muerto. La había observado mirarle furtivamente. Y aquellas miradas no eran de desprecio, sino de dolor. Dolor por saberse atraída por el que había sido marido de su hermana y acababa de enviudar.

Su sentido de la ética la traicionaba, si ella supiera quién era Freya...

Cuando regresó al castillo, sus padres y Flora se encontraban desayunando en silencio.

David los saludó a todos y le dedicó una amplia sonrisa a Flora. Esta, a su vez, se la devolvió más leve y algo forzada. Bueno, era un comienzo, tendría que armarse de paciencia.

Eloise y Simon dirigían la mirada a uno y al otro respectivamente. Parecía haberse dulcificado el trato entre ambos y eso les hizo sentirse más a gusto. Ya que la tensión de los últimos días y los hechos acaecidos habían convertido Dounie en un lugar de atmósfera hostil.

En verdad, ya hacía tiempo que la hostilidad se había adueñado de los muros pétreos del castillo, desde que otra Byset puso sus pies en él. Rezaban ambos porque no volviera a repetirse todo lo que habían vivido con Freya como nuera.

Después de desayunar, David le pidió a Flora que dieran un paseo a caballo.

Flora aceptó, si había que darle un mes a David, ella lo haría de la mejor manera; sin embargo, tampoco quería que se hiciera ilusiones, por lo que prefirió permanecer en actitud neutra, sin dar ni quitar demasiado.

Cabalaron lentamente, mientras ambos admiraban la belleza que les ofrecía aquel paisaje, que, aunque los había acompañado toda la vida, y cuando las maravillas las ves a diario no reparas en ellas del mismo modo, les parecía del todo hermoso.

—No sé muy bien de qué hablar contigo, Flor. Es curioso, pero en el pasado me encantaba escuchar tu parloteo inocente.

Flora entrecerró los ojos, aquella conversación tenía toda la pinta de convertirse en incómoda. Podría soltarle una de sus directas a la yugular, pero había hecho un trato, un trato que debía respetar y, si todo salía según sus planes, en menos de un mes sería libre..., libre.

—Pues no sé, ya no tengo trece años y mi parloteo se limita a si tengo o no algo que decir. Ahora mismo, solo deseo deleitarme con el paisaje. Que, por cierto, ¿no te parece maravilloso?

—Salgo casi todas las mañanas, al amanecer. Me encanta admirar la belleza del amanecer. Hoy se me hizo tarde, no obstante, ¿te gustaría acompañarme mañana?

—No estaría mal, a mí también me gustan —dijo ella con sinceridad.

David sonrió, pero se mordió la lengua. No quería decirle a Flora que los amaneceres le recordaban a ella y que había visto cada uno de estos anhelando que su vida fuera diferente durante los últimos siete años.

Capítulo 6

Luna nueva

Levantarse cuando el alba estaba lejos de despuntar fue duro para Flora, que poco había dormido esa noche.

El paseo junto a David el día anterior se le antojó agradable. Hablaron del pasado más que nada. Aquello le hizo preguntarse a Flora si solo había entre ellos eso, pasado.

¿Pero qué pasado había?, si jamás habían tenido más contacto que el de los juegos infantiles cuando eran muy pequeños. Aquellos niños que correteaban alrededor del castillo Dounie, cuando la familia Byset era invitada por los Fraser, se habían transformado en adolescentes, unos más mayores que otros. Freya y David, dieciséis, y Flora doce años. Sin embargo, su aspecto físico era ya el de una mujercita. No había demasiada diferencia con Freya, aunque se llevaran cuatro años.

Fue entonces cuando David dejó de mirar a Flora como una niña y se enamoró de ella. Ella también de él.

Ambos lo sabían, y en alguna ocasión furtiva habían podido tomarse de las manos y suspirar el uno por el otro. Poco más. Ni siquiera hicieron falta las palabras, ni declaraciones de amor. Era un secreto a voces entre los dos y sus miradas eran las que hablaban por ellos.

Y de nuevo salían juntos, con sendos caballos y ataviados con ropa de abrigo.

Al sol todavía le quedaba un buen rato para hacer su aparición estelar, Flora no entendía por qué habían salido tan temprano, por ello, dejó que sus pensamientos escaparan en forma de palabras:

—¿Por qué salimos tan pronto?

—Confía en mí, quiero mostrarte algo.

—Hace muchísimo frío —dijo ella sintiendo que le castañeteaban los dientes.

—Lo sé... —soltó él y en su rostro se dibujó una sonrisa traviesa.

Flora, con el ceño fruncido, no pudo menos que sentir un poquito de calor al ver aquella muestra del niño que todavía llevaba David dentro.

David era perfecto, dudaba que hubiera un hombre más apuesto en todas las Highlands. Era alto, de melena de varias tonalidades de castaño, ojos verdes casi artificiales y facciones marcadas y varoniles.

Flora, sin embargo, sentía que ella era una mujer del montón. Era alta y se veía a sí misma como desgarbada. Su pelo era una maraña imposible y su cuerpo demasiado delgado. Siempre vio a Freya como más bella y elegante.

Cabalaron cerca de una hora y desmontaron de los caballos en las inmediaciones de un peñón.

—Ven conmigo —le ordenó David mientras le tendía la mano a Flora.

Ella la aceptó y se dejó llevar hasta la cima, a la que accedieron por un sendero. El contacto con aquella mano robusta la reconfortó y tuvo la sensación de que, mientras no la soltara, sería la mujer más protegida de la Tierra.

Cuando coronaron el peñón, David soltó la mano de Flora con suavidad. Seguidamente desprendió el broche del manto y lo extendió en el suelo.

—Siéntate —dijo con determinación.

Flora rodó los ojos. ¿Cómo podía ser David tan autoritario?, odiaba que la mandaran.

—Estoy bien aquí, gracias —dijo ella abrazándose a sí misma por el frío.

—Te vas a congelar, acércate, yo también tengo frío y entre los dos nos daremos calor.

Flora frunció el ceño, sin embargo, claudicó y comulgó con lo que David le había pedido, aunque hizo lo posible por dejar distancia entre ambos, la suficiente como para no sentirse incómoda.

David se aproximó más a ella y posó el brazo sobre su hombro.

—Estás temblando —dijo con aquella voz ronca que era música para sus oídos y Flora tragó saliva.

No sabía qué le ocurría, pero la cercanía de David la ponía nerviosa, muy nerviosa.

Flora se mordió el labio.

—Estoy bien —mintió.

¿Debería decirle que no?, ¿que ahora ya no tenía frío?, ¿que temblaba por lo que su cercanía la hacía sentir?

—Mira, ya empieza —dijo él mientras señalaba al horizonte.

El cielo oscuro tenía una fina línea anaranjada que emergía y lo iluminaba todo con su luz.

—Dios mío, es precioso —confesó ella, embelesada por el espectáculo que le ofrecía el firmamento con el astro rey a la cabeza.

Las copas de los árboles se teñían de colores imposibles y el cielo era un sinfín de tonos naranjas y amarillos muy cálidos y hermosos.

—¿Lo ves?, ¿ha merecido la pena pasar frío? —preguntó él con dulzura.

—Claro que ha merecido la pena, por amaneceres como este no me importa tiritar, ni que se me congelen las ideas.

David se mordió la lengua. Quería decirle a Flora: «Si te quedas a mi lado, serás la dueña de cada uno de mis amaneceres», pero le pareció cursi y trasnochado. Por ello, optó por callarse, no era de recibo que ella, que estaba tan reacia a abrir su corazón, lo cerrara de nuevo a cal y canto.

Ambos contemplaron la salida del sol en silencio, mientras, en el interior de cada uno bullía algo imparable, indomable, algo así como el deseo...

∞∞∞∞

Iver se despertó con el canto del gallo. Como todas las mañanas, se aseó y se vistió. Era el capataz de las tierras de los Fraser y dirigía la cuadrilla de trabajadores con mano de hierro. No en balde le llamaban *Seaca*^[1].

Cuando se dirigía a los sembrados, divisó a David Fraser y a Flora Byset, que cabalgaban hacia vete tú a saber dónde.

El *highlander* apretó los puños.

—Qué poco has tardado en buscarte una sustituta..., qué poco...

Iver siguió su trayecto y llegó al lugar donde le esperaban los trabajadores. Distribuyó el trabajo que haría ese día cada uno y se subió de nuevo al caballo sin poder dejar de pensar en David Fraser y la hermana de Freya..., su Freya.

Seis años hacía que ella lo había vuelto loco con su larga cabellera y su forma endiablada de mover las caderas sobre su cuerpo.

Cuánto la echaba de menos...

—Muy pronto estaremos juntos..., muy pronto —le había dicho ella semanas atrás mientras hacían el amor en su maltrecho catre.

La amaba, de eso jamás tuvo duda alguna, ¿pero ella lo amaba a él? En ocasiones sentía que solo era el semental que ella necesitaba para matar el aburrimiento, porque si algo tenían los Fraser, es que eran aburridos a rabiar.

Nunca lo supo, porque ella no verbalizó jamás un te quiero ni un te amo, sin embargo, él sí lo hizo, vaya si lo hizo.

Algo más de dos horas transcurrieron hasta que vio a los dos tortolitos pasar de nuevo con sendos caballos. Esta vez lo vieron y David lo saludó.

Ella, la muchacha, se quedó mirándolo, extrañada.

—*Fear-ionaid*.^[2]—masculló Iver justo cuando ellos se alejaban. Lo hizo en voz lo suficientemente alta como para que David lo escuchara.

David detuvo su caballo y lo hizo dar la vuelta.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

—Nada, sir Fraser, pensaba en voz alta sobre cosas mías... —se justificó Iver entre sonrisas fingidas.

—Te he escuchado a la perfección, Iver —espetó David—, no voy a permitir que insultes a mi futura esposa.

Flora frunció el ceño.

—No la he insultado, además, no he dicho nada que no sea cierto —dijo Iver, envalentonándose.

David tensó la mandíbula y desmontó del caballo.

—¡Ven aquí y dímelo a la cara, Iver Porter! —bramó David mientras se acercaba a él.

Iver desmontó de su caballo y se abalanzó contra David, dándole un gran empujón que lo tiró al suelo, pues Iver era más corpulento y fuerte que él.

David se levantó de inmediato y arremetió contra su oponente, propinándole un puñetazo en la mandíbula que hizo que un hilillo de sangre asomara por la comisura de sus labios.

Iver contrató y los dos hombres se enzarzaron en una pelea a puñetazo limpio. Flora no dejaba de gritarles a los dos que pararan, pero era como si no la escucharan, pues no dejaban de darse golpes.

—Está bien, sois animales, pues como animales tendré que trataros a ambos.

Se agachó, agarró un puñado de barro del suelo y se lo lanzó a David a la cara.

David, sorprendido, la miró boquiabierto.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —preguntó encogiéndose de hombros, momento que aprovechó Iver para darle otro puñetazo que le hizo sangrar la nariz.

—Conque esas tenemos —espetó Flora y cogió otro montón de barro, montón que lanzó contra los ojos de Iver.

El *highlander*, con la cara manchada, se aproximó con furia hacia Flora y la empujó con todas sus fuerzas. Esta, en el suelo, con sus posaderas doloridas y en un gesto rápido, sacó de su calcetín su cuchillo *sgian dubh*^[3] y se levantó con celeridad para lanzarse de un salto sobre la espalda de Iver, que ya se dirigía de nuevo hacia David.

Flora apoyó el cuchillo en el cuello de su oponente.

—Se acabó..., deja ya de comportarte como un animal, o de lo contrario...

—¿De lo contrario qué, sucia *fear-ionaid*?

—De lo contrario hablaré muy seriamente con Simon Fraser sobre ti y creo que no te gustaría que te expulsaran de estas tierras, ¿no crees? —soltó Flora con la voz áspera.

David observaba la escena con ojos incrédulos, mientras Flora, en su interior, temblaba como una hoja, aunque por fuera diera la imagen de una mujer con arrestos.

—Está bien..., suéltame —masculló Iver.

—Ahora te subirás a tu caballo y nos dejarás en paz, ¿estamos? —inquirió Flora mientras se soltaba del cuello de Iver.

Este, humillado por una mujer, se dirigió a su caballo y lo montó con frustración. Justo antes de marcharse, apuntó a Flora con el dedo y exclamó:

—¡Esto no quedará así! —Y escupió en el suelo.

Cuando Iver estuvo lo suficientemente lejos, Flora miró a David con hostilidad.

—¿Qué? —preguntó él encogiéndose de hombros.

—La próxima vez que decidas comportarte como un mandril, dímelo. Odio..., odio que un hombre piense que ha de pegarse con otro para defender mi honor... —espetó ella gesticulando con ambos brazos de modo exagerado.

—Quizá tenga que decirte lo mismo..., no soy yo el que ha sacado un cuchillo y se lo ha puesto en el cuello a Iver, *dàna*^[4]—dijo David, divertido.

Flora negó con la cabeza antes de estallar en carcajadas.

David no pudo menos que reírse también. Los dos estaban hechos un asco. Él ensangrentado y lleno de barro, ella con el culo manchado de estiércol.

De esa guisa aparecieron en el castillo. A la pregunta de: «¿qué ha pasado?», ambos respondieron al unísono: «un mal día», y se rieron por lo bajini de forma cómplice.

Capítulo 7

Flora se sentía mejor en Dounie, tanto David como los padres de este parecían hacerle la vida agradable. Sin embargo, en el ambiente había algo hostil que se pegaba a su ser como una tela de araña de varios meses de confección. El aire estaba viciado y los primeros en mantener el mínimo contacto con ella eran los sirvientes.

Le habían adjudicado una doncella muy joven que la miraba con temor, sí, con temor. A ella, que a todas luces no era más que una muchacha inofensiva de aspecto frágil.

Una mañana en que la vio entrar con un gran cubo de madera con el que pretendía fregar el suelo, se ofreció a ayudarla, pues la menuda muchacha apenas podía con este.

Ella rechazó su ayuda como si se la hubiera brindado el mismísimo diablo.

—¿Por qué todos evitáis mirarme a los ojos?, ¿por qué me parece que no soy bien recibida en este lugar? —inquirió ya bastante enfadada por el trato hostil para con ella.

—*Bhuidseach*^[5] —susurró la muchacha y seguidamente salió de la alcoba a la carrera.

Bruja..., ¿pero por qué la había llamado bruja?, algo ocurría, algo oculto y misterioso que todos parecían guardar para sí mismos. Incluso en los padres de David había visto ese deje de temor implícito que la hacía sentir un regusto amargo.

—Ya está bien..., voy a averiguar qué ocurre de una vez —espetó antes de arremangarse las faldas y dirigirse a paso vivo hacia el patio de armas, donde David enseñaba a unos chiquillos a usar la espada con unas de madera que había tallado él mismo.

—¡David! —exclamó Flora sin recibir respuesta, pues este estaba de espaldas.

A David había que hablarle de frente, era completamente sordo de un oído y el otro apenas lo tenía funcional. Sin embargo, no había guerrero más valeroso en las Highlands, por mucho que los hubiera más fuertes y temibles.

Todos decían que era inteligente, que su discapacidad auditiva no le mermaba en absoluto su destreza en el campo de batalla.

Sin embargo, de espaldas y distraído con el griterío de los niños, le pareció vulnerable, ya que no fue capaz de escucharla.

Se aproximó más hacia él y los pequeños, al verla, se alejaron con disimulo. Todos lo hicieron menos una niña con la cara llena de churretes.

Flora sonrió y se aproximó hacia ella, era de agradecer que no huyera como los demás. Se agachó a su nivel y acarició la carita de la niña, para limpiarle uno de los manchurroneos.

La pequeña se tensó y comenzó a susurrar una oración mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos.

Flora, contrariada, se alejó de ella y cruzó la mirada con David, que al ver como los niños se iban de su lado, se volteó para saber el motivo, hasta que comprendió por qué lo hacían.

—¿Por qué todos me rehúyen, David?, ¿qué mal les he hecho yo? —preguntó ella triste, muy triste a la vez que enfadada.

—Dales tiempo, Dàna, dejarán de hacerlo en cuanto comprueben que tu corazón es puro.

—¿Y por qué piensan que no lo es?

David cerró los ojos y se mordió el labio.

—No es nada, de verdad, solo son algo reacios a los cambios y con las personas que no conocen —soltó arrepintiéndose de inmediato, sabía que ella le replicaría y qué argumento usaría.

—Muchos me conocen desde que era una niña, además, has estado casado con mi hermana durante años. No soy una forastera.

David agachó la cabeza.

—De verdad, déjalo estar, son solo suposiciones, y si lo dices por los niños, suelen ir al sol que más calienta, habrán visto algo que les haya llamado más la atención y han ido para allí.

—Por favor, David, ¿no has visto a la niña?, estaba rezando... ¡Rezando!, y la oración era para que Dios la librara del mal. Es todo tan siniestro...

Flora no pudo evitar que las lágrimas afloraran de sus ojos. No estaba acostumbrada a tanta hostilidad hacia ella, y eso que se había criado con su padre, que no era un modelo de cariño y buenas formas.

—Anda, ven aquí —dijo David mientras abría sus brazos para arroparla entre ellos.

Flora caminó hacia él y se dejó llevar por el consuelo que le ofrecían los fuertes brazos del *highlander*. Por un momento, fundida en su pecho, sintió como todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo le decían a gritos que ese era su hogar, que se sentiría dichosa de morir en aquel abrazo enorme y reconfortante.

Sus lágrimas empaparon la camisa de David, que acariciaba su cabello castaño y enmarañado, a la voz de «todo irá bien».

Cuando se sintió mejor, se separó levemente de él y lo miró a los ojos. Aquellos ojos de un verdor cristalino y hermoso.

Él esbozó una sonrisa y tragó saliva. Su entrepierna se había vestido de fiesta y no podía darse a la jarana. Porque tenía que esperar una luna entera y puede que entonces ella se marchara con el viento de la mañana para jamás volver a su lado.

De pronto, la soltó con determinación y, sin decirle nada, se alejó de ella dejándola sola y contrariada.

Había dos formas de bajar aquel ardor que recorría su cuerpo. Una era con su propia mano. Pero él prefería la compañía de una mujer, por ello fue a buscar a Lair, la cocinera y su amante esporádica, aquella con la que apagaba su fuego interno sin por ello tener compromiso alguno después.

Ella le prestaba sus oídos para escucharlo y su cuerpo para satisfacerlo.

Se dirigió a la cocina y entró como una exhalación. Lair lo observó mientras esbozaba una sonrisa lobuna. Sabía muy bien lo que quería el hijo del *laird*, y ella se lo iba a dar sin reservas.

La agarró de la mano y descendieron los peldaños que conducían hacia el sótano, su lugar de encuentro habitual.

Una vez en el improvisado picadero, David comenzó a desvestir a Lair con rapidez.

El ansia por poseerla era ese día más fiera que de costumbre y, mientras las antorchas los iluminaban, David la embistió dándole a la muchacha ese placer que le producía que la penetrara. Eran el estruendo equivalente al trueno y la descarga eléctrica del relámpago los que hacían que su cuerpo vibrara.

Ella le daba todo su ser, era como un sacrificio que hacía con gusto, sabía que cuando todo cayera, cuando no quedaran opciones, él la buscaría, y ese sería su momento.

Capítulo 8

Luna creciente

Varios amaneceres vieron David y Flora. Cada uno de ellos más bello que el anterior. Se habían acostumbrado al frío de la mañana, al camino largo y tortuoso. A ir uno junto al otro cada uno con su caballo. Hasta que un día decidieron ir únicamente con el de David.

Ella delante de él, mientras este sujetaba las riendas.

Iban despacio, no había prisa, el sol los esperaría, o al menos eso fue lo que le dijo David, ya que habían salido más pronto de lo habitual.

Una vez en su destino, se sentaron como siempre a contemplar la fiesta salvaje de colores que era para ellos el amanecer.

—¿Sabes, Dàna?, siempre soñé con tener un castillo para mí solo en Ghrian.

Así le habían puesto ambos de nombre al peñón donde veían el amanecer varios días a la semana. Sol... ¿Qué otro nombre podrían ponerle?

—¿Para ti solo? —preguntó ella, curiosa.

—Y para ti, si tú quieres. Me encantaría ver el amanecer sobre tu silueta desnuda, desde nuestro lecho —se envalentonó David.

A Flora se le pusieron los pelos como escarpas, a la vez que un calor abrasante le subía desde su entrepierna. Era algo tan controvertido que ni ella misma lo comprendió.

Se miraron, el deseo era tal que lo necesitaban, que unir sus labios era vital para poder seguir viviendo. Debía ocurrir, debía ocurrir; pero si ocurría, ya no podría ser libre y ella amaba por sobre encima de todo su libertad de elegir. ¿Y elegía besarlo?, puede que sí..., puede que sí.

Cerró los ojos y él posó sus labios sobre los de ella, haciéndola estallar en mil pedazos, rompiéndola y recomponiendo los trocitos varias veces.

Y la pasión la desbordó, y quiso más, fundirse con su cuerpo, adentrarse en su piel, convertirse en él sin dejar de ser ella.

Pero tuvo miedo y se retiró como si el contacto con David le quemara.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con la respiración todavía agitada.

—No puedo, por favor, dame tiempo, necesito tiempo —balbució.

Flora no entendía qué especie de brujería le hacía sentir aquella feroz atracción hacia David Fraser. La misma que había sentido desde que era apenas una adolescente. Sin embargo, en ese momento, a sus veinte primaveras, se había convertido en un volcán en erupción y no quería que este estallara y se llevara por delante todo lo que alcanzara su lava.

—Regresemos —dijo David con firmeza.

El camino de vuelta lo hicieron en silencio. Era de recibo pensar lo que haría David nada más llegar a Dounie.

En los últimos días había requerido la compañía de Lair más de lo habitual.

Lo que la muchacha desconocía era que David pensaba en Flora mientras la hacía suya.

Cuando una relación se basa solo en el sexo y se convierte en habitual, se corre el riesgo de enamoramiento de una de las partes. Siempre es así, uno se enamora y el otro, que tiene claras sus intenciones desde un principio, no es capaz de ponerse en los zapatos del perdedor, que siempre es el enamorado.

David ignoraba que en el corazón de Lair bullían los sentimientos desde hacía ya bastante tiempo. Que el hecho de que él la hubiera visitado más asiduamente la había hecho albergar esperanzas, esperanzas que se truncaban cada vez que lo veía a él partir al amanecer con Flora Byset.

La odiaba..., dios, cómo la odiaba. Ella tenía lo que le había sido negado y lo despreciaba.

Había escuchado varias conversaciones en las que él parecía rendido a sus pies y ella mantenía las distancias.

Que se fuera, que se fuera ya y dejara a David sin opciones. Así repararía en el amor que ella le profesaba. Que estaba ahí para ser su amante y para escucharlo penar por otra, sí, por otra.

Incluso la había llamado Flor mientras hacían el amor, ¿por qué?

Cuando los vio entrar en el patio de armas se dirigió al sótano, no le hacía falta que viniera a buscarla, pues ya sabía qué ocurriría. Pero no fue así, David no bajó, tampoco la fue a buscar a la cocina.

El muy estúpido se había limitado a meterse en su alcoba, ¿a qué?, ¿a llorar?, ni idea tenía.

Y pensó en algo descabellado, algo que podría ser temerario. ¿Desde cuándo la cocinera se presenta en las habitaciones de sus señores?

Se acercó a Nimue, que ejercía de doncella de Flora, y le dijo algo bajito al oído.

La doncella, que también se encargaba de las tareas de limpieza de las habitaciones, entre ellas la del hijo del *laird*, le dio el cubo a la cocinera y desapareció hacia el patio de armas.

Lair sonrió. No había sido difícil convencerla de que se tomara un respiro. Si alguien preguntaba, ella les diría que se encontraba mal y que la cocinera le había echado una mano con las habitaciones.

Lair se aproximó con sigilo a la alcoba de David y llamó a la puerta.

—Pasa, Nimue —dijo David, acostumbrado a que a aquellas horas entrara la muchacha a limpiar.

David se llevó una sorpresa mayúscula cuando la que se internó en la estancia fue Lair, quien hizo deslizar su vestido y se quedó ante él totalmente desnuda.

—¿Qué haces? —inquirió David.

—Siempre eres tú quien me busca, y pensé, hoy tengo ganas de ser yo quien lo busque a él —dijo la muchacha con picardía.

—No..., no, definitivamente no, vístete y sal de aquí —ordenó David.

—¿Por qué no?, siempre lo hacemos..., ¿qué problema hay en que lo hagamos aquí y no en el sucio sótano?

—Creí que habían quedado claras mis intenciones para contigo. Era algo que ambos habíamos hablado ya y lo sabes. Sin compromiso, porque entre nosotros no hay amor, solo sexo. ¿Cierto?

Lair, furiosa, comenzó a vestirse con premura y le dio al cubo de Nimue una patada. Cuando se disponía a salir de la estancia espetó: «*mi-thaingeil*». [\[6\]](#)

Capítulo 9

Un beso..., y qué beso. Jamás la habían besado antes y sentía en su ser el ansia de beber más de aquel manantial.

Sin embargo, Flora había tenido que parar, no podía sucumbir a la pasión, debía pensar bien las cosas. Quería completar aquella luna libre de interferencias para no tener que elegir, pues tenía claro qué haría. Marcharse para siempre e iniciar una nueva vida lejos de aquel ambiente hostil.

Quizá se engañara a sí misma, puede que esa fuera una certeza innegable. Lo amaba..., y esa sí que era una verdad como un templo.

Se dejó caer en la cama e imaginó cómo sería la vida junto a él. En Ghrian, en un castillo de cuento de hadas para ellos dos, nadie más tendría cabida. Sería un castillo pequeñito, o mejor, una casa acogedora parecida a la que la había visto crecer.

Sí, así sería.

Ella se encargaría de convertirla en un hogar, mientras él la cubriría de besos y le daría hijos hermosos.

Flora se levantó de la cama como un resorte... «Un momento —pensó...—, ¿qué hago fantaseando con tener hijos?».

Respiró profundamente y salió de la habitación, tenía hambre y poco que hacer. Quizá la cocinera la dejara echarle un cable. Era la única del servicio que se había mostrado amable con ella.

Cuando entró en las cocinas halló a la muchacha de pie y de espaldas.

Estaba tensa y, de pronto, lanzó un cuenco contra la pared con fuerza, haciéndose añicos.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto Flora, aproximándose a ella.

La muchacha se volteó al escuchar su voz y la observó con una mirada indescriptible, pero cargada de lágrimas.

—*Lady* Flora, ¿qué se os ofrece? —preguntó la cocinera secándose con un pañuelo los ojos con celeridad.

—Es igual lo que se me ofrezca, primero quiero saber si estás bien —insistió Flora mirándola con curiosidad y compasión.

—Estoy bien, *lady* Flora... —dijo Lair con sequedad—, ¿qué se os ofrece? —repitió.

—No me gusta estar ociosa y en mi casa ayudaba a la sirvienta con sus quehaceres. Me preguntaba si te importaría que te echara una mano, sé hacer de todo —dijo Flora con la esperanza de que Lair se apiadara de ella.

—Es mejor que no lo hagáis, lord Lovat me pondría de patitas en la calle de inmediato. Sois la prometida de su hijo —apuntó con un deje amargo en la voz, verbalizar aquellas palabras la dañaba.

—Yo respondo si hay algún problema. En este lugar no tengo nada que hacer y me muero del aburrimiento, por favor —suplicó Flora.

Lair entrecerró los ojos. No soportaba la proximidad con aquella mosquita muerta. Sin embargo, al enemigo era mejor tenerlo cerca, así, llegado el caso, podría aplastarla como si se tratara de un insecto molesto e insignificante.

—De acuerdo —masculló.

Flora le dedicó una sonrisa hermosa a Lair y esta se tragó sus ganas de borrarla de un guantazo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó la muchacha.

—Mal empezamos, *lady* Flora, ¿no habíais dicho que sabíais hacer de todo?

—Sí, eso he dicho, pero me estoy poniendo a tus órdenes, eres tú la que sabe cómo funciona tu cocina. Además, te felicito, todo lo que haces está riquísimo —la alabó Flora.

Lair le dedicó una sonrisa de suficiencia. Para ser la única que no la había tratado con hostilidad y se atrevía a dirigirse a ella sin mascullar palabras inteligibles, se comportaba de modo airado y despectivo.

—Podéis empezar por pelar zanahorias... —ordenó Lair.

Flora agarró un cuchillo y se puso a ello.

—Cortadlas en trozos, quiero hacer una sopa de *broth*^[7], esta noche habrá invitados.

—Ah, ¿sí?, no tenía ni idea —aclaró Flora.

—Sí, regresa el primo de lord Lovat con su esposa y su hijo del castillo de los Grant.

Flora torció el gesto, conocía para su desgracia al hijo de Angus Fraser.

Beiste, que así se llamaba el susodicho, tenía la edad de Flora y era, como su propio nombre indica, una bestia.

Cuando era pequeña había padecido sus tirones de pelo y las burlas que continuamente le hacía a Flora. Se llevaban como el perro y el gato.

Siempre andaba tras ella para soltarle cualquier cosa fuera de lugar.

Hacía tiempo que no lo veía, desde la boda de Freya con David, y le apetecía seguir viviendo sin la presencia de semejante individuo.

Flora se pasó gran parte del día metida en la cocina. Se arremangó cuando hizo falta, y Lair, aunque no la soportaba, reconoció para sus adentros que la muchacha le había quitado mucha faena.

Cuando Eloise se enteró de que Flora andaba trasteando en la cocina, la mandó llamar de inmediato.

Flora se quitó el mandil y acudió rauda al reclamo de la que podría convertirse en su futura suegra... Esperaba que no fuese así, claro está.

Se personó ante Eloise y la saludó con una pequeña inclinación de cabeza.

—Ha llegado a mis oídos que andas en las cocinas ayudando a Lair —dijo Eloise escrutándola con la mirada.

—Veréis, *lady* Eloise, no me gusta estar ociosa y estoy acostumbrada a colaborar en las labores de mi casa, prácticamente desde que era una niña.

—Y a mí me parece maravilloso que seas una mujer de recursos que conozca las tareas del hogar, sin embargo, en este castillo eres la prometida de mi hijo y como tal has de comportarte. De lo contrario, el servicio pensará que eres una igual y no ha de ser así. Te perderán el respeto, ¿entiendes lo que te quiero decir? —inquirió Eloise con un deje implícito de reprimenda en la voz.

Flora agachó la cabeza. Su padre le hubiera dicho exactamente lo mismo. A él nunca le gustó que ayudara a la única sirvienta que habían tenido.

—Lo siento, *lady* Eloise, pero me aburría en demasía y no me gusta estar sin hacer nada —se excusó la muchacha.

—Solo tenías que decirlo, tengo gran cantidad de hilos, telas y demás para que puedas hacer labor. Es más adecuado dada tu posición en esta casa.

Labor... Flora odiaba hacer labor, ¿cómo podía decirle a Eloise que ella lo que quería era moverse, hacer que los segundos no fueran como losas que caen al suelo, que volaran, y solo lo conseguía sintiéndose atareada.

—Está bien, *lady* Eloise —claudicó no muy convencida y se dio la vuelta para marcharse.

—Un momento, niña —la llamó Eloise y Flora volteó a mirarla—, si no te gusta la labor, puedes decirlo sin reservas. Quizá te agrade dibujar, por ejemplo. Aunque no sea tan productivo, es una actividad muy placentera y hace que el tiempo vuele. ¿Te gustaría?

Flora sonrió.

—Sí... No estaría mal, nada mal.

Capítulo 10

Haciendo caso a Eloise, Flora salió después de comer a dar una vuelta por el bosque, buscando inspiración para dibujar cuando tuviera el material necesario para ello. Había pensado que podría adentrarse en el mundo de la pintura. Ella jamás había cogido un pincel, pero le encantaban las pinturas, aquellas obras de arte que retrataban situaciones de la vida cotidiana, o eran escenas de una naturaleza exultante.

En Beaulieu había tanta hermosura..., sus bosques, sus praderas. Ghrian y sus amaneceres, ¿se preguntaba cómo serían las puestas de sol?, David nunca la había llevado a ver una. Quizá porque oscurecería antes de que pudieran llegar a Dounie. Aunque eso no era un pretexto válido, ya que salían normalmente muy temprano, con el cielo todavía oscuro.

Anduvo por los hermosos parajes atrapando en su retina cada rincón, cada detalle, cada esencia... De pronto, escuchó voces, voces femeninas.

Se aproximó curiosa y se medio ocultó detrás de unos arbustos.

—Que ese hombre no es tal, que no es más que un niño grande que está todo el día bajo las faldas de su madre —dijo una de ellas, de pelo liso y melena por debajo de los hombros.

—Pero te quiere tanto, ¿no has visto cómo te mira? —preguntó la que parecía ser la más joven. Tenía una larga cabellera rizada del color del fuego y cierto aire tierno y simpático.

—Niñas, vamos a seguir con lo nuestro —dijeron al unísono las dos más mayores y sabias.

—Mirad, aquí está —dijo la quinta muchacha. Era rubia y llevaba su preciosa melena peinada con trenzas en un semirrecogido.

Todas acudieron a donde ella estaba y se llevaron la mano a la boca.

—Por fin... —dijo la más mayor—. Ya pensaba que nos iríamos de vacío.

Flora frunció el ceño, ¿qué demonios habían encontrado aquellas mujeres?

—Con esto ya podemos pedirle al cielo que nos dé buen tiempo y a la tierra que proporcione abundantes cosechas.

Flora se sorprendió. ¿Eran brujas?

Su corazón palpitaba con fuerza y, con sigilo, se dispuso a alejarse de aquel lugar. Pero se delató a sí misma en el intento, los nervios le jugaron una mala pasada e hizo demasiado ruido.

—¿Quién anda ahí? —inquirió una de las mayores.

Flora, sabiéndose descubierta, se levantó del suelo, por donde se había arrastrado cual gusano, y se limpió el vestido antes de decir:

—Me llamo Flora y no quería interrumpiros. Siento haberos molestado.

—Es la prometida de David Fraser —dijo la morena.

Flora iba a replicar, pero pensó que dar explicaciones sería soltar saliva y decidió asentir con la cabeza.

—Así que sois hermana de Freya —apuntó la pelirroja.

—Sí, Freya era mi hermana.

Las cinco mujeres se miraron entre ellas y se dedicaron palabras sin voz, Flora era capaz de ver que así era.

—Será mejor que me vaya —balbució Flora, algo incómoda por el silencio que se había instalado entre el grupo.

—Esperad un momento —dijo la muchacha rubia y se acercó a ella—, tomad esto y llevadlo siempre con vos.

Flora aceptó el presente y lo observó con curiosidad, era una especie de amuleto.

—¿Qué es? —preguntó Flora, intrigada.

—Te protegerá, niña —intervino una de las mujeres, de cabello largo salpicado por canas plateadas.

—Muchísimas gracias —dijo Flora sosteniéndolo entre sus manos y sin poder dejar de observarlo.

Era un colgante con una piedra agujereada.

—Es una *gloin nan druidh*^[8]. Morgana te la ha regalado aun a sabiendas de lo importante que es tener una que te proteja, son un tesoro, niña. Así que no temas, es un buen regalo —apuntó la mujer.

Flora se despidió del grupo, ni siquiera se molestó en preguntarles quiénes eran, y con la piedra en la mano, siguió su camino, esta vez de vuelta hacia el castillo de Dounie.



David estaba confundido, sabía que en otro momento hubiera aliviado su pasión con la cocinera, sin embargo, tras el beso con Flora, algo había cambiado, pues sentía que la traicionaba si iba en busca de Lair y la hacía suya. Por ello, se había prometido a sí mismo no hacerlo nunca más.

No se lo había dicho a Lair oficialmente, pero después del roce que había tenido con la muchacha, tenía claro que era lo mejor. Su actitud no era la del sin compromiso que ambos habían pactado desde un principio, por el contrario, una llama especial ardía en sus pupilas, una que solo prendía en las personas devoradas por los celos.

Se hallaba en las inmediaciones de Dounie, había salido con dos de sus hombres de confianza a buscar troncos para las chimeneas, y todos se habían tomado un descanso y parloteaban de temas sin transcendencia cuando vio salir a Flora del castillo.

La siguió con la mirada y le extrañó sobremanera que se internara en el bosque. Se disculpó con sus hombres y se dispuso a seguirla, sin embargo, cuando arribó al bosque, no había ni rastro de Flora.

No quería llamarla a gritos porque no deseaba que pensara que era un hombre posesivo que no la dejaba respirar. Puede que lo fuera, ni él lo tenía claro. Solo ansiaba encontrarla ya, quién sabe lo que podría ocurrirle en aquellos parajes bellos pero plagados de peligros ocultos.

Anduvo un buen rato intentando localizarla sin éxito, hasta que un crujido lo hizo ponerse en guardia y retroceder. De pronto, algo golpeó su espalda con fuerza.

David dio un brinco y se giró con celeridad.

—Dios, ¡qué susto me has dado! —exclamó.

Ante él se hallaba Flora, con una sonrisa amplia y seductora, ¿de qué recordaba esa expresión?

—¿Me estabas siguiendo? —inquirió ella enredando el dedo en uno de sus mechones castaños.

David cerró los ojos y los volvió a abrir. Aquella criatura le recordaba en demasía a Freya en aquel momento y no sabía bien por qué, solo sentía que tenía que alejarse de ella en aquel mismo instante.

Retrocedió mientras negaba con la cabeza. Lo próximo que hizo fue abandonar el lugar con celeridad.

Capítulo 11

Flora entró en el castillo con el colgante oculto bajo el vestido, no quería darle explicaciones a nadie de por qué lo llevaba.

Se dirigió a su alcoba para cambiarse de ropa, ya que el bajo de su vestido se había manchado de barro y ya era casi la hora de la cena.

Cuando estaba a punto de entrar en la estancia, vio a David, que la observaba con desconfianza.

—¿David? —preguntó ella entrecerrando los ojos.

Mas él no contestó, se limitó a aproximarse como una fiera y la empujó con fuerza, haciendo que impactara en el portón. Se acercó más a ella y la inmovilizó con sus fuertes manos.

Le dedicó una sonrisa ladina y con su lengua le lamió la cara de una manera que a Flora le causó repugnancia.

De pronto, David emitió un alarido, retrocedió tapándose el rostro y se alejó a la carrera.

Flora, aún con la respiración agitada, abrió la puerta de su habitación, entró sin perder tiempo y la atrancó.

Temblaba de arriba abajo.

Dieron varios toques en la puerta, y se escuchó la voz de Nimue que pedía permiso para entrar.

Flora se lo pensó por unos instantes, pero quizá seguir en soledad sería más peligroso que tener a alguien cerca que pudiera pedir ayuda en un momento dado si David volvía a acecharla.

Le abrió la puerta y la muchacha entró cabizbaja, como hacía siempre.

—Nimue, qué bien que estés aquí —balbució Flora—, necesito que me disculpes con lord y *lady* Lovat, tengo un dolor muy fuerte de cabeza.

Nimue la observó extrañada, recordó que Freya también se quejaba de dolores de cabeza antes de...

Asintió con la mandíbula tensa y salió de la habitación con celeridad.

Flora se encerró de nuevo, se sentó en la cama apoyada en el cabezal y se abrazó las rodillas. Se sentía tan sola, tan vulnerable entre aquellos muros de piedra...

Se metió bajo las cobijas y se tapó la cabeza. Le dio vueltas a la escena con David durante horas. Aquel beso hermoso había sido sustituido por el ataque hacia ella. David nunca había sido violento, o al menos eso creía. Quizá la lucha lo había transformado en un hombre sin escrúpulos. Quién sabe.

Cuando consiguió dormir tuvo un sueño de lo más extraño. Freya, su hermana, le pedía que descubriera la verdad, su verdad.

Estaba triste y su belleza de antaño se había transformado en decadente. Era como si le hubieran caído varios años encima.

Había pasado bastante tiempo desde que las dos hermanas se habían visto antes de que ella falleciera. Pero la recordaba hermosa y lozana.

Despertó cuando sintió como alguien acariciaba su rostro con dulzura.

Dio un respingo y se incorporó jadeante.

La luz entraba por la ventana, ese día no habría amanecer en Ghrian, tampoco quería que lo hubiera, es más, no iba a aguantar el tiempo que le quedaba en ese lugar maldito. Agarraría sus pocas pertenencias y se marcharía. Si su padre se negaba a acogerla, algo se le ocurriría. Quizá buscaría a aquellas mujeres del bosque y les pediría ayuda y una explicación de por qué le habían regalado un amuleto de protección.

Se vistió con premura y guardó todas sus cosas en un hatillo. Por suerte, su padre todavía no le había traído toda su ropa y enseres personales.

Se disponía a salir por la puerta principal cuando David la detuvo.

—¿A dónde vas? —preguntó él, curioso, mirándola a los ojos de un modo cuando menos extraño.

—Vuelvo a mi casa —dijo ella, temblorosa.

—¿Qué te ocurre?, ¿por qué tiembles? —inquirió él.

Flora no pudo evitar que las lágrimas afloraran de sus ojos.

—¿Y tú me lo preguntas?, ¿después de lo que me hiciste?

David la observó con expresión contrariada.

—No hice nada que tú no quisieras, ambos lo estábamos deseando —apuntó él.

Flora lo miró con odio y desprecio y le dio un sonoro bofetón.

—¡Ay! —se quejó él—, ¿se puede saber por qué me pegas?

—Porque eres un sinvergüenza, David Fraser. Incumpliste tu parte del trato, así que no voy a esperar a que la estúpida luna desaparezca. Me voy, y espero que no te opongas a ello, de lo contrario, lucharé con uñas y dientes, tanto me da perder, pero no me quedaré en este lugar hostil en el que todos parecen odiarme ni un minuto más.

—Pero si solo fue un beso, ¿tan terrible te pareció?, porque a mí me supo a gloria y me gustaría repetirlo una y mil veces más.

Flora negó con la cabeza...

—¿Cómo puedes ser tan hipócrita?, no es al beso a lo que me refiero. Tú sabes qué hiciste ayer por la tarde, lo sabes de sobra. Así que déjame pasar y no intentes detenerme —espetó ella.

David se encogió de hombros.

—¿Lo dices por lo del bosque?, perdóname, pero me asusté —dijo el *highlander* mostrándole las palmas de sus manos.

—¿De qué hablas?, ¿el bosque?, ¿me viste en el bosque?, ¿es que acaso me seguiste? —inquirió Flora, totalmente descolocada.

—¡¡Dios!!, ¡ven conmigo!, tenemos que hablar y ha de ser lejos de aquí.

—¡No iré contigo a ningún sitio! —exclamó ella.

—Por favor, no te lo pediría si no fuera importante.

—¿Para qué?, ¿para ser violento conmigo sin testigos?

—¡No, maldita sea!, confía en mí, yo jamás sería violento contigo y tú lo sabes. He de contarte algo, pero tiene que ser lejos de estos muros, tal parece que tienen oídos —dijo tendiéndole la mano.

Flora lo miró directamente a los ojos, aquellos ojos que parecían no mentir, con su verdor de rocío mañanero.

—Está bien —masculló y tomó la mano que David le ofrecía.

Este tiró de ella con suavidad y ambos caminaron juntos en dirección a las cuadras.

Capítulo 12

Angus, Hope y Beiste arribaron a Dounie bien temprano por la mañana. Tenían previsto volver de las tierras de los Grant un día antes, pero Hope se sintió indispuesta y tuvieron que retrasar el viaje una jornada.

Hope entró en el castillo nada más llegar y se dirigió a sus aposentos, hacía un tiempo que no se encontraba bien y sentía que se ahogaba. Aquellos malestares habían aumentado mientras se hallaban en el castillo de Urquhart.

La estancia en casa de sus amigos del clan Grant se le había hecho agónica, tenía muchísimas ganas de volver a Dounie, aunque esta tampoco fuera su casa, pues vivían con el primo de su esposo desde hacía varios años a causa del incendio de la propiedad que le dejaron sus padres en su día, y donde vivieron ella y Angus desde que contrajeron matrimonio treinta años antes.

Nimue entró en la estancia cargada de paños.

—¡¡*Lady* Hope, qué susto me habéis dado!!, os esperábamos ayer... —dijo la muchacha con el corazón galopante.

—Sí, Nimue, pero tuvimos que retrasar nuestra partida —dijo con la voz llena de cansancio.

—No tenéis muy buena cara. Le diré a Lair que os prepare un caldo, seguro que os hará bien —apuntó Nimue.

—No..., no tengo hambre. Esperaré a la hora de comer, ahora necesito dormir, solo dormir —balbució y se metió en la cama.

La muchacha se acercó a ella y la ayudó a acomodarse. El deterioro rápido de *lady* Hope la apenaba.

Siempre había sido amable con ella, desde que entró a trabajar al castillo cuando apenas era una mocosa.

—¿Queréis que os lea un libro? —preguntó Nimue dedicándole a Hope una sonrisa.

Hope, además, la había enseñado a leer, y desde entonces solía devorar libros en voz alta para ella.

—En otro momento, pequeña, en otro momento —dijo antes de que su voz se apagara.

Hope se había dejado vencer por el sueño.

Nimue acomodó los paños que había depositado de modo provisional sobre el lecho en su lugar y salió de la habitación con sigilo.

Fuera encontró a Beiste, que la observaba con una sonrisa cínica que a Nimue le producía arcadas.

—Mira a quién tenemos aquí..., ¿otra vez molestando a mi madre? —inquirió Beiste con desprecio.

—Solo reponía la estancia de paños limpios, sir Beiste.

—Ya..., ¿por qué siempre te pillo cerca de mi madre?, ¿es que acaso piensas que ella podría ser una madre para ti?, eres solo una sirvienta, y mi madre solo te ve como tal, así que no imagines. Los pájaros que vuelan demasiado alto acaban dándose un golpe mortal contra el suelo cuando caen.

—Lo tendré en cuenta, sir Beiste —musitó Nimue antes de seguir su camino con los puños apretados y la sensación de que aquel hombre disfrutaba humillándola.

∞∞∞∞

Angus entró en el despacho de su primo y lo halló inmerso en sus quehaceres.

—Angus, me alegro de que estéis sanos y salvos. Os esperábamos ayer y pensábamos que os habría podido ocurrir algo. Estos caminos cada vez están peor —dijo Simon, aliviado, para él su primo era como su hermano y había estado muy preocupado.

—¿A mí, primo? soy un mal bicho, esos sinvergüenzas no serían capaces de asaltarme y menos con Beiste a mi lado. Mi chico se ha hecho mayor y no creo que cualquiera se atreviera a enfrentarse con él. Será un guerrero extraordinario —argumentó Angus con orgullo.

Simon no pensaba lo mismo de su sobrino. No lo veía como un guerrero, por mucha envergadura que tuviera el susodicho. Era más bien un pozo de fanfarronería el muchacho.

—Cambiano de tema, ¿cómo ha ido en Urquhart? —preguntó Simon con curiosidad.

—Todo lo bien que podría ir, teniendo en cuenta el tema estrella del que todos hablan.

—¿Y cuál es?

—María Estuardo se ha quedado viuda, y dicen que planea volver a Escocia —aclaró Angus cual cotilla con un chisme jugoso.

—Sorprendente, a esa pobre mujer se la llevaron siendo una cría a Francia, para casarse cuando alcanzara la edad. Volverá a su patria siendo una mujer, quizá ni la considere como tal —comentó Simon.

—Quién sabe, primo..., aunque dicen que ansía volver a Escocia —se encogió de hombros Angus—. Por cierto, ¿cómo vais con la joven Byset?

Simon se retrepó en su sillón e hizo un gesto con el que quiso decir: «sin problemas».

—Mi chico y ella se están conociendo y de momento a él lo veo feliz, a ella no tanto. Y es normal que no lo esté, aunque he hablado con todo el personal de servicio, la rehúyen y la tratan con condescendencia —aclaró Simon.

—Es normal que se comporten así, hasta yo me guardaré muy mucho de acercarme a ella más de lo debido. Aunque pueda parecer una niña inocente, es una Byset, y ya viste cómo cambió su hermana en poco tiempo —intervino Angus con verdadera preocupación.

—Es curioso cómo tú y tu esposa tenéis puntos de vista distintos acerca de Freya Byset. Porque ella la consideraba una buena muchacha, ¿cierto?

—Hope es demasiado bondadosa, para ella todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Al parecer, esa mujer decía que ella no era responsable de lo que la acusaban, que no sabía lo que hacía y que entraba en una especie de trance, porque no recordaba haber hecho mal a nadie —explicó Angus.

—Cambiamo otra vez de tema... ¿Cómo se encuentra Hope? —inquirió Simon, quería dejar de hablar de Freya Byset, su sola mención le ponía el vello de punta.

—Está cada día peor, Simon. No creo que dure mucho y no sabes lo mal que me siento por no poder hacer nada. Incluso he pensado en hablar con las hermanas Gowdie.

—Muy mal la has tenido que ver para querer acudir a esas mujeres, ya sabes lo que dicen de ellas —apuntó Simon.

—Sí, sé que hay rumores de que son brujas, si bien, ambos sabemos que han ayudado a muchas personas con sus ungüentos y bebedizos. Quizá puedan hacer algo por Hope, pero Beiste no quiere... Es tan posesivo con su madre... —Los ojos de Angus se tornaron vidriosos.

—Tranquilo, primo, verás que al final este mal trago pasa y Hope se recupera. Descanso, buena comida, y estará restablecida en poco tiempo —Lo animó Simon.

—Quiero pensar que así será..., quiero convencerme a mí mismo de que no voy a perder a mi esposa tan pronto. Ella no merece morir, es una criatura de Dios, buena y noble.

—Lo sé, Angus, por eso has de tener fe, Hope se curará...

Sin embargo, él tenía un mal palpito con Hope, antes de partir ya la había visto muy débil. Su salud se había deteriorado en los últimos meses, hasta hacerla vivir prácticamente postrada en

una cama. Habían visitado Urquhart para cambiar de aires, pero no había hecho más que empeorar el estado de la mujer.

Capítulo 13

David y Flora se encontraban en Ghrian, él se había empeñado en que aquel sería el mejor lugar para poder hablar, ya que no se fiaba de nadie en Dounie.

Flora no entendía la actitud de David, que parecía sentirse vigilado desde que habían tenido aquel pequeño enfrentamiento un rato antes en la puerta del castillo de los Fraser.

—Siéntate, por favor, lo que voy a decirte es difícil de digerir y puede que cuando acabe de hablar no quieras volver a dirigirme la palabra ni a dedicarme una mirada de compasión.

Flora frunció el ceño. ¿Qué era aquello tan grave para que él temiera que después de escucharlo lo iba a repudiar?

—Habla, te escucho, y espero que me des una buena razón para no alejarme de ti para siempre —sentenció Flora.

—No puedo prometerte eso, Flora... No puedo —David se aclaró la garganta y se dispuso a comenzar con su relato—: Cuando me casé con Freya no la amaba y lo hice a disgusto, eso lo sabes y la misma Freya lo sabía también.

»A ella la habían obligado a contraer nupcias conmigo y no fue plato de buen gusto hacerlo con alguien que había sido su compañero de juegos. De niños éramos inseparables, pero para mí solo era eso, una amiga.

»En los primeros tiempos, aunque no existía el amor, ambos nos profesábamos respeto y teníamos un contacto íntimo casi inexistente. No es que no me atrajera físicamente, no era yo el que la rehuía, era ella. Sabía que su hermana pequeña bebía los vientos por su esposo y no le habían pasado inadvertidas sus lágrimas en la boda. Era consciente de que te marchaste de la ceremonia para no ver, para no escuchar, para seguir pensando que aquello no había ocurrido.

»Se podía decir que la paz reinaba en el castillo y que Freya y yo manteníamos una relación cordial. Sin embargo, todo aquello cambió de la noche a la mañana y comenzaron a ocurrir hechos extraños.

—¿Qué quieres decir con hechos extraños? —inquirió Flora, intrigada.

David tomó aire y lo soltó con brusquedad mientras relajaba sus hombros, que parecían en tensión todo el rato.

—Encuentros con Freya en actitud muy diferente a la habitual. Lasciva y seductora, cuando ella era la criatura más tímida y vergonzosa que había conocido jamás.

»He de reconocer que sucumbí en más de una ocasión a sus encantos. Era un influjo el que ejercía sobre mí difícil de dominar. No obstante, me di cuenta de que su manera de comportarse en el lecho era tan diferente a lo habitual, que acabé por asustarme. Así que me alejé de ella todo lo que pude, la temía.

»Luego está lo otro...

—¿Qué es lo otro? —preguntó Flora con desconfianza.

—Freya me acusó en más de una ocasión de agredirla, de ser un ser mezquino y repulsivo, tal y como has hecho hoy tú.

»En cuanto me enteré de lo que iba contando, porque a mí no fue capaz de decirme nada, la confronté, pero hallé una mujer diferente y muerta de miedo, que también se alejó de mí y se buscó un amante...

—¿Mi hermana tenía un amante?, soy incapaz de imaginármela metida en algo así —dijo Flora, con los ojos como platos.

—¿Te acuerdas de cierto personaje al que le pusiste un cuchillo en la garganta? —preguntó David en tono irónico.

—¿En serio?

David asintió con la cabeza.

—Efectivamente, Iver Porter era el amante de Freya, y lo fue durante muchos años.

David se mordió la lengua de manera figurada, ya que no quería revelar a Flora su relación interesada con Lair, así que calló, quizá fuese lo mejor, al menos así lo pensó en aquel momento.

—Me dejas helada..., jamás lo hubiera creído de Freya. Aunque en los últimos tiempos, antes de casarse contigo, se volvió cerrada y era como si rehuyera mi compañía más de lo que ya venía siendo habitual, y nunca supe por qué —apuntó Flora encogiéndose de hombros.

—Es algo que no puedo aclararte, en Dounie pocos podían decir que conocían a Freya en profundidad. Su carácter variable trajo de cabeza a todo bicho viviente. El castillo se volvió caos y el servicio la temía, por ello, a sabiendas de que es tu hermana, te temen a ti también —aclaró David con pesar.

—No entiendo esa forma de actuar, yo no tengo nada que ver con lo que sea que les hiciera Freya, somos personas distintas, por mucho que su sangre y la mía sean la misma.

—Lo sé y ya hemos hablado con ellos tanto mi padre como yo, pero no hay manera. Tendrá

que pasar el tiempo y que aprendan a confiar en ti. Bueno, eso en caso de que decidas quedarte a mi lado —dijo David sin muchas esperanzas de que así fuera.

—¿Cómo puedes explicar tu agresión de ayer? —inquirió ella de pronto.

—No puedo hacerlo. Solo sé que yo sería incapaz de hacerte daño y no sé qué oscura fuerza actúa en Dounie, haciendo real lo que no lo es. —David hablaba con resignación.

—No te creo..., no puedo creerte. ¿Me estás diciendo que una fuerza extraña te posee, haciendo que humilles y maltrates a las personas? —inquirió Flora, totalmente descolocada por las palabras de David.

—No..., ni siquiera sé lo que te estoy diciendo. Son pensamientos que acuden a mi mente, porque no encuentro explicación a lo que sucedía con Freya y tampoco a lo que ocurrió ayer en el bosque...

—En el bosque..., yo no te vi en el bosque, ya te lo dije. Así que no entiendo qué dices que ocurrió.

—Intentaste seducirme, Flora. Y tu expresión era la misma que la de Freya cuando se acercaba a mí con intereses carnales. Pero fui fuerte y hui, algo me dijo que era imposible que fueras tú. Conozco tu mirada en demasía para obviar que aquello no era normal —argumentó David.

—Yo jamás hice tal cosa —se defendió Flora.

—¿Lo entiendes ahora?, yo tampoco fui violento contigo. Tras verte en el bosque, me dirigí al castillo y me recliné en mi alcoba, estaba abrumado y temía que lo que ocurrió con Freya se repitiera. Y no podría aguantarlo, Flor, no contigo, me moriría si ambos acabáramos como lo hicimos yo y Freya.

—Me gustaría creerte, confiar en ti. Algo me dice que debo hacerlo, pero es tan difícil...

—Debemos permanecer unidos, Flor, sea lo que sea que nos amenace, quizá podamos hacerle frente con nuestro amor —se envalentonó David.

—Nuestro amor... —repitió Flora.

—Sí, nuestro amor —dijo aproximándose a ella con lentitud—, ¿o me vas a decir que no me amas, Dàna?

Flora, al escuchar la voz rasgada de David, cerró los ojos y aspiró el aroma que desprendía este. A naturaleza, a deseo, a amor.

Sin ser conscientes de ello, juntaron de nuevo sus labios y todo a su alrededor se esfumó. Con ellos, aquel peñón al que habían bautizado como Ghrian y su beso, largo, apasionado, lleno de confianza, un beso que sabía a hogar.

David apagó el beso y se separó de Flora, posando su frente en la de ella, y entonces susurró:

—Te amo, Dàna.

Flora respiró profundamente, estaba azorada por la mezcla de sentimientos que se revolvían en su interior. ¿Quién era David?, el hombre dulce que acababa de besarla, y se le antojaba pura miel, o el lobo que la había atacado ayer.

—Debemos permanecer unidos, no quiero perderte a ti también. —Aunque no amaba a Freya, no podía dejar de pensar en cómo murió, y en aquellos ojos abiertos llenos de terror. Y las costuras, aquella le parecía la imagen más tétrica que había visto en su vida.

Volvieron a besarse y permanecieron un buen rato sentados uno al lado del otro, sin decir nada más, solo admirando las hermosas vistas que se divisaban desde Ghrian.

Capítulo 14

Iver se hallaba ante la tumba de Freya, acababa de retirar varias piedras agujereadas a pie de lápida.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió él con rabia antes de lanzarlas lejos.

»¿Por qué nadie te supo comprender jamás?, yo sí lo hice, mi amor. Y ahora me has dejado solo, lleno de todo el amor que me faltó por entregarte. Y dime, ¿qué hago con él?, ¿qué demonios hago con tanto amor en mi ser?

Iver se echó a llorar arrodillado en el suelo. Luego besó la palma de su mano y la posó en la lápida.

De pronto, sintió una mano apoyarse en su hombro. Iver respiró profundamente.

—Estás aquí, sé que estás aquí conmigo, que, aunque no pueda verte, jamás me abandonarás.

—No hiciste lo que te pedí —escuchó susurrar en su oído.

—Lo siento mucho, no pude.

—No era tan difícil, inútil —espetó la voz de ultratumba.

—Lo sé, y te repito que lo siento, si tuviera la oportunidad de arreglarlo, de enmendar mi error, lo haría —se sinceró Iver.

—Todavía puedes hacerlo, puedes darme la prueba de amor definitivo que te pedí —dijo la voz con determinación.

—¿Qué puedo hacer?, dímelo, ¡oh, amor mío!, dímelo y lo haré...

La voz le susurró unas últimas palabras. Iver sonrió y sentenció:

—Así lo haré, mi ama.

Flora y David llegaron a Dounie cuando el crepúsculo pintaba el cielo de colores imposibles. Ella había decidido permanecer en el castillo, ambos prometieron no dejarse llevar por el miedo en cuanto detectaran en el otro una actitud diferente a la normal.

También habían prometido callar y no hacer partícipe a nadie de sus inquietudes. Cualquiera podría ser sospechoso de lo que fuera que ocurría en aquel lugar, que tal parecía ser azotado por una extraña maldición.

Cuando una de las sirvientas les anunció que todos estaban reunidos en el gran salón, David tomó a Flora de la mano y tiró de ella con suavidad para dirigirse ambos a su destino, una cena que ninguno de los dos deseaba, les hubiera gustado poder hacerlo en la intimidad, sin familiares que coartaran sus instintos y su libertad.

—Dichosos los ojos... —dijo Simon cuando los vio entrar en el gran salón, ya sin sus manos entrelazadas.

—Buenas noches, familia —dijo David.

También saludó a Angus y a Beiste, que se hallaban sentados juntos. Preguntó por Hope, pero Angus le dijo que se encontraba indispuesta y no había bajado a cenar.

Beiste le dedicó una mirada airada a Flora. Ella negó con la cabeza, aquel mequetrefe jamás cambiaría.

Simon y Angus continuaron con su conversación, María Estuardo y su viudez, tal parecía que no tenían otro tema que tratar. David y Flora se dedicaban miradas cómplices.

De pronto, Nimue puso junto a Flora dos trozos de pan con un aspecto muy apetecible.

—Cortesía de Lair, por haberla ayudado ayer con sus tareas —dijo la muchacha con más simpatía de lo normal.

—Qué pan más bueno —dijo Flora tras dar un bocado—, ¿con qué está hecho?

Nimue se encogió de hombros.

—No lo sé, Lair lo llama pan de hadas. Era el preferido de Freya.

Flora elevó las cejas.

—No me extraña, está buenísimo —admitió Flora—, tendré que decirle a Lair que me enseñe a hacerlo. Dale las gracias de mi parte.

Nimue asintió y se alejó a paso rápido hacia la cocina.

La noche transcurrió entre risas y conversaciones distendidas sin mucha importancia. Todos hablaban excepto Flora, que no encontraba la forma de intervenir en ninguna conversación.

Eloise tampoco estaba muy habladora, la verdad era que había subido varias veces a ver a

Hope, estaba muy preocupada por ella; aunque nunca llegaran a congeniar del todo, no le gustaba verla en un estado tan penoso.

En un momento de la noche, Flora, cuando vio levantarse de nuevo a Eloise, le dijo que, si quería, podía ir ella a echarle un vistazo a la mujer. Había cuidado a su madre hasta la muerte y se le daba bien.

Eloise torció el gesto, pero David la convenció de que era una buena idea, además, ella tenía cada vez más dificultad para subir las escaleras y Nimue estaba muy atareada con sus quehaceres.

Al final, la esposa del *laird* aceptó.

Flora se dirigió a los aposentos que ocupaba Hope con celeridad. La conocía de cuando era una niña y les preparaba a ella y a los demás pequeños dulces para comérselos a media tarde, tras una jornada intensa de juegos.

No se molestó en llamar a la puerta, como le había indicado Eloise que hiciera, y entró.

Lo que halló dentro fue la estela de lo que había sido la bella Hope. Tan solo era un recuerdo del ayer, tendida en aquel lecho, mirando al techo, impotente por no poder hacer nada más que permanecer inmóvil.

—*Lady Hope*..., he venido a ver si necesitáis algo —susurró Flora.

—Freya —dijo de pronto Hope, sorprendida.

—No, *lady Hope*, soy Flora, ¿os acordáis de mí? —preguntó ella acomodándole los cojines.

—Claro que me acuerdo, la pequeña Flor. Cuánto has cambiado, y qué guapa estás. —Por fin una voz amigable en aquel lugar. Lástima que se estuviera apagando poquito a poco, como si se tratase de una vela casi extinta.

Capítulo 15

Luna llena

Dicen que el amor domina el mundo y es el responsable de las batallas más sangrientas. En el caso de Flora y David, se podría decir que había triunfado.

Flora dejó de pensar en marcharse de Dounie, es más, ella y David pasaban prácticamente todo el día en Ghrian, incluso habían improvisado una tienda que utilizaban como si se tratara de su hogar.

Cuando la tarde comenzaba a languidecer, no les quedaba otro remedio que regresar al castillo de los Fraser.

Entonces, ambos se montaban en un solo caballo, David delante, Flora abrazada a él, aferrada a su cintura, convencida de que tanta felicidad no podía ser real. Al fin vivía el amor como había imaginado desde que era una niña, junto a David Fraser.

Lo único que empañaba su felicidad era la amenaza de aquella fuerza maligna que parecía acecharlos. Aunque de alguna forma se habían olvidado del tema. También, sobre todo a Flora, el hecho de que hubiera tenido que morir su hermana para que ella pudiera vivir en los brazos de su amado. No, no era agradable tener que recordárselo una y otra vez a sí misma. Sin embargo, acababa por llegar a la conclusión de que ella no tenía culpa de nada, pues había respetado la unión de David y Freya hasta el final.

Se olvidó de los plazos y hasta de que casi todos en el castillo le dedicaban miradas hostiles.

Una mañana, tras una reprimenda por parte de su padre, David tuvo que salir con este a despachar varios asuntos de vital importancia para su clan.

Llovía y el castillo estaba teñido de una pátina de humedad que calaba los huesos. Los truenos parecían impactar contra la piedra de sus muros, y Flora sentía temor, no le gustaban las tormentas. Cuando era una niña escondía la cabeza entre las mantas de su camita. Freya hacía lo mismo, incluso a veces las dos compartían cama. ¿Qué había ocurrido para que Freya se separara tanto de ella, hasta parecer una auténtica desconocida?, nunca lo sabría, al morir esta, una espinita se le había clavado en el alma, quizá remordimiento por no haber estado más cerca de su hermana.

Pasó a ver a Hope y leyó para ella, como solía hacer Nimue. Sin embargo, dejó de hacerlo cuando pudo comprobar que a la muchacha no le sentaba bien.

—No te lo tomes a mal, Flora. Nimue siempre me lee y le gusta retomar la historia por donde ella la dejó. La enseñé a leer y tiene la convicción de que tiene que devolverme ese favor, aunque le he dicho muchísimas veces que no hace falta que me agradezca nada, que yo lo hice con gusto, porque vi que era una pequeña inteligente y muy madura para su edad.

—A mí apenas me habla...

Hope negó con la cabeza, aquella mañana se encontraba mejor.

—Freya no se portó bien con Nimue, la humilló todo lo que pudo y más. Yo misma la vi con mis propios ojos. Algo le ocurría a tu hermana, cuando arribó a este castillo era una buena chica, desconozco qué la hizo cambiar tantísimo —argumentó Hope observándola con su preciosa mirada azul.

—Todo lo que escucho sobre Freya dista tanto de la imagen que yo tenía de ella..., me es imposible verla rodeada de un halo de maldad. Podía ser fría, sí, y poco dada a demostrar sentimientos, pero era buena, yo sé que tiene que haber alguna explicación para todo lo que ocurrió en este lugar con ella —rebatía Flora con decisión.

—No te hagas mala sangre, para mí también era una buena chica y sé que estaba desesperada. Un día antes de su muerte entró a esta habitación hecha un mar de lágrimas. Me pidió ayuda, ayuda que yo estaba tan débil que no pude darle. Yo pensé que ese día mi vida se apagaría y no volvería a ver de nuevo el sol. Qué ironía, fue ella la que no lo vio nacer nunca más.

Aquellas palabras de Hope estuvieron rondando por la mente de Flora durante todo el día. Intentó mantenerse ocupada para que las horas sin David no pesaran tanto. Eloise le había prohibido ayudar a Lair y tampoco quería que lo hiciera con Nimue ni con nadie del servicio.

Incluso le pidió a su futura suegra que le proporcionara telas y demás para hacer labor, aunque a ella la aburriera sobremanera. Todavía no tenía material para pintar ni dibujar y el tiempo pasaba, tampoco había pedido expresamente que se lo trajeran, ni se había encaminado a Beaully para adquirirlo ella misma.

Se sentó frente a la chimenea en su habitación y comenzó a pelearse con un trozo de tela de tartán. Recordó entonces a su madre y aquellas colchas de trozos de tela de diferentes colores. Era como una sucesión de remiendos y cenefas que se le antojaban producto de la magia. Pensó que quizá pudiera hacer una colcha preciosa para Ghrian, con las fases de la luna y el amor que se profesaban David y ella. Sí, la haría y le daría una sorpresa. Sus ratos muertos se verían recompensados. No le gustaba hacer labor, no. Sin embargo, sí le agradaba hacer algo bonito para los suyos, y ya consideraba a David como de su familia; si todo iba bien, pronto lo sería.

Por suerte, su madre le había enseñado la técnica del *patchwork*, y, aunque a regañadientes, ella había sido la alumna más aplicada, pues Freya nunca pudo hacer nada atractivo, al contrario que ella, que tenía todavía en su habitación de la casa que la vio nacer un pequeño cojín hecho

con sus propias manitas cuando no contaba más de diez años.

En un momento de la jornada, que había pasado entre hilos y telas de colores, sintió hambre, ni siquiera había bajado a comer, hasta Eloise se personó en sus aposentos a regañarla. Pero cuando empezaba algo, se centraba tanto en ello que era incapaz de dejarlo hasta que no estuviera terminado.

Se decidió a bajar a la cocina y halló a Lair mirando por la ventana que daba al patio de armas.

—Hola, Lair —saludó Flora con jovialidad.

Lair dio un respingo.

—Qué susto me habéis dado, *lady* Flora. ¿Qué se os ofrece?

—Tengo hambre, y sé que tendría que haber bajado a comer, pero se me ha pasado la hora, estaba muy distraída haciendo labor —dijo Flora en un tono cargado de euforia.

Lair la observó con una mueca algo desagradable.

—No ha sobrado nada y ya mismo tengo que ponerme con la cena, aunque tengo algo de pan y mantequilla, si gustáis...

—Si es tan bueno como el del otro día, solo con eso me daré por satisfecha.

Lair se apresuró a sacar un bollo de pan redondo de un armarito y lo puso en la mesa.

—En un momento os traeré lo demás —anunció la cocinera.

Flora no pudo resistirse y, con la mano, arrancó un trocito de pan. Cuando lo probó no pudo menos que elogiar el sabor de aquel manjar.

—Ahora entiendo por qué lo llaman pan de hadas, es una verdadera maravilla —verbalizó.

—Sí, está bueno. Mi madre me enseñó a hacerlo, quizá es una de las pocas cosas que puedo agradecerle —dijo Lair mientras ponía ante ella la mantequilla y un vaso, junto a una botella de vino.

—No sé si es buena idea que beba, el vino suele afectarme muchísimo —dijo Flora entre risas.

—Este pan es mucho más bueno acompañado con vino, ya lo veréis —dijo Lair en tono monótono.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirió Flora.

—La acabáis de hacer, *lady* Flora.

—Ya me entiendes, y puedes llamarme Flora, solo Flora. Somos casi de la misma edad, ¿me equivoco?

Lair apretó los labios e hizo que se convirtieran en una línea impenetrable.

—Puede ser. Desconozco mi edad real.

—¿Y eso?, ¿por qué? —preguntó Flora con curiosidad.

La cocinera se encogió de hombros.

—No todo el mundo tiene la suerte de tener padres con posibles —respondió Lair con sequedad.

—Mi familia es humilde —apuntó Flora.

—Puede que ambas tengamos conceptos distintos de lo que es la humildad —sentenció Lair antes de marcharse a sus quehaceres y dejarla sola en la cocina.

∞∞∞∞

David, Simon, Angus y Beiste llegaron a Dounie empapados. Había llovido durante todo el día y se lo habían pasado prácticamente a la intemperie.

Cuando entraron en el patio de armas, dejaron los caballos en las cuadras y se internaron a la carrera en el castillo, con la intención de calentarse y quitarse la ropa mojada.

Flora los vio entrar y esperó un poco a que David subiera a su habitación. Lo aguardó impaciente en el pasillo y cuando este la vio, tuvo que contener las ganas de abrazarla.

—Estoy empapado —dijo—, pero dame tiempo y seré todo tuyo —soltó dedicándole una bonita sonrisa.

—Te he echado de menos —susurró ella cuando él ya le había dado la espalda, sabía que no la oiría, pero le daba igual.

David leía los labios a la perfección, sin embargo, si no hablabas muy fuerte a su espalda, era extraño que te escuchara.

Flora se preguntaba una y otra vez cómo podía ser tan buen guerrero. Cuando había formulado la cuestión, este le había respondido con determinación: «porque lo que me falta de oído, me sobra de astucia y osadía». Sonrió al recordar aquellas palabras del hombre del que estaba enamorada.

Capítulo 16

Las mujeres Gowdie estaban marcadas por una característica común..., no era su tez, ni su figura, tampoco su cabello, todas eran muy diferentes en estos aspectos. Lo que realmente las hacía únicas eran sus ojos, líquidos y ambarinos como la miel más pura.

Demasiados eran los rumores sobre ellas en Beaulieu, sin embargo, muchos lugareños habían tenido a bien ir a buscarlas cuando tenían cualquier problema que requiriera de sus servicios.

Ellas vivían en una casa humilde, a la salida del pueblo. Se accedía por un angosto y precioso camino que daba acceso a su pequeño paraíso, y podía llamarse así y no tratarse de una mentira, ya que aquel lugar estaba poblado por miles, qué digo miles, por millones de flores que parecían el lecho mullido donde la casa se mecía al compás del viento.

Isobel y Lottie siempre habían estado solas. No les había dado tiempo para pensar en el amor y los años habían pasado, hasta que las canas y los achaques hicieron acto de presencia y se volvieron demasiado hurañas para compartir su vida con un hombre de las Tierras Altas que no las dejara vivir a su manera.

Además..., su hermana pequeña, ya fallecida, más enamoradiza y soñadora, tuvo en su día tres hijas que vivían con ellas. A decir verdad, prácticamente las habían criado.

Las chicas ya eran mujeres hechas y derechos, pero tal parecía que querían continuar con el legado de sus tías solteras. Pues, aunque habían tenido sus más y sus menos con algún que otro enamorado, ninguno parecía convencerles lo suficiente como para casarse.

Harlow, Morgana y Brooke tenían veintiséis, veinticuatro y veintidós años respectivamente; aunque sus tías todavía las vieran en ocasiones como niñas.

Las cinco mujeres vivían sin necesidad de un hombre que las salvaguardara, creían en un mundo en el que todos, hombres y mujeres, fueran iguales y existieran sin meterse con nadie, aunque despertaran algunas suspicacias y también temor en algunos lugareños.

Vivían de cultivar sus tierras y de los remedios que preparaban para sus vecinos, remedios que muchas veces ni cobraban, ya que eran conocedoras de la situación económica de muchos de ellos. En Beaulieu las noticias corrían como la pólvora, así que no les era difícil averiguar a quién se le debía cobrar y a quién no.

Pues bien, Isobel Gowdie, cabello largo y ensortijado, constelaciones de canas en este, que en otro tiempo fue negro azabache, cuidaba las flores que engullían su hermosa morada, cuando Angus Fraser apareció en su campo de visión, ya no tan nítido como antaño. Sin embargo, sabía

que era él, lo distinguiría entre un ejército entero de hombres.

Ella dejó de podar un hermoso arbusto que parecía vivir en una primavera eterna y sonrió. Nunca dejaría de sonreírle, aunque las llamas del pasado ya estuvieran marchitas, sí..., marchitas, pues en su interior, en el de Isobel, jamás se extinguirían del todo, solo se cubrirían de ceniza, o se morirían de aburrimiento, de ahí que se hubieran marchitado sus pasiones y permanecieran en un hondo rincón de su corazón.

Angus desmontó y se acercó a ella.

—Buenos días, Isobel —saludó sin mirarla directamente a los ojos.

—Hola, Angus, ¿qué te trae por aquí? —preguntó ella sin poder dejar de pensar en que él todavía conservaba gran parte de eso que la hacía vibrar cuando era solo una adolescente.

Sin embargo, el semblante de Angus Fraser era del todo sombrío y tal parecía que la tristeza y la preocupación lo acompañaban, malas compañeras de vida...

—Necesito hablar contigo, Isobel. Mi esposa, Hope, se muere y nadie sabe decirme qué le pasa y cómo puedo remediar que ocurra lo peor... —soltó Angus con desesperación.

Aquella mañana, Hope había amanecido con la herradura de la muerte^[9], señal inequívoca de que su final estaba cerca, muy cerca, a decir verdad. Además de aquellas ojeras violáceas que le daban un toque siniestro a su piel nívea; la mujer no dejaba de desvariar y, en una de esas, le había pedido a Angus que le dijera a Flora que acudiera a su habitación.

Angus tuvo que disimular su crispación, ¿para qué quería ver su esposa a la hermana de Freya? Beiste se había negado en redondo a que su madre viera a Flora Byset, pero él tuvo que apaciguar a su siempre posesivo hijo. Había que respetar la voluntad de un moribundo, al menos era lo que siempre le habían inculcado sus mayores desde que tenía uso de razón.

—¿Y por qué crees que yo puedo hacer algo por ella? —preguntó Isobel observándolo con curiosidad.

—Porque sé que si alguien puede devolverle la vida a Hope eres tú —dijo él con determinación, mirándola por primera vez a los ojos.

Temía hacerlo, los ojos de Isobel eran enigmáticos y tan envolventes como la peor de las tormentas, no en vano había estado enamorado como un condenado de ella. De hecho, jamás dejaría de estarlo, por muchos años que hubieran pasado.

Hope era su vida, la amaba, claro que la amaba, de lo contrario no estaría ante la mujer que un día decidió que su libertad era mucho más importante que el amor que le profesaba a él, rogándole que la salvara. No obstante, con Hope había tenido un amor de aguas sosegadas y tiernos recuerdos. Con Isobel se había sentido sobrepasado por sus emociones, también por sus celos...

—Yo no hago milagros, Angus. Puedo visitarla e intentar averiguar qué le ocurre y si hay

algo en la naturaleza que pueda ayudarla —argumentó Isobel.

—Solo con eso ya me daría más que por satisfecho. Por favor, ven a Dounie y ayúdame. Te lo ruego —suplicó él posando su mano sobre la de Isobel, que, como si su tacto la quemara, la apartó de inmediato.

Aquella mano... Dios, cuántos sentimientos le había removido su solo contacto. Angus nunca sabría lo que lloró por él, sin embargo, aquello había sido lo mejor. Él estaba obsesionado, pensaba que había hombres en cada rincón, que todos querían arrebatarla. Se moría de celos y decidió coartarle la libertad, hecho que la madre de Isobel no permitió. Pero no fue eso lo que hizo que Isobel tomara la decisión de seguir su camino en soledad...

—Está bien, Angus —apuntó todavía con la respiración entrecortada—. Ve al castillo, en nada estoy allí —anunció ella dándole la espalda y entrando en la casa.

—¡Yo puedo llevarte! —exclamó él.

—No es necesario, vuelve a Dounie —dijo con firmeza, asomándose a la puerta y antes de cerrarla.

Capítulo 17

Flora se hallaba en el cuarto de Hope, tomaba su mano mientras Nimue leía con la voz entrecortada. El final estaba cerca, y un momento antes, cuando había entrado en la habitación, Hope había soltado todo el aire que parecía contener en sus pulmones, había sido como si la esperara para exhalarlo.

—Nimue, por favor, déjanos solas —ordenó Hope haciendo un acopio de fuerzas para que su tono sonara firme.

—Pero, *lady* Hope, acabo de empezar a leer... —protestó la muchacha.

—No te preocupes, luego sigues leyendo, ahora tengo que hablar con Flora.

Nimue, con cara de disgusto, se levantó de la silla, depositó el libro en el asiento de esta y salió de la habitación con celeridad, no sin antes dedicarle una mirada airada a Flora.

—Tengo que hablar contigo, muchacha... —repitió lo que ya le había dicho a Nimue.

—¿Sobre qué, Hope? —inquirió Flora—. Tenéis que descansar, cualquier cosa que tengáis que decirme puede esperar un rato... —apuntó Flora apretando la mano de la enferma.

Hope negó con la cabeza.

—Pequeña Flor, ten cuidado..., la bruja, la bruja te acecha y se comerá tu alma como lo hizo con la de Freya, la bruja, la bruja... —balbució justo antes de sentir un fuerte dolor en la tripa.

—Hope..., no habléis, ¿no veis que os hace mal?

—No..., la bruja, la bruja...

De pronto, en la estancia entró una mujer. Flora la reconoció en el acto, era una de las féminas que había visto en el bosque.

—Hola —dijo la mujer con sequedad—, soy Isobel Gowdie y tengo que ver a *lady* Hope.

—La bruja, la bruja, la bruja —repitió Hope en un desvarío que sorprendió a Flora en demasía.

—Tranquila..., shhh —susurró Isobel, que se había acercado a Hope y acariciaba su frente.

Enseguida Hope se durmió.

Examinó sus manos, olió su aliento, negó con la cabeza. Acarició su cabello y volvió a negar.

—No, esto no va bien, nada bien —dijo la mujer—, pero creo que puedo hacer algo.

—¿Podéis curarla? —inquirió Flora.

—Puedo intentarlo...

La puerta se abrió de golpe y porrazo y Beiste entró hecho una bestia, si es que ese nombre se lo habían puesto sus padres como si se trataran de visionarios. El muchacho era bruto a más no poder.

—¡¡¡Aléjate de mi madre, bruja!!! —le gritó a Isobel mientras se acercaba a ella y la empujaba haciéndola caer.

—¡¡¿Qué demonios haces, Beiste?!! —preguntó Flora hecha una furia mientras ayudaba a la mujer a levantarse.

—Vete de aquí, lárgate o no respondo de mis actos —masculló con ira—, y tú, engendro del mal, desde que estás aquí mi madre ha empeorado y estoy seguro de que tienes algo que ver, así que no os quiero ver a ninguna de las dos cerca de ella.

Beiste se aproximó a su madre y le acarició el rostro.

—¿Qué le habéis hecho?, ¿por qué está tan pálida? ¡Mamá, mamá! —la zarandeó, pero Hope no respondía.

—¡¡¡La habéis matado..., la habéis matado!!! —bramó el muchacho con furia.

—¿Qué son esos gritos? —inquirió la potente voz de Angus, que acababa de entrar en la estancia.

—¡Estas mujeres han matado a mi madre, la han matado! —exclamó Beiste con la saliva blanca y espumosa en las comisuras de sus labios.

Angus agachó la cabeza con pesar y se aproximó a Hope, comprobó que no respiraba y se llevó la mano al pecho. Las lágrimas se le agolparon en los ojos, había esperado mucho para ir a buscar a Isobel, de haberlo hecho antes, estaba seguro de que ella habría podido curarla. Su orgullo, ese orgullo le pesaría por toda la eternidad, pues había perdido a su compañera de vida.

—Estaba muy mal, Angus. Podría haber hecho algo si hubiera tenido más tiempo —dijo mirando con reprobación a Beiste.

—La ha matado, padre, cuando entré en la habitación la estaba tocando, ha sido ella —espetó.

—No, hijo, ya nos habían dicho que estaba muy mal y que moriría en breve. Isobel no tiene la culpa, tampoco la joven Flora —explicó Angus posando su mano sobre el hombro de su hijo.

Beiste le dedicó una mirada incendiaria a su padre, expulsó varios improperios dirigidos a las dos mujeres y abandonó la habitación.

Capítulo 18

La noticia de la muerte de Hope cayó en todos los habitantes del castillo de Dounie como un jarro de agua congelada.

De nuevo un funeral, con tan poco tiempo de diferencia. La hostilidad sobre Flora parecía estar en su apogeo, los rumores malintencionados no la dejaban en buen lugar; para la gente del pueblo, Flora Byset había sido la causante de la muerte de *lady* Hope.

De Isobel Gowdie no decían nada, por alguna razón desconocida, todo el mal hacer se lo cargaban a la joven prometida de David Fraser.

Cuando a Hope ya se le había dado sepultura, la hostilidad se acrecentó sin parangón. Y todo porque el día del funeral cayó granizo. Todo, absolutamente todo era culpa de Flora Byset, que a todas luces no era más que una bruja, como su difunta hermana.

Incluso David se distanció de ella... Aquello sí que no lo pudo obviar, porque una cosa era que las malas lenguas hablaran, y otra que el hombre que decía estar enamorado de ella se creyera todas las patrañas que salían por sus podridas bocas.

Lo encaró en cuanto le fue posible, tras encontrarlo solo, en la parte trasera exterior del castillo.

—¿Tú también piensas que Hope ha muerto por culpa mía? —inquirió ella, brazos en jarras.

David entornó los ojos, lo había pillado distraído y no sabía a ciencia cierta lo que ella le había dicho.

Flora lo repitió esta vez en voz alta, escrutándolo con la mirada.

—¿Qué te hace pensar que me trago esa sarta de blasfemias? —preguntó él con un deje de decepción en la voz.

—Me estás evitando, y no creo que sea casualidad —intervino Flora con decisión.

David rodó los ojos y negó con la cabeza antes de decir:

—¡Qué ironía!, pensé que eras tú la que me evitaba a mí. Apenas te he visto en varios días...

—Tampoco me has buscado, ni siquiera para ir a Ghrian.

David, que hasta el momento se hallaba sentado en un tocón, tallando un trozo de madera con un cuchillo por puro aburrimiento, dejó caer ambas cosas al suelo y se levantó con ímpetu.

Flora retrocedió un paso. Aquella actitud algo brusca la había puesto sobre aviso, no quería que la versión maligna de David volviera a atacarla.

David alzó los brazos, mostrándole las palmas de sus manos en señal de rendición.

—Tranquila, Dàna, soy yo —susurró aproximándose a ella con cuidado.

Flora clavó su mirada en la de él... Sí, podía estar tranquila, era David, su David; así que se dejó arrullar por sus fuertes brazos, embriagada por el amor que acudía a todas sus terminaciones nerviosas, haciéndola un ser vulnerable.

De nuevo se fundieron en un largo y suave beso, se habían necesitado tanto...

De pronto, David apagó el beso con premura y empujó a Flora con fuerza, cayendo los dos, él encima de ella, a unos metros de donde estaban.

Flora, aturdida, miró a David de modo interrogante.

Él se separó de ella con cuidado y miró hacia arriba, buscaba a la persona que había osado tirar una roca gigante desde las almenas...

La muchacha observó los movimientos del *highlander*, que, cual pantera, parecía estar a punto de atacar en cualquier momento, pero no a ella..., aquel empujón no había sido una agresión, no..., lo tuvo muy claro cuando vio la roca que se hallaba justo en el lugar en el que un momento antes se dejaba besar con pasión.

David entró en el despacho de su padre con determinación, Flora lo hizo segundos más tarde. Tras levantarse y dirigirse al interior del castillo, subir a la torre, inspeccionar e inspeccionar sin parar; todo esto sin hacer otra cosa que murmurar maldiciones, decidió que debía poner en conocimiento de su padre el atentado que había sufrido su prometida, que iba tras él sin sacarle palabra alguna más que los: «no te separes de mí», que repetía cada vez que veía que Flora se quedaba rezagada.

—Padre..., han intentado asesinar a mi prometida —dijo con determinación.

Lord Lovat lo observó con sorpresa, estaba acompañado de Angus, que desde la muerte de Hope parecía haber envejecido al menos diez años.

—¿Qué ha ocurrido, hijo?, ¿cómo ha sido eso?

David relató los hechos mientras no dejaba de jurar sin cesar que mataría al desgraciado que había estado a punto de arrebatarse a su amor.

Angus y Simon se miraron con complicidad.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué tengo la sensación de que ocultáis algo? —inquirió David, furioso.

Flora posó la mano sobre el hombro de su prometido.

Para David fue un bálsamo, la prueba inequívoca de que Flora había tenido la suerte de que él viera una sombra cernirse sobre ellos. Estaba viva y eso era lo que contaba.

David cubrió la manita de la muchacha con la suya, grande y tosca pero cálida y mullida bajo el criterio de la joven Flora.

Simon, que había permanecido en absoluto silencio durante unos segundos que se hicieron eternos, miró de nuevo a Angus y declaró:

—Hijo, preferimos callar y no despertar suspicacias. Todo apunta a que Freya fue envenenada.

David no pareció inmutarse y Flora lo observó con una mirada indescriptible, al igual que hizo con Simon y el primo de este.

—¿Envenenada?, ¿mi hermana? —inquirió Flora de pronto, un manotazo fuerte en la mesa hizo que los tres dieran un brinco.

—Lo siento, joven Flora, preferimos no decirle nada a tu padre, además, son conjeturas, no lo sabemos a ciencia cierta —mintió Simon.

—Solo la simple sospecha hubiera sido motivo de que informarais a mi padre, lord Lovat. Estoy segura de que no me hubiera dejado aquí sola a mi suerte —espetó Flora con un tono cargado de indignación.

—Flora, no deberías hablarle así a mi padre —intervino David con el fin de apaciguar a la fiera en la que se había convertido su prometida, lo malo fue que no consiguió el efecto que deseaba.

—¿Que no debo hablarle a tu padre de qué forma?, ¿con sinceridad?, ¿a las personas que decidieron ocultarle a su familia la verdadera naturaleza de la muerte de su hija y hermana? Pues sí, creo que tengo derecho a pedir explicaciones, a enfadarme, incluso a recoger mis pocas pertenencias y a marcharme de aquí —argumentó Flora, muy nerviosa.

—Flora, mi padre solo pretendía que no se formara un revuelo innecesario por algo que ni siquiera se podía probar.

Flora negó con la cabeza y clavó su mirada incendiaria en la de David.

—Y tú..., tú que pareces no haberte sorprendido por la confesión de tu padre, lo sabías, malnacido, lo sabías, ¿cierto?, respóndeme y dime la verdad. —Flora escupía las palabras con

saña y dolor, mucho dolor.

Por primera vez sintió ese dolor que se suponía que debía haberla atenazado cuando se enteró de la muerte de Freya.

Su respiración se agitó y salió del despacho como una exhalación, estaba completamente fuera de sí y corrió por el pasillo y luego por el espacioso vestíbulo. En su recorrido increpó a todo bicho viviente que se encontró: «soy una criatura del mal, así que apártate si no quieres caer en mi maligno influjo». Cuando consiguió salir y ver el sol que la iluminaba con su luz, cogió una bocanada de aire y la soltó como si con ello liberara una gran tensión.

—¡Flora!, ¡Flora! —gritó David, que acababa de salir al patio de armas también.

—Déjame en paz, ni se te ocurra seguirme —ordenó la muchacha antes de alejarse de él a la carrera en dirección a las cuadras.

Angus, que había seguido a los dos jóvenes, se detuvo a la altura de David, quien aguardaba sin mover un músculo mientras observaba a Flora correr.

Posó una mano en el hombro de su sobrino y, cuando este lo miró directamente y le dijo que iría tras ella, él negó con la cabeza y le aconsejó que la dejara un rato a solas, pues estaba demasiado enfadada en ese momento como para atender a razones.

David quiso oponerse, en su fuero interno lo único que bullía era la idea de seguirla y atajar el problema atrayéndola hacia su cuerpo y susurrándole al oído que todo iría bien, sin embargo, Flora le había demostrado que no era de las que se conformaban con palabras huecas, que quería hechos y que estos fueran lo más claros posibles, sin mentiras que los enturbiaran.

Flora salió del castillo a caballo cual flecha incendiaria. Necesitaba alejarse de aquel lugar, poner tierra entre este y ella misma. En su escapada, llegó al pueblo y lo atravesó, iba sin rumbo fijo, solo quería escapar..., escapar de toda aquella oscuridad mientras los ojos cosidos de su hermana se hacían presentes de nuevo en su mente.

Los lugareños la observaban pasar y se apartaban, como si en lugar de una mujer a caballo hubieran visto a la mismísima parca que venía a truncar sus vidas.

Ella los ignoró, sus ojos estaban inundados de lágrimas y poco más podía hacer que no darle mayor importancia a aquella actitud hostil que la acompañaba desde que su hermana había muerto envenenada entre los muros de aquel castillo de pesadilla.

En ese preciso instante entendió por qué Freya le había pedido ayuda en sueños, porque necesitaba que se descubriera la verdad, su verdad.

Cuando ya había dejado atrás el pueblo, se dio unos segundos para respirar tranquila. Hizo que el caballo se detuviera y miró en derredor, ella nunca sabría qué la impulsó a ello. Entonces fue cuando la vio...

Capítulo 19

Iver, el Seacal, se llevó las manos a la cabeza, se hallaba en el cuarto de su humilde casa, en Beaully.

Había entrado a hurtadillas en el castillo, y, para su asombro, no le había sido muy difícil. El problema sería cómo cumplir con lo que le había ordenado ella, su Freya, desde el mundo de los muertos.

Tenía que matar a su hermana, a Flora Byset. No sabía el porqué de tan descabellada petición, sin embargo, la había intentado solucionar sin suerte.

Deambuló con sigilo por los angostos pasillos del castillo y subió a la torre, donde halló lo que necesitaba, varias piedras se encontraban en el suelo, probablemente se habían desprendido de las almenas, que no estaban en perfecto estado. Una de ellas tenía una envergadura considerable, la suficiente como para matar al incauto que se pusiera a tiro.

Solo tuvo que esperar, y la ocasión se le presentó de un modo muy especial, con una piedra podría darles muerte a los dos amantes, aunque Freya le había dicho una y otra vez que a David Fraser se abstuviera de matarlo.

Le diría que solo quería quitarle la vida a la muchacha y que no vio otra ocasión más perfecta que esa. También le diría que David había aparecido en el último momento, sí, eso haría.

Cuando vio que la pareja daba rienda suelta a su amor y se besaba ajena al peligro, lanzó la roca.

Sonrió complacido, Freya estaría orgullosa de él. Se quedó embobado mientras veía como la roca se precipitaba hacia sus dos objetivos. Sin embargo, un momento después, su proyectil pétreo se había estrellado en el suelo y aquellos energúmenos se hallaban a salvo.

Cerró las manos en puños y se maldijo a sí mismo y a ese sordo de pega de David Fraser.

Nadie vería venir aquella roca, nadie tan distraído o enamorado la hubiera podido esquivar, pero él lo había hecho. Comprendió entonces su fama de buen guerrero, era rápido y astuto como un felino.

Escuchó gritos, era David Fraser, que se internó de inmediato en el castillo con la intención de descubrir quién había intentado matar a Flora Byset..., qué iluso, si supiera que aquella niña

escuálida no le importaba lo más mínimo, que para él no era más que una mosca en su guiso, que el verdadero objetivo era él. El *highlander* no parecía ver más allá de sus narices y dio por hecho que a él nadie quería darle muerte.

De pronto, cayó en la cuenta de que debía ocultarse, si David Fraser lo descubría allí, sería muy difícil enfrentarse a él sin perder, por mucho que tuviera aquel apodo tan fiero.

Tuvo que hacer uso del ingenio para no ser descubierto y, para su suerte, lo logró, todavía después de conseguir salir del castillo se preguntaba cómo David no lo había visto, cuando se hallaba ante sus narices.

Pensó que la diosa Fortuna lo había ayudado, que creía en su causa, la de quitar del mundo a un ser que tuvo en el lecho a la mujer de su vida antes que él mismo. La de prescindir de una vida que no tenía más razón de ser que la de hacer el mal.

Freya ya no estaba, y la culpa no era de otro que de David Fraser. Él era su asesino.

Capítulo 20

Flora se hallaba ante una infusión de manzanilla que le había preparado Isobel Gowdie. La había encontrado junto al camino que conducía a su casa, en su estrepitosa huida hacia ningún lugar.

Isobel había alzado una mano para que ella aguardara y no emprendiera de nuevo su endiablada marcha.

—¿Qué os ha traído aquí, *lady* Flora? —preguntó Isobel escrutándola con sus enigmáticos ojos color ámbar.

—No lo sé..., ni siquiera sé qué hago aquí. Solo necesito verdad en mi vida, estoy harta de mentiras. —Flora escupió las palabras, algo la hacía confiar en Isobel, y no se explicaba qué.

—Ven conmigo, te prepararé algo que te calme, estás muy nerviosa, muchacha... —apuntó Isobel.

Flora desmontó del caballo y lo dejó paciando cerca del camino.

Luego fue tras Isobel y ambas se adentraron en un estrecho sendero que en un principio la hizo estremecer. Arbustos de hojas muy oscuras se entrecruzaban y hacían que apenas pasara la luz.

A medida que se adentraban en él, el paisaje cambiaba, transformándose al final en lo más parecido al paraíso en la Tierra.

Un claro, un jardín de ensueño, una casita preciosa. Eran los elementos necesarios para constatar que la misteriosa mujer vivía en un lugar de cuento de hadas.

Así que allí se encontraba Flora, ante aquella bebida humeante de olor agradable.

Isobel se hallaba frente a ella.

—Y bien, ¿qué verdades buscas? —preguntó prescindiendo ya de formalismos.

—Hoy me enteré de que mi hermana no murió sin más, sino que fue envenenada —confesó Flora llevándose ambas manos al rostro, todavía congestionado por todo lo que había llorado.

Isobel cogió aire con fuerza, como si quisiera atraparlo, y lo soltó de un bufido.

—Tengo la sensación de que a nadie le sorprende que alguien la haya matado... —masculó Flora.

—No, niña, no me sorprende. De un tiempo a esta parte han ocurrido hechos cuando menos extraños en el castillo Dounie. Así que podría esperarlo, es más, no tuve el tiempo suficiente como para ayudar a *lady Hope*, pero apostaría todo lo que tengo a que su muerte fue algo... Digamos que intencionada.

Flora abrió mucho los ojos.

—Si *lady Hope* murió de una enfermedad, yo misma pude verlo con mis propios ojos —dijo Flora recelosa.

—Sí, puede que eso parezca a primera vista, pero en este mundo ocurren hechos que nadie puede explicar, y la muerte de la esposa de Angus es una de ellas —explicó Isobel apoyando los dos codos en la mesa y sus manos a ambos lados del rostro.

—Yo lo único que sé es que hay alguien que quiere acabar conmigo, al igual que hicieron con mi hermana, y no voy a estar ahí para que lo consiga, eso lo tengo muy claro —soltó Flora con decisión.

—Alejarse de Dounie no será suficiente, niña. El problema no es el lugar, sino quién hay allí —comentó Isobel, misteriosa.

—No entiendo..., ¿a qué se refiere? —inquirió Flora, algo crispada, no estaba para acertijos, y a aquella mujer parecía divertirse hablar tirándole piedrecitas.

—No es difícil deducirlo, el problema es contigo, niña, contigo y con quien tienes un lazo especial. Quien sea que esté haciendo esto quiere cortar el lazo que os une y no cejará en su empeño.

—¿Con David?, ¿por qué?, no entiendo.

—Desconozco los motivos, pero pude sentirlo cuando entré en el castillo. Hay un lazo de amor que os une a David Fraser y a ti, al parecer, no he sido la única en apreciarlo.

—Pero todo esto es tan extraño..., ¿un lazo de amor?, ¿entonces qué tiene que ver en todo este embrollo *lady Hope*? —preguntó Flora, totalmente descolocada.

—No estuve el suficiente tiempo en el castillo como para poder saber más. Yo puedo sentir las energías, ¿sabes lo que es eso?

Flora negó con la cabeza.

—No tengo ni la menor idea, solo sé que he de alejarme de Dounie y de quien mal me quiere con la mayor brevedad.

—Estás equivocada. Si te alejas, el alma oscura que se cierne sobre ti te seguirá, porque

David no te dejará marchar e irá a donde tú vayas, así que creo que es mejor que combatas el mal sin huir. Tienes que descubrir quién es y darle esto —dijo Isobel haciéndole entrega de un manojo de hierbas secas atado.

—¿Tomillo y lavanda? —preguntó Flora, intrigada.

—Sí, niña. Esto, aunque pueda parecerte un simple manojo de hierbas secas, tiene el poder de alejar las malas energías, y neutralizar el mal que esa persona te esté enviando.

—¿Y cómo voy a dárselo?, si descubro quién es, dudo mucho que acepte un presente de la persona a la que odia... —apuntó Flora.

Isobel sonrió y se encogió de hombros.

—Lo mejor es ponerlo bajo el colchón de su lecho. Así, mientras duerme, estas flores conseguirán el efecto deseado —le explicó Isobel.

—En fin..., que tengo que volver a Dounie y andarme con mil ojos, descubrir a la persona que me quiere muerta y poner esto bajo su cama...

—Sí, es exactamente eso lo que has de hacer —dijo Isobel con decisión.

—¿Y funcionará?

—Lo hará si tienes fe, la magia es así, necesita la fe de quién la practica.

—¿Magia?, ¿acaso estamos hablando de brujería? —inquirió Flora, alarmada.

Isobel se echó a reír.

—En esta casa practicamos la magia verde, sí, podría decirse que somos brujas, pero estamos del lado del bien. Tenemos una conexión especial con la naturaleza y con los recursos que nos facilita para sanar, para liberar a las personas de los malos influjos y las envidias.

—Magia verde, jamás había oído hablar de...

—Lo sé, todo el mundo asocia la palabra bruja a la maldad y a los conjuros dañinos como el que le hicieron a *lady Hope*...

—¿Piensa que fue brujería? De la mala, me refiero... —intervino Flora.

—Estoy casi segura de que eso fue —respondió Isobel con determinación.

—¿Por eso su hija me regaló aquella piedra?, sabía que había algo maligno en Dounie —dijo Flora con expresión sorpresiva.

—No es mi hija, se llama Morgana y es una de mis sobrinas. Ella tuvo contacto con Freya e intentó prevenirla de lo que la amenazaba, pero tu hermana no le hizo caso. Se dejó llevar por lo que le dijeron de nosotras, así que acabó por perecer.

»Niña, estás en peligro y lo único que tienes es ese manojo de flores. Sé que no parece gran cosa, pero confía en su poder. Si consigues averiguar quién es la persona que desea tu muerte, esta será la llave para neutralizar el mal.

Isobel hablaba con contundencia y una seriedad implícita en su tono.

De pronto, posó su mano sobre la de Flora.

—De acuerdo, lo intentaré.

—Debes hacerlo —insistió Isobel.

—Está bien, lo haré...

Capítulo 21

Casi anochecía cuando Flora entró en el castillo Dounie. Había pasado toda la tarde hablando con Isobel; Lottie, su hermana, y sus tres sobrinas: Harlow, la morena de cabello liso y castaño que despotricaba sobre el chico que la pretendía el día que las conoció en el bosque; Brooke, la pelirroja simpática y preciosa, y Morgana, la muchacha rubia de cabello trenzado, tez pecosa y mirada sabia que le había regalado la piedra para protegerse del mal que la acechaba en Dounie.

De algún modo, había conseguido olvidarse por un ratito de los problemas que la esperaban en el castillo, bueno, si es que se le podían llamar problemas. Más bien era la muerte, que la había marcado susurrándole al oído: «no podrás esquivarme por mucho tiempo, tú serás la próxima en venirte conmigo».

Aquellas mujeres, con su parloteo incesante, le habían proporcionado un ambiente acogedor y distendido.

Cuando salió de la casa e Isobel la acompañó hasta el final del camino, se despidió de ella con un: «ten cuidado y, sobre todo, nunca pierdas la fe».

Dejó el caballo en las cuerdas y atravesó el patio de armas con el convencimiento de que podía estar siendo vigilada y que otra piedra de tamaño descomunal podría llover del cielo. Por ello se dio prisa, mientras la llovizna repicaba en su rostro.

David debía estar esperándola, pues salió a su encuentro con decisión. Cuando la tuvo delante, no pudo menos que atraerla hacia él con fuerza.

—Maldita sea, Dàna, pensé que te había perdido para siempre. He pasado horas buscándote sin hallarte. Por favor, no vuelvas a hacerme algo así, no me abandones. Porque sin ti ya no podría vivir, eres más importante que el aire que respiro —dijo David entre palabras atropelladas.

—Has vivido muchos años sin mí, David, creo yo que lo superarías —respondió Flora, abrumada por el ímpetu del hombre que amaba.

—No te creas, estas horas sin ti, sin saber dónde te hallabas, han sido horribles. He vuelto al castillo hace apenas unos minutos, solo vine a saber si habías regresado y a por unas antorchas para seguir con la búsqueda. Menos mal que estás a salvo, no me perdonaría que...

—¿Que alguien me hubiera hecho daño? —preguntó Flora antes de darle un suave beso a David en los labios.

—Tengo la sensación de que quien se acerca a mí sale mal parado —confesó David, con un deje de tristeza en la voz.

—No te culpes, no puedes responsabilizarte de la maldad de algunas personas. Juntos descubriremos quién está tratando de hacernos daño y haremos que pare —susurró Flora en su oído.

—¿Quién crees que puede ser? —inquirió David.

Flora se encogió de hombros.

—No lo sé, pero ahora, entremos, aquí hace mucho frío y nos estamos calando enteros —sugirió Flora entre risas.

En el interior del castillo los esperaba Simon, quien, acompañado de su primo, fulminó a Flora con la mirada antes de dirigirse a ella con contundencia:

—Eres una inconsciente, Flora Byset. Todo el día han estado muchos de mis hombres buscándote.

—Lo siento, lord Lovat, pero entendí mi indignación al enterarme de que...

—Shhh..., no hables tan fuerte, lo de tu hermana no ha de salir de estos cuatro muros, ¿entendido? —masculló Simon.

Flora aceptó, a sabiendas de que se lo había contado a las cinco mujeres Gowdie. Nadie le había dicho que fuera un secreto, es más, estaba furiosa porque se lo hubieran ocultado deliberadamente.

Aquella noche la pasó en un duermevela continuo, y en los ratitos que consiguió dormir, soñó con una sombra negra que se transformaba en David y apretaba su cuello hasta dejarla sin respiración. Muerta de miedo, agarró el ramito de hierbas aromáticas y lo apretó contra su pecho, aspirando el olor agradable de este.

Hasta tres veces se despertó jadeante, con la sensación de que había estado sin respiración durante mucho tiempo. La cuarta vez fue la peor, sintió un tirón fuerte en el cuello y despertó llevándose la mano al mismo. Le escocía.

La luna estaba en su máxima plenitud y ella se levantó para verse en el espejo. Halló en el cuello una rozadura fina y enrojecida, por la mañana podría verlo mejor. Sin embargo, fue consciente al momento de que algo le faltaba. El amuleto que le había regalado Morgana. Así mismo, también había perdido las hierbas. Las buscó con ahínco, mas no las halló.

Se levantó de la cama y se cubrió con una manta de tartán. Salió de la habitación con sigilo y se dirigió a la de David. Llamó a la puerta con suavidad y este la abrió de inmediato.

—Te esperaba, Dàna.

Aquellas fueron sus únicas palabras antes de tomar a Flora entre sus brazos y llevarla al lecho.

Quizá el instinto se adueñara de los dos, puede que aquella fuera la noche perfecta, en la que la luna bañaba sus cuerpos y la ropa se deslizaba sin oponer resistencia. Las inquietudes que la habían llevado a llamar a esa puerta se habían esfumado y allí se encontraba, entregándose a la pasión junto al hombre que le había robado el sueño.

—Perdóname, Dàna, pero no soy capaz de aguantar hasta que estemos casados —susurró él en su oído.

—Yo tampoco puedo, quiero tenerte esta noche, y si mañana no despierto a tu lado, al menos habrá merecido la pena —dijo ella, envuelta en la pasión y acompañada por el miedo, sí, aquel miedo que se había instaurado en su cuerpo desde que se había enterado del asesinato de su hermana.

—¿Por qué no ibas a hacerlo?, siempre, Dàna, es más, mañana mismo nos casaremos, no quiero postergarlo más. Reuniremos al clan...

—Shhh... —Flora puso el dedo índice en los labios de David—, ahora no quiero pensar en eso, quiero estar contigo, solo contigo, amándote y dejando que me ames.

David sonrió y se posó sobre Flora, besándola, acariciando su piel suave, embistiéndola primero con dulzura, luego con fiereza.

Quería morir entre sus brazos, si la parca tenía que llevárselos a ambos, prefería que fuera en aquel instante. Que no lo pillara desprevenido, que no lo dejara en vida si ella ya no estaba, porque no lo podría soportar, no ahora que la tenía tan cerca, que se había metido hasta el fondo en los recovecos de su corazón.

Cuando la pasión se convirtió en brasas, ambos quedaron tendidos uno junto al otro.

—Me haces tan feliz —dijo David.

—Tú también, David Fraser, tú también...

Segunda parte

Capítulo 22

Flora y David se casaron dos días después de su noche mágica. Simon puso el grito en el cielo, pero al final aceptó, no le quedaba otro remedio. Angus reprendió a David por no esperar un tiempo prudencial antes de contraer nupcias; Hope acababa de morir y le parecía del todo inadecuado.

Al final, Simon entró en razón e hizo que la indignación de su primo se apaciguara. David llevaba toda la vida enamorado de Flora Byset y él lo había obligado a casarse con Freya, convirtiéndolo por ello en un desgraciado, qué menos que darle la oportunidad de ser feliz.

Cuando David vio a Flora con el vestido de novia que en su día llevó Eloise, no pudo menos que dedicarle una sonrisa de satisfacción, para él era la mujer más hermosa del mundo, aunque dijeran de ella que no era tan bella como su hermana. A Flora no le hacía falta tener una cara de princesa, ni un porte regio para ser la mujer de su vida.

La ceremonia fue hermosa, aunque la habían improvisado, con tan poco tiempo de preparación, fue lo máximo que pudieron hacer, y para Flora ya era perfecto, aunque Eloise no parara de despotricar por la prisa que le había entrado a su hijo por casarse en solo dos días.

El padre de Flora fue avisado de inmediato y había arribado cargado con las pertenencias de su hija en un carro.

Anderson estaba pletórico, había conseguido lo que quería de nuevo, que alguna de sus hijas emparentara con los Fraser de Lovat.

En un momento en el que pudieron estar a solas, Flora se lo echó en cara.

—No sé de qué te quejas, hija, ¿has visto lo bella que estás con ese vestido?, jamás podría haberte pagado uno igual. ¿Y este hermoso castillo?, de no haberte casado con David Fraser, seguirías ayudando a la sirvienta a lavar la ropa en el río. ¿Es eso lo que quieres para ti? —se defendió su padre.

—No me quejo por gusto, padre. Amo a David y estoy muy contenta de haberme casado con él. Sin embargo, debes saber a lo que me enfrento.

—¿A qué podrías enfrentarte, criatura?, lo tienes todo para tener una vida plena, así que disfrútalo y deja de quejarte sin motivo —sentenció su padre.

—Freya fue envenenada, padre. Y a mí ya han tratado de matarme una vez y me han

agredido otra. No estoy segura en este lugar.

—¿Cómo has dicho?, ¿qué locura es esa?, Freya murió de muerte natural, al menos es lo que dijo mi buen amigo Simon —replicó su padre con determinación.

—Eso es lo que nos dijeron a todos, pero la verdad es bien distinta. Freya fue asesinada y a mí también trataron de matarme, arrojando una roca de grandes dimensiones desde las almenas. Por suerte, David la vio venir y me salvó de una muerte segura.

—Por dios, Flora, este castillo es viejo, pudo caer a causa del viento, por ejemplo.

—Pregúntale a David, él te confirmará que no fue un accidente.

—Hablaré con Simon, si es verdad lo que dices, tendrá que darme explicaciones.

Anderson se alejó de su hija y se dirigió a donde se encontraba lord Lovat. Habló brevemente con él, este la miró directamente a ella con inquina y ambos hombres salieron del gran salón.

Un rato después, Anderson montó a caballo y puso pies en polvorosa sin despedirse ni siquiera de los recién casados.

Cuando Flora se enteró ya era tarde, y la pareja tenía que subir a la habitación a consumir el matrimonio, mientras los invitados seguían la fiesta en el gran salón, ya bastante bebidos.

La comida había sido abundante y la bebida aún más.

Sin embargo, lo que más le había apetecido a Flora eran los pequeños panes de hadas que le había servido Nimue. Eran los más deliciosos que había probado jamás.

Flora y David subieron a la alcoba de este y nada más quedarse a solas se besaron con pasión.

—¿Qué te parece si al amanecer nos vamos a Ghrian? —preguntó David sin dejar de besar el cuello de su recién estrenada esposa.

—Me parece muy bien, y si no estuviera tan cansada, me iría ahora mismo. El día ha sido agotador —dijo Flora.

—Y hermoso, no lo olvides, Dàna. Hemos tenido suerte, mi madre lo ha dispuesto todo en muy poco tiempo.

Flora asintió con la cabeza, estaba un poco disgustada con la actitud de Eloise, pues lo había manejado todo sin tener en cuenta su opinión y había tenido que mostrar su disconformidad sin ser escuchada, así que al final optó por dejarla hacer. Al fin y al cabo, en cuanto estuviera casada con David, construirían su casa y se mudarían a su lugar perfecto, donde el sol nacía y moría de modo espectacular todos los días: Ghrian.

La pareja se dejó abrazar por la pasión y ante la chimenea, sobre la cobija que Flora había

terminado el día anterior, dieron buena cuenta de su amor, sin saciarse el uno del otro, con esa necesidad de fundirse en un solo ser que los apremiaba cada vez que estaban juntos.

Y después de amarse durante horas, cayeron exhaustos en un sueño reparador, abrazados, juntos, felices.

Ajenos al poco tiempo que le quedaba a su amor...

Capítulo 23

Flora se despertó empapada en sudor, se encontraba sola en el lecho, David no estaba. Pensó que quizá había bajado al gran salón, donde con seguridad seguiría la fiesta, o habría una pandilla de hombres borrachos durmiendo por doquier.

Se levantó y se puso una camisa de David. Se hallaba en la habitación de él y todavía su ropa estaba en la que había ocupado desde que llegó a Dounie.

Alcanzó la cobija del suelo y se la echó por encima. El vestido de novia descansaba de malos modos en una silla y lo colocó sobre el lecho, de modo que sufriera el menor daño posible, pues no era suyo. Tampoco podía volver a ponérselo sola, era un vestido hermoso, pero también pesado y precisaba de ayuda a la hora de vestirse.

Salió de la estancia y vio que todo estaba oscuro, si todavía seguía la fiesta, debían ser muy silenciosos, porque ni un alma se escuchaba.

Las antorchas estaban apagadas y hacía frío.

De pronto, un goteo se fue haciendo más y más presente..., más y más cercano. Era un goteo constante, que parecía repiquetear en el suelo y le daba un toque lúgubre a la escena.

Su habitación no estaba lejos, tan solo a unas puertas, tres o cuatro, no más. Sin embargo, Flora era incapaz de encontrarla. Nerviosa, trató de volver a la alcoba de David, pero tampoco la halló. Comenzó a intentar abrir las puertas, mas todas estaban cerradas.

—No entiendo nada... —masculló.

El gran salón, ese sería el mejor lugar al que podría ir, al menos, allí encontraría a alguien, aunque fuera dormido. Quizá incluso a David.

Anduvo por el pasillo frío e iluminado brevemente por la luz de la luna en alguno de los ventanucos. Era largo, muy largo. No lo recordaba tan largo.

Se llevó la mano al pecho aliviada cuando arribó a las escalinatas y descendió cada uno de los peldaños con sigilo. Si podía localizar a David sería lo mejor. No sabía qué iba a explicar si alguien más la veía vestida con una camisa de hombre que le llegaba por encima de las rodillas y una cobija hecha con remiendos.

Una vez en el gran salón, se llevó las manos a las sienes. Allí no había un alma. La luna

iluminaba la mesa todavía con los restos del festín. Y en el aire flotaba una neblina densa que la atravesaba y la hacía sentir frío, mucho frío.

De pronto, vio a alguien al otro lado de la mesa. Estaba de pie y la observaba.

Flora pestañeó y entornó los ojos para ver bien al hombre que la miraba y esbozaba una sonrisa que podía ser de todo menos amigable.

Pero aquello no era un hombre. Tenía cuernos como si fuera una cabra y sus pies eran pezuñas. El corazón de Flora comenzó a galopar y llamó a David a voz en grito.

El ser emitió un rugido que parecía salido del infierno y corrió hacia ella.

Flora escapó a la carrera y en su huida prescindió de la cobija. Estaba descalza, con la fina camisa y nada más sobre ella. No obstante, lo que menos le importaba en aquel momento era su vestimenta. Quería salvar la vida, encontrar a David o a alguien que la ayudara.

Era una mujer delgada e inofensiva al lado de aquel ser que la perseguía y que parecía crecer a medida que caminaba tras ella con sus enormes zancadas.

Gritó y gritó, pero nadie acudió en su ayuda. Todas las puertas estaban cerradas, todas. Había vuelto a la planta superior, y se maldijo por ello, lo mejor hubiera sido salir, en el exterior le hubiera sido más fácil escapar, pero allí estaba. Huyendo de una criatura temible.

Las fuerzas se le acababan, el pasillo no tenía fin y cada vez estaba más oscuro, más tenebroso, más frío. La lluvia comenzó a caer sobre ella, ¿lluvia dentro del castillo?, aquello no podía ser real, un sueño, sí, puede que fuera un sueño. Se pellizcó las mejillas sin conseguir despertarse, además, sintió el dolor del pellizco en su cara mojada.

Observó entonces sus manos y dio un alarido desesperado. No era lluvia, no lo era. Por el contrario, era sangre..., sangre.

Cada vez estaba más débil, y el suelo de piedra se había tornado resbaladizo. Su paso se volvió errático, hasta que resbaló y cayó al suelo. La bestia se le echó encima...

—¡Dàna!, ¡Dàna!, ¿qué te ocurre?, por favor, mi amor, vuelve a mí, vuelve a mí —escuchó decir Flora.

Y abrió los ojos.

El rostro horrorizado de David la recibió y Flora no pudo menos que echarse a llorar desconsolada. Estaba en el suelo, y únicamente llevaba encima la camisa de su esposo, hecha jirones, por cierto.

A su alrededor, múltiples rostros que la observaban con temor..., sí, mucho temor. Algunos incluso se santiguaban.

¿Qué había ocurrido?

David la cubrió con su tartán, la tomó en sus brazos y la llevó a la alcoba.

—El demonio, David, he visto al demonio y me perseguía. No encontraba la habitación y en el gran salón no había nadie, todo el castillo estaba a oscuras y llovía sangre..., llovía sangre, David —dijo Flora mirándose las manos manchadas—. ¿Lo ves, David?, ha sido horrible.

—En el gran salón estábamos todos, Dàna. Pero no te angusties, hablaremos por la mañana. Ahora tienes que descansar y yo debo volver abajo, he de tranquilizar a los miembros del clan.

—No, por favor, tengo miedo de quedarme sola, ¿y si el diablo vuelve y me lleva con él? —inquirió la muchacha.

David estaba abrumado, lo ocurrido en el gran salón era más de lo que podía soportar, y Flora se había puesto en evidencia delante de todos. Gritando y diciendo en voz alta que el demonio venía a por ella. Incluso se había subido a la mesa y había corrido sobre ella. A su paso dejaba un reguero de sangre y en un momento se había llevado las manos a sus partes y había gritado fuera de sí.

Las súplicas de Flora no enternecieron a David, que se marchó de la estancia cerrándola a cal y canto. A Flora la atenazó el terror más absoluto. Sola, encerrada, con la mirada dura de David, porque no la había mirado como siempre, no..., incluso había desprecio en aquellos ojos verdes que parecían desencantados con lo que tenía ahora delante.

El *highlander* se dirigió al despacho de su padre, este le había ordenado que encerrara a su mujer y fuera a hablar con él. Que allí lo esperaría después de despedirse de los invitados.

Cuando entró, Simon estaba sentado tras su mesa y Angus permanecía de pie, observándolo de brazos cruzados.

—Siéntate, hijo...

David hizo lo propio y se miró las manos, manchadas de sangre de la menstruación de Flora.

—Padre..., yo... —balbució David conteniendo las lágrimas.

—No quiero decirte que te lo dije, hijo. Pero tú mismo has podido ver que la joven Flora padece el mismo mal que su hermana. Incluso diría que ella está peor que esta. Lo de hoy ha sido bochornoso, repugnante...

—Lo sé, padre. Pero también sé que Flora es una buena mujer, y que algo ocurre entre estas cuatro paredes que influye negativamente en ella, como ya lo hizo con anterioridad con su hermana.

—No, hijo. Sé que quieres pensar que así es, que ella es una pobre víctima como antes lo fue Freya. Pero no es así. Hoy he podido ver la maldad en los ojos de esa mujer, y lo que ha hecho con sus manos y... No quiero ni pensarlo...

Los ojos de David estaban acuosos, había sido terrible que Flora lo confundiera con un demonio, que gritara de terror cuando él la seguía para pararla, que ante él se llevara las manos a sus partes y se las mostrara llenas de sangre a todo el que encontraba a su paso, incluso manchó a más de un invitado.

Había sido como una pesadilla. Se maldecía a sí mismo por haberla dejado sola en la habitación, debería haberse quedado con ella, pero quiso bajar al gran salón, disfrutar con sus amigos, celebrar que se había casado por fin con la mujer de su vida. Qué gran error.

—Padre, tiene que haber una explicación, ella me la dará cuando se encuentre mejor... —dijo David en tono suplicante.

—No, hijo mío, esta vez no. No voy a permitir que Dounie vuelva a ser un lugar engullido por las tinieblas.

—¿Qué quieres decir, padre? —A David no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Que lo mejor será que por el momento tu esposa permanezca en la torre.

—¿La torre donde hemos tenido algún que otro prisionero encerrado, padre?

—Será temporal, hijo, hasta que encontremos un lugar donde llevarla.

David negó con la cabeza.

—No, a mi mujer no la vas a llevar a ningún lugar, antes me voy yo con ella a donde no os duela la vista ver cómo el mal se cierne sobre su ser. Yo la amo, y la seguiré a donde ella vaya. Así que olvídate, padre, olvidaos ambos —espetó señalando también a Angus además de a su progenitor—. Al amanecer partiré con Flora lejos de aquí.

—Pero, hijo, este es tu sitio, somos tu familia, ¿a dónde irás?

—Muy bien padre, puede que esta sea mi familia, mas yo no la elegí. Así que, si queréis que siga aquí, Flora no ha de estar encerrada y mucho menos se le buscará un convento o cualquier lugar similar para deshaceros de ella.

David no esperó a la réplica de su progenitor y salió del despacho con celeridad, había mucho que preparar antes de su partida.

Capítulo 24

El sonido de la llave girar en la cerradura hizo que Flora pensara que David se había arrepentido de haberla encerrado. Sin embargo, las llamas de esperanza que se habían encendido en sus ojos se apagaron de golpe y porrazo cuando vio que su visita no era otra que Eloise.

—Si venís a reprenderme por mi actitud, os he de decir que no ha sido intencionada. Vi al diablo entre estos muros y juro que no mentí al asegurarlo —dijo Flora con decisión, aunque no podía evitar gimotear.

—Ya, niña, ahórrate tus fantasías, ya vivimos bastantes episodios como este cuando tu hermana estaba en vida —replicó Eloise con un deje de triunfo en su voz.

—Pues si no me vais a dejar explicarme, ¿qué hacéis aquí? —inquirió Flora con indignación.

—Solo vengo a pedirte que te vayas de mi castillo por las buenas. Es lo mejor que puedes hacer, ¿o quieres que mi hijo sea un desgraciado a tu lado?, ya ha sufrido demasiado y, compréndeme, soy una madre y, para mí, David siempre será mi pequeño.

»Tú no puedes comprenderme, por fortuna, no has sido madre.

Flora negó con la cabeza.

—Yo jamás le haría daño a David, lo amo —intervino Flora llevándose la mano al pecho.

Eloise le dedicó una sonrisa que helaba la sangre. Una sonrisa que ya había visto en más de una ocasión y que le provocaba un desasosiego enorme.

—Pues si lo amas, niña, ¿a qué esperas a marcharte? Mira, te he facilitado las cosas, aquí tienes ropa y algo de comida para el trayecto de regreso a tu casa, también puedes disponer de un caballo. La condición es que salgas ahora mismo. Ya sabes que sin caballo te será muy difícil llegar a tu casa sana y salva, esos caminos están tan mal...

—¿Ahora mismo?, es muy tarde... —dijo Flora sin pensar demasiado en sus palabras.

Su subconsciente la había delatado, ya que, en realidad, le aterraba viajar sola sin la luz del sol como protección, en la oscuridad, el bosque se tornaba lúgubre y las fieras emitían sonidos aterradores. La niña que había sido se hacía presente...

—Esta noche hay buena luz, tienes que aprovechar, la luna está en su punto más álgido, debes partir ahora mismo, sin perder el tiempo. Eso sí, dejarás una nota en la que le explicarás a mi hijo que te has arrepentido de casarte con él, y que tienes a un enamorado esperándote en algún lugar, invéntatelo, no me importa, eso sí, que sea creíble, no le vayas a decir que es alguien de la otra punta de Escocia, porque no te creerá. Pero eso sí, has de decirle que no lo amas, romperle el corazón para que se olvide de una vez por todas de ti.

—No puedo hacerle eso a David, es cruel.

—¿Y no es más cruel hacerle vivir en constante sufrimiento?, esto que te ha ocurrido esta noche no es un episodio aislado. Las mujeres Byset sufrís de un mal terrible, que se suele manifestar cuando pisáis estos muros. No os sienta bien Dounie.

»Volverás a perder la razón y le harás daño a mi pobre hijo. Así que, tú eliges. Quedarte y hacer a David infeliz, o demostrar todo ese amor que dices profesarle a mi hijo y marcharte, para liberarlo de la condena que representaría para él cargar con alguien como tú, Flora Byset.

»Estás maldita, y tu maldición pudrirá todo lo que ames, incluso a David —sentenció Eloise, tendiéndole un hatillo de tela.

Flora no fue capaz de decir nada más, las lágrimas y la tristeza se habían apoderado de su ser y se sentía totalmente culpable de haberle causado tanto mal a David, a su amor.

—De acuerdo —dijo con resignación.

Eloise sonrió y acarició el rostro de la muchacha, su tacto era frío e impersonal.

—Es lo mejor que puedes hacer, Flora.

Flora asintió con la cabeza, tomó el hatillo que Eloise le proporcionó y le prometió que se vestiría para el viaje y abandonaría el castillo con la mayor brevedad.

Salió de Dounie caminando junto al caballo, mientras sujetaba las riendas del animal. Eloise le abrió el portón del patio de armas y la despidió con aquella sonrisa demoníaca. La muchacha no se molestó en devolverle el adiós y, cuando estuvo lo suficientemente alejada de los muros de la fortificación, montó en el equino y lo hizo galopar en dirección al bosque.

Sin rumbo, así vagó la jinete durante gran parte de la noche. Estaba cansada, muy cansada. Y dolida, demasiado dolida. ¿Cómo se había dejado convencer por Eloise?, ni siquiera había hablado con David.

No podía dejar de pensar en la nota que le había dejado sobre la almohada a su esposo.

En esta le decía que no lo amaba, que el matrimonio había sido un error y que siempre había estado enamorada de un vecino suyo. Así que volvía a casa de su padre. Que confiaba en que el matrimonio recién celebrado se pudiera anular de cualquier modo.

No tenía ni la más remota idea de cómo había sido capaz de escribir aquella sarta de falacias sin sentido. ¿El matrimonio se podía invalidar?, demasiado raro. Según Eloise, el pastor Forb podría hacer algo para anular aquella unión sacrílega.

Flora sintió hambre, llevaba muchas horas sin probar bocado y localizó un pequeño claro iluminado por la luna donde podría sentirse segura mientras daba buena cuenta de los alimentos que Eloise le había proporcionado.

Abrió el hatillo y localizó en su interior fruta y el pan de hadas que tanto le gustaba. Sin pensárselo mucho, partió uno de los panecillos por la mitad y lo engulló. Estaba delicioso, como siempre. Aunque en esta ocasión, las lágrimas lo hubieran empapado, pues le era imposible dejar de llorar.

Pensó en David, ¿ya habría encontrado la nota?, no quería ni imaginar cómo se lo tomaría, ¿quizá la odiaría?, la mera idea de que David pudiera odiarla laceraba su corazón y lo hacía latir en carne viva.

Cuando estuvo saciada, se percató de que Eloise no le había puesto agua en el equipaje y Flora se moría de sed.

Montó de nuevo en el caballo y se movió despacio, necesitaba encontrar un lago donde saciar el deseo de beber.

No le fue difícil hallarlo. Allí estaba, en medio de un paisaje idílico, con la luna iluminando sus aguas y las estrellas reflejándose en estas.

Flora desmontó y se dirigió con celeridad a la orilla del lago. Se agachó y se llevó el agua a la boca con las manos, el ansia por beber de aquella agua era extrema.

Cuando tuvo bastante, se sentó con la mirada perdida en las estrellas y cerró los ojos con fuerza mientras se limpiaba con el dorso de la mano la boca.

De pronto, un bramido la hizo dar un respingo y Flora abrió los ojos con el corazón en un puño.

En el centro del lago localizó a un toro negro como la noche más cerrada. Flora agarró una piedra y se levantó con sigilo. El animal bramó de nuevo mientras la escrutaba con la mirada, por cierto, no muy amigable que digamos.

Flora caminó hacia atrás con cuidado de no hacer movimientos bruscos, sin embargo, el toro bramó furioso antes de emprender una marcha demasiado frenética para estar metido en el agua.

La muchacha montó el caballo con celeridad y le ordenó que galopara con todas sus fuerzas. Debía alejarse de allí con premura. Había escuchado hablar de aquellas criaturas mitológicas, los toros de agua, pero jamás había visto uno y le parecía aterrador, con aquellos ojos escrutadores y provistos de una maldad implícita que daba pavor.

Flora consiguió alejarse del toro, pero este se transformó de pronto en lobo. Flora no era capaz de entender qué estaba ocurriendo. Tenía miedo, mucho miedo. No lo conseguiría, el lobo corría y corría muy cerca del caballo. Iba a morderle la pata y Flora estaba segura de ello.

Era el fin..., era el fin. Flora cerró los ojos y deseó estar en otro lugar, un lugar seguro donde ninguna criatura maligna pudiera acecharla.

Fue entonces cuando fue consciente de que el milagro que pedía se había hecho realidad. Su caballo estaba volando, sí, volaba y la sensación era maravillosa.

Observó el cielo y el bosque desde arriba. Se sintió poderosa.

Percibió la brisa acariciar su rostro y el cansancio la derrotó, mientras era vencida por el vaivén de su caballo volador.

Mientras tanto, en Dounie, un David roto se entregaba a los brazos de Lair.

—Siempre estaré para ti, cuando me necesites, nadie te amará jamás como yo —susurró ella en su oído.

David se mordió el labio hasta hacerse sangre. No amaba a Lair y nunca lo haría, pero el amor era algo malo que dolía mucho, más que notar la sangre manar de su boca.

Estaba furioso, muy furioso y solo podría aplacar aquella furia haciendo algo que no debía, yacer con otra mujer.

Capítulo 25

Brooke caminaba con parsimonia por el bosque, le encantaba salir en busca de setas para cocinarlas. Adoraba su tacto meloso y lo deliciosas que quedaban en un buen guiso con carne de res.

Arribó al pequeño lago donde se decía que habitaba el toro de agua, aunque no lo había podido ver jamás, esas leyendas que le contaban sus tías cuando era niña siempre volvían a ella cuando se acercaba a aquel lugar.

Dejó su cesto en un tocón y se aproximó a la orilla del lago. Se agachó y observó su reflejo en el agua, llevaba el pelo hecho unos zorros y se lo arregló cómo pudo, mojándose las raíces con agua y echándose hacia atrás.

De pronto, cayó en la cuenta del bulto de tela que había cerca de la orilla y, curiosa, se agachó a ver qué demonios era.

Nada más retirar la tela para ver lo que ocultaba, un mal pálpito la golpeó con fuerza. Abrió mucho los ojos y observó los panecillos que descansaban en el tejido de tartán.

Arrancó un pedazo de aquel pan apetecible y lo olisqueó. Se llevó la mano al pecho y recogió el hatillo con premura. Miró en derredor en busca del dueño de las viandas, pero no halló a nadie. Se dispuso a volver a su casa y dejó el hatillo en el mismo lugar donde lo había encontrado. Cogió su cesta y emprendió el camino. Cuando solo había dado unos pasos, se llevó la mano a la boca, sorprendida a la vez que horrorizada.



Yació con la mirada perdida durante horas, protegido por el abrazo de su amante. Se había hecho la promesa solemne de no volver a tener sexo con ella, sin embargo, el dolor que lo había atenazado al saber que Flora lo había abandonado por otro hombre lo hizo actuar por instinto.

Ahora se arrepentía, no quería jugar con los sentimientos de la muchacha. El último encontronazo que tuvo con ella fue muy esclarecedor en ese sentido. Lair tenía sentimientos hacia él, sentimientos que no eran correspondidos. Y en ese momento parloteaba de un sinfín de planes..., planes junto a él. ¿Pero cuándo le había declarado su amor?, tenía la mente embotada y los celos le habían jugado una mala pasada.

—Estoy tan feliz de que me hayas pedido matrimonio, amor mío —dijo ella de pronto.

—¿Matrimonio?, ¿a ti? ¿Cuándo?, si yo ya estoy casado, Lair —dijo él con determinación.

—¿De verdad no te acuerdas?, me dijiste tantas cosas..., que había sido un error tu boda con esa mujer, que te habías dado cuenta de que la única que te comprendía era yo. Y me pediste perdón por haberme entregado migajas de tu atención durante demasiado tiempo —argumentó Lair, sentada en el lecho, cubriéndose los pechos con la cobija.

Era la primera vez que yacía con la cocinera en su misma habitación, y cuando vio con qué se habían cubierto en el lecho; con qué se tapaba Lair en ese instante, no pudo menos que pedirle que se la devolviera. Aquello era una burla en toda regla, una falta de respeto hacia Flora, que había trabajado a marchas forzadas para darle una sorpresa.

—¿Por qué?, tengo frío —se quejó la cocinera.

—Que me la des, por favor, y ahora sal de mi habitación, te lo ruego —ordenó David a punto de echarse a llorar.

—Echarme de tu lado no es la solución, David —musitó ella aproximándose a él, desnuda.

—Por favor, vete —suplicó.

—Me desprecias de nuevo..., ahora que por fin me habías dado mi lugar. Pues te diré una cosa, David Fraser, no permitiré que me ningunees nunca más. Ahora todos saben que soy tu mujer, y como tal me tratarán, y tú también.

—¿De qué demonios estás hablando? —inquirió David.

—¿Tampoco te acuerdas de lo que les dijiste a tus padres?

David negó con la cabeza.

—Me decepcionas, David, pensé que por fin te habías armado de valor...

—Cállate... y déjame solo, necesito pensar, por favor —la cortó el *highlander*.

Lair le dio la callada por respuesta y, tras vestirse con premura, salió de la estancia y cerró de un fuerte portazo.

David, desnudo y vulnerable, se llevó las manos al rostro e intentó controlar la respiración, pues sentía que se ahogaba. ¿Qué demonios había hecho?, de lo último que se acordaba era de la nota de Flora y de la furia que se apoderó de él sin darle la más mínima tregua. Recordó el grito desgarrado que emitió y el pensamiento racional que por un instante le susurró: no te lo creas, ella jamás haría algo así.

Pero Eloise se lo confirmó minutos después. Flora se había marchado sin decirle nada a nadie y les había robado un caballo.

David negó y negó, aquello no podía ser cierto. Llevaba la nota entre sus manos y la releyó una y otra vez. En cada ocasión que la leía, hallaba matices diferentes, pero en todos le quedaba clara una cosa, que Flora se había reído de él, sí, debía dejar de pensar que ella jamás lo traicionaría, porque lo había hecho y de la peor forma.

A su mente acudieron fragmentos. Tomó a Lair de la mano y se la llevó a su alcoba, y luego la hizo suya con dureza, sí, fue duro y él no solía ser así. Ya no recordaba nada más después de eso, tan solo el despertar junto a la cocinera y la sensación de que le hubiera pasado por encima un ejército entero de hombres a caballo.



Flora yacía en un estado de semiinconsciencia. En el camino de vuelta a casa, Brooke la había encontrado en un estado deplorable. No pudo cargarla, ya que Flora era bastante más alta que ella, y, aunque estaba muy delgada, pesaba lo suyo. No le quedó otro remedio que buscar ayuda.

Isobel, Brooke y Morgana la subieron al carro que las hermanas tenían y que rara vez utilizaban. Un caballo escuálido tiraba con dificultad de este, era por ello por lo que no solían usarlo, el pobre Crua no estaba ya para esos trotes.

Flora estaba fría como un témpano de hielo, en el primer momento, cuando Brooke la halló, pensó que estaba muerta. Sin embargo, la oyó balbucir palabras inteligibles y fue consciente de la gravedad de la muchacha.

—Estas son sus pertenencias, tía Isobel —dijo Brooke, entregándole el hatillo—, mira ese pan...

Isobel tomó uno de los bollos y arrancó un trozo. Observó la miga y lo lanzó con saña contra el hatillo.

Se hallaban en casa de las hermanas Gowdie, la chimenea chisporroteaba y a Flora la habían tendido en una cama improvisada cerca del hogar, pues temblaba presa de un frío que tal parecía polar.

—Ayúdame, Morgana, tenemos que quitarle la ropa —dijo Isobel con decisión.

—Pero si está muerta de frío —replicó la muchacha.

—Tenemos que hacerlo, además, este frío durará poco, créeme.

—¿Por qué?, ¿qué le ocurre, tía? —inquirió Morgana.

Ambas comenzaron a desvestir a Flora.

—Los pies, necesito sobre todo ver los pies —intervino Isobel quitándole los gruesos calcetines.

—¡Dios mío! —exclamó Brooke.

—Debe llevar varios días vagando. Sus dedos tienen muy mal aspecto.

—Malditos Fraser... —masculló Morgana.

—No han sido los Fraser, en ese lugar hay algo oscuro, algo maligno. Lo supe cuando fui a ver a la esposa moribunda de Angus.

—Por qué los defiendes siempre, tía Isobel.

—Gracias a ellos podemos vivir en total armonía sin que nadie nos moleste, nos protegen, hija.

—Pues yo no entiendo por qué eso es así, ¿qué interés tienen en protegernos? —preguntó Morgana, intrigada.

—Ahora no es el momento de saciar tu curiosidad, niña. Flora está muy enferma y necesita nuestra ayuda.

—¿Y qué le ocurre?

—¿De verdad no lo sabes, Morgana?, creo que ya os hablé alguna vez de la fiebre de San Antonio, aunque yo siempre la he llamado fuego del infierno, ¿sabéis a lo que me refiero? —preguntó Isobel.

Las dos muchachas asintieron, habían escuchado hablar a sus tías en alguna ocasión sobre la enfermedad en cuestión y que la causaba el cornezuelo del centeno.

—Flora comió del pan que llevaba en el hatillo. Por el color que tiene, que me aspen si eso no es lo que creo que es. La han envenenado y ahora comprendo muchas cosas... —explicó Isobel antes de añadir—: voy a salir, me llevo esto —dijo cogiendo el hatillo de Flora—, enseguida vuelvo.

Morgana y Brooke cubrieron de nuevo a Flora, pero Isobel tenía razón al decirles que le quitaran la ropa, ya que la muchacha, de pronto, comenzó a aullar de dolor, refiriendo entre gemidos un calor abrasador, que vino acompañado de convulsiones.

Por suerte, Harlow y Lottie llegaron a la casa. Y esta última, al reconocer el mal de Flora, se puso manos a la obra al momento para preparar un remedio que aliviara aquel terrible infierno por el que estaba pasando la muchacha.

—David..., David —balbucía de vez en cuando—, yo te amo, David.

Las muchachas se miraron, les daba lástima la pobre Flora, tan llena de vida que la habían visto nada más unos días antes.

—No lleva el amuleto que le regalé —dijo Morgana, algo decepcionada porque ella no la creyera al decirle que la protegería.

—Fíjate en su cuello, Morgana, mira, justo aquí —señaló Harlow—, alguien se lo arrebató a la fuerza.

—La piedra que le regalaste nunca podría protegerla ante esto, mi niña —intervino Lottie, mientras negaba con la cabeza.

Harlow, Morgana y Brooke trataron de mitigar el ardor sobrehumano que padecía Flora con paños empapados en agua fría, pero tal parecía que el agua se tornaba gaseosa, pues su cuerpo estaba en ese momento en llamas.



El caballo que Flora se había llevado de Dounie apareció al amanecer, dos días después de que esta se hubiera marchado, sucio de barro y muerto de hambre.

—Pobre animal —dijo Beiste en cuanto lo vio—, esa bruja lo ha abandonado a su suerte, a saber qué males habrá padecido esta bestia.

—Flora no es cruel con los animales, siempre ha tenido un trato especial con los caballos, los acariciaba y los mimaba, desde que era una niña, y eso tú lo sabes, Beiste.

—Sí, primo, pero también era una dulce e inocente niña y mira lo que hizo en la que debería haber sido la mejor noche de vuestras vidas —intervino Beiste con inquina.

—¡Déjame en paz, haz el favor! —exclamó David mientras se llevaba al equino a las caballerizas para que el mozo de cuadras lo adecentara y diera de comer al animal.

En ese momento, Isobel Gowdie llegaba al castillo Dounie con su viejo carro.

—Será posible —masculló Beiste antes de acercarse a ella cual huracán.

—¿Qué haces aquí, vieja bruja?, no tuviste bastante con matar a mi madre, que ahora vienes vete a saber a qué. ¡¡Aléjate de aquí!! —gritó el muchacho fuera de sí ante el carro de Isobel, que había tenido que detener con celeridad, al cruzarse Beiste en su camino.

—He de ver a tu padre, es importante —dijo Isobel con determinación.

—¡¡Por todos los demonios!!, a mi padre dice... —espetó Beiste con las manos en puños.

—Sí, a tu padre. Y por tu bien y el de todos los que vivís en este lugar, es importante que me dejes seguir con mi camino.

—¡¡¡No, bruja..., no pasarás a mi castillo!!! ¡¡¡Así que date la vuelta y vete por dónde has venido!!!

—¡¡Beiste!!, ¿desde cuándo decides quién debe o no entrar a este castillo?, que, dicho sea

de paso, no es tuyo —inquirió David, que al salir había alcanzado a escuchar con claridad los berridos de su primo.

—No, David, lo siento, pero es que esta mujer mató a mi madre y...

—Cállate y déjame, ya me encargo yo.

David se aproximó al carro y le preguntó a Isobel el motivo de su visita.

Al escuchar pronunciar el nombre de Flora, toda su atención fue para la mujer y la acompañó al despacho de su padre, donde Angus se hallaba en ese momento.

Cuando Angus vio a Isobel, de nuevo todo su mundo se removió por dentro, ¿cuándo iba a dejar de ocurrir aquello?, su esposa acababa de morir y no era de recibo que sus sentimientos por su antiguo amor afloraran de ese modo tan solo con su presencia.

—¿Qué se te ofrece, Isobel? —preguntó Angus, intrigado.

—Sé qué mató a tu esposa.

Capítulo 26

Luna en cuarto menguante

En los campos sembrados de los Fraser reinaba el caos. El gallo había marcado el inicio de la jornada y también había mostrado el horror.

En medio del sembrado de trigo, que a punto estaba para la cosecha, una figura aguardaba erguida.

A los jornaleros les había llamado la atención, pero rieron al pensar en Seacal, obsesionado con los pájaros que podían picotear los cultivos. Pensaron que lo habría puesto él y comenzaron con su labor.

Sin embargo, un muchacho, que siempre solía estirar el momento si de guasa se trataba, se aproximó al extravagante espantapájaros y se percató en seguida del fuerte olor que emanaba de este.

De pronto, un grito desgarrador hizo acudir a sus compañeros.

Los gusanos devoraban al espantapájaros y las moscas zumbaban y pululaban alrededor, posándose golosas sobre el cadáver que alguien había tenido a bien hacer pasar por muñeco de cabeza de saco.

∞∞∞∞

En Dounie, Isobel se hallaba sentada en una silla frente a Angus, que ocupaba el sillón de su primo ante la mesa de este.

David se había quedado de pie, expectante, ante la afirmación de Isobel Gowdie, esa mujer a la que todos temían y a la vez respetaban.

—Dices que sabes qué mató a mi difunta esposa... Habla, Isobel, te escucho —dijo Angus, con las manos apoyadas en la mesa y las puntas de los dedos unidas.

—¿Ves esto? —inquirió la mujer mostrándole el pan que portaba en el hatillo.

Angus entrecerró los ojos, extrañado.

—Pan... ¿Y qué tiene que ver con la muerte de Hope?

—Más de lo que piensas, Angus Fraser. Fíjate bien, este color se puede confundir con el del centeno, y, de hecho, este pan está hecho de ese cereal en concreto.

—Muy bien, pero yo sigo sin saber a dónde quieres ir a parar —apuntó Angus, algo molesto.

—¿Desde cuándo en el castillo de lord Lovat os alimentáis de pan de centeno, alcornoque? —preguntó Isobel rodando los ojos.

David se echó a reír. Aquella mujer parecía tener mucha confianza con su tío y le había hecho gracia cómo le había hablado.

Angus enrojeció.

—Esos panecillos le encantaban a Flora, en más de una ocasión vi a Nimue ofrecérselos —dijo de pronto David, al acercarse a echar un ojo al contenido del hatillo.

Isobel negó con la cabeza.

—De hecho, no solo estoy aquí para esclarecer la muerte de *lady* Hope, muchacho. Flora está en mi casa, la encontramos sin sentido y muy enferma, en el bosque.

—¡¡¡¿Cómo?!!! —alzó la voz David.

—Tranquilízate, muchacho, ella está bien atendida. Escuchadme ambos y luego podrás ir con ella. Pero es de vital importancia que pongáis atención a lo que os voy a decir. Dos muertes se han producido ya por envenenamiento en este castillo. Estoy segura de que, al menos en uno de los casos, este pan estaba de por medio.

—No entiendo, ¿qué tendrá que ver el pan con la muerte de mi esposa? —inquirió Angus.

—Mucho más de lo que crees. ¿Habéis escuchado alguna vez hablar de la fiebre de San Antonio?

Angus asintió con la cabeza.

—Tú sí has oído hablar de ese mal, Angus, sobre todo, porque yo padecí en mis carnes la enfermedad cuando era muy joven. El cornezuelo del centeno es lo que causa la intoxicación. Es un mal que siempre azotó más a los pobres, pues los que tenéis más posibles acostumbráis a comer pan blanco, elaborado con harina de trigo.

»Alucinaciones, comportamiento errático, un calor abrasador que te hace vivir en el mismísimo infierno, gangrena... —dijo con la cabeza gacha.

Angus recordó los pies de Isobel, donde alguno de sus dedos faltaba o lucía mutilado.

—¿Crees que Hope murió de ese mal? —inquirió Angus, preocupado, ella no se quejaba de ninguno de esos síntomas.

—No todos los casos son iguales, también puede darse con fuertes dolores en el vientre y delirios, yo misma vi como tu esposa protagonizaba un episodio antes de morir.

David se llevó la mano al pecho, en su mente se ataban los cabos y no podía más que sentir una culpa enorme que laceraba su corazón.

Freya también pudo morir del mismo mal, aquellos panecillos que siempre les proporcionaba la misma persona, la menuda e inocente Nimue.

—Eso explicaría también los delirios de Freya —apuntó David.

—Pero no su muerte —afirmó Angus de pronto.

—¿Entonces?, ¿qué la mató? —inquirió David, encogiéndose de hombros.

—Había dos copas de vino en la habitación de Freya, y siempre pensé que la habían envenenado con atropa belladona, es muy común ese tipo de sustancia para matar en estos tiempos —intervino Angus entrecerrando los ojos.

Isobel sonrió.

—Sí, puede ser que la envenenaran con belladona, pero nunca lo sabremos. Sin embargo, pudo comer el mismo pan que Hope y Flora, por lo que decían las malas lenguas de la muchacha. Y si decís que Nimue proporcionaba el pan a Flora y a Hope, deberíamos hablar con ella.

David y Angus salieron como una exhalación de la estancia mientras llamaban a Nimue a gritos y la buscaban por todas partes. Sin embargo, la búsqueda fue infructuosa, a la muchacha parecía habérsela tragado la tierra.

—Es cuando menos extraño que haya desaparecido justo cuando vamos a desenmascararla —dijo Angus con las manos en puños.

De pronto, Simon entró en el castillo y se dirigió con premura hacia Angus, David e Isobel, que se hallaban en la planta baja, junto a la escalinata.

—Han encontrado un cadáver en los campos de trigo... —anunció con el horror pintado en el rostro.

Capítulo 27

David y Angus se dispusieron, junto a Simon, a acudir a los cultivos. Habían avisado al laird del hallazgo, pero nadie le había referido la identidad del cadáver.

Aunque David fue tras ellos hacia las caballerizas, una imperiosa necesidad lo acuciaba. Flora lo necesitaba, sin embargo, la culpa era su carga. Había yacido con otra mujer, ¿cómo se lo decía a Flora?, ¿cómo se sinceraba con ella y le confesaba lo desgraciado que había sido al creerse el contenido de aquella misiva, a todas luces falsa?

Agarró la nota, que llevaba doblada en el interior del zurrón y la releyó una vez más, antes de montar en su caballo.

Querido David:

.No me he despedido de ti, porque me avergüenza decirte que nuestro matrimonio ha sido un error. Aunque no lo .creas, me es muy difícil decirte esto, pero he de hacerlo antes de que pase más tiempo. Amo a otro hombre, es un vecino que conozco desde que era una niña y parto para reunirme con él. No me busques, .nada .de .lo .que hagas por encontrarme podrá hacerme cambiar de opinión y cuando .leas esta misiva, ya estaré muy lejos de .aquí, ya no .te .amo.

Flora Byset

De nuevo el mensaje era claro, Flora no lo amaba y para ella había sido un error su matrimonio. ¿Por qué no había quemado esa nota todavía?, ni él lo sabía. Muchas habían sido las ocasiones en las que estuvo tentado a hacerlo. Dejarla perecer en el hogar, mientras las llamas la lamían hasta convertirla en cenizas, cenizas que solo tenía que soplar para hacer desaparecer para siempre. Mas no, ahí estaba en sus manos de nuevo.

—David, ¿a qué esperas? —inquirió su padre, en un tono que denotaba su pérdida de paciencia y la extrañeza porque su hijo estuviera tan distraído aun a sabiendas de que habían encontrado a un cadáver en sus tierras.

—Id, yo enseguida os alcanzo —contestó David con la sensación de que estaba pasando algo importante por alto.

Simon y Angus lo observaron contrariados, pero se pusieron en marcha, no sin antes decirle: «no tardes».

Cuando se halló solo salió al patio de armas, volvió a leer la carta de Flora con detenimiento

y sin dejarse llevar por los demonios que lo instaban a deshacerse de ella con urgencia.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que delante de algunas palabras había puntos de tinta que no tenían razón de ser.

Se puso alerta, y leyó cada una de las palabras que tenían la extraña mancha delante y la transcripción lo dejó helado:

David:

No creas nada de lo que leas aquí, te amo.

Flora Byset

David se llevó el documento al pecho y se maldijo por haber sido un patán que no sabe leer entre líneas. Flora lo quería y había sido lo suficientemente inteligente como para dejarle un mensaje, con la intención de que él lo descubriera en algún momento y fuera a buscarla.

Pensó en el deber, ir a los cultivos y reunirse con su padre y su tío para encargarse del finado, pero su corazón le pedía a gritos otra cosa, que se diera prisa y acudiera raudo junto a la mujer que amaba, aunque la vergüenza lo acompañara.

¿Lo perdonaría?, no quería ni plantearse que por su torpeza y su pataleta de niño malcriado, la perdiera. Es más, Isobel había dicho que sufría fiebre de San Antonio, y que su comportamiento de la noche de bodas era causa de la ingesta de pan de centeno contaminado. También dijo que la habían encontrado en el bosque muy enferma.

—Maldita sea —masculló—, he sido un desgraciado, mi amor, pero seré valiente y asumiré que no quieras volver a verme.

Montó en su caballo y salió de Dounie como si fuera un alma que el diablo codiciara.

∞∞∞∞

En los cultivos, Simon y Angus quedaron horrorizados al ver de quién se trataba. Fue Angus el que le quitó el saco de la cabeza al cadáver.

—¡Dios mío! —exclamó y miró a su primo, que negaba con la cabeza en aquel momento.

—Tenemos un asesino entre los nuestros, esta es la tercera muerte y no parece haber sido herido —dijo Simon.

—De nuevo esos ojos... —musitó Angus.

A lo lejos, Isobel los observaba con la melena salpicada de plata al viento y la convicción de que aquello solo podía ser obra de alguien que albergaba mucha oscuridad en su corazón.

Mientras tanto, David llegaba a la casa de las mujeres Gowdie, y Lottie, la más mayor, lo retenía antes de que entrara en esta.

—Quiero ver a mi esposa, vuestra hermana me dijo que estaba aquí, así que dejadme entrar, necesito estar junto a ella —suplicó David, aunque su tono era autoritario.

—Sir Fraser, eso deberíais haberlo pensado antes de dejarla a su suerte en el bosque. ¿Es que acaso no visteis que ella no estaba bien? No..., quizá pensasteis como todos los ignorantes de este lugar y de muchos otros, los mismos que repudiaron a mi hermana en su día, que era una bruja, una mujer malvada que arruina cosechas y asesina bebés. ¿No es cierto? —lo reprendió Lottie, todavía tenía mucho rencor por lo que le ocurrió a Isobel cuando era aún muy joven.

—Lo siento, de veras que lo siento, me dejé llevar por las palabras y no vi lo que en verdad ocultaban estas. Fui un desalmado, un mal hombre. A mi primera esposa no la supe comprender y a Flora, aunque la amo con todo mi ser, le fallé cuando más falta le hacía mi apoyo. Pero estoy arrepentido y pagaré el precio que sea por estar a su lado, no pienso dejarla sola. Así que, por favor, dejadme entrar, os lo suplico.

Lottie, que había permanecido en la puerta de brazos cruzados, se hizo a un lado y dejó pasar al joven Fraser.

Cuando David localizó a Flora tendida en la cama, no pudo menos que horrorizarse al ver lo que ocurría en sus pies desnudos.

Había gusanos..., gusanos vivos que comían la carne de sus dedos.

—¡¿Qué demonios?!! —bramó aproximándose a ella, con el fin de quitarle las larvas de encima.

—No, sir Fraser, no lo haga. A Flora se le están gangrenando los dedos y los gusanos comerán todo lo que ya está muerto y no se puede salvar. De lo contrario, la enfermedad avanzará y podría ser mucho peor —dijo Brooke, posicionándose delante de los pies de la muchacha para impedirle el paso.

David agachó la cabeza. Sentía tanta culpa en su alma, que, de algún modo, quería culpar a quien se le pusiera por delante, incluso a las inocentes larvas, que, aunque hicieran un trabajo repugnante, y la imagen de este diera pavor, le estaban haciendo un bien a su esposa.

Se acercó a su rostro y tomó la mano que descansaba amoratada y fría en la cama. Flora parecía dormida.

—Mi amor, ya estoy aquí contigo. Perdóname por haber sido un inútil, por haberte dejado sola. Por no haber corrido detrás de ti en cuanto supe que te habías marchado. Por haberme dejado llevar por los celos que corroían mi alma. Lo siento, lo siento mucho —dijo entre sollozos.

Brooke y Morgana no pudieron evitar soltar alguna lagrimita de emoción. Las dos hermanas se hallaban con las manos entrelazadas. ¿Cuándo alguien las amaría con la devoción que lo hacía

David Fraser? Se preguntaron en silencio.

—No soñéis, los hombres de este lugar temen a las brujas, aunque sean de las buenas, así que será mejor que pongáis los pies en la tierra, o si no miradme a mí, con un enamorado que no me pide en matrimonio porque su madre no aprueba nuestra relación... Bah... —refunfuñó Harlow mientras salía de la casa con un cubo para traerle más agua fría a Flora.

—Salgamos al jardín y dejémoslos solos —dijo Brooke empujando a Morgana hacia fuera de la casa.

—Yo quería irme contigo a Ghrian y vivir nuestro amor sin que nadie se santiguara al vernos juntos. Anhelaba construir nuestra casa allí y sigo pensando lo mismo. Quiero estar contigo, Flora, contigo hasta la muerte y después, si hay algo más como dicen por ahí.

»¿Te vendrás conmigo?, ¿me aceptarás tal y como soy?, medio sordo, patán, incluso a veces infantil..., pero te amo con toda mi alma.

—Claro que me iré contigo —dijo de pronto Flora, con un hilito de voz.

David abrió mucho los ojos y la observó. No había despertado de su letargo, le había hablado desde sus sueños, lo escuchaba.

El *highlander* le besó la mano, estaba un poquito más caliente por haberla sostenido entre las suyas.

—Te salvarás, mi amor, te salvarás e iremos a Ghrian, te lo prometo.

Isobel entró en la casa de pronto.

—Muchacho, vuestro padre os espera en los cultivos, deberíais ir con él, os necesita —gruñó esta.

—Tenía que ver a Flora y me gustaría llevármela a Dounie, no quiero dejarla sola —dijo David con decisión.

—Ni hablar, muchacho. Aquí nada puede pasarle, está protegida. Además, nosotras sabemos cómo lidiar con la enfermedad. Así que será mejor que dejéis a vuestra esposa en nuestras manos.

»Es más, en Dounie está la persona que le ha hecho esto a Flora, así que lo mejor será que os marchéis y tratéis de averiguar quién es.

—Está claro que ha sido Nimue. Resulta muy curioso que haya desaparecido justo cuando le íbamos a pedir explicaciones.

Isobel asintió, sin embargo, no las tenía todas consigo. Algo le decía que aquel asunto era más complicado, más tortuoso de lo que parecía.

¿Por qué una muchacha, en apariencia inocente, como Nimue había matado?, ¿qué la había

impulsado a ello?

Capítulo 28

A Isobel le había costado horrores que David aceptara marcharse y dejar a Flora al cuidado de ella y su familia. Toda aquella historia había traído al presente lo que le ocurrió cuando era muy joven.

Se perdió en los recuerdos, en lo que ocurrió en Auldearn. Pocos sabían que ella sí estuvo casada, era un secreto que nunca reveló, solo Lottie lo sabía y, claro, Angus.

Su esposo era un hombre muy mayor, se llamaba John y prácticamente la compró a sus padres, que, no faltándoles el dinero, quisieron que su hija, enormemente imaginativa, dejara de soñar con hadas y elfos.

Isobel no fue feliz, pero se adaptó a la vida junto a John Gilbert, que solía estar siempre preocupado por las tierras que tenían arrendadas a un terrateniente de la zona.

Ella era joven y bella, de melena rizada, como Brooke, es más, la muchacha le parecía un retrato de sí misma cuando tenía su edad, aunque su cabello fuera de diferente color; tan joven que pronto sintió que necesitaba más acción en su aburrida vida de granjera. Acción que encontró junto a Margaret Brodie, la hija de un terrateniente que le presentó a su grupo de amigas, con las que solían visitar un lugar secreto, donde decía que ocurrían maravillas nunca vistas.

Isobel, en un primer momento, se mostró reacia a acompañar a Margaret y a su grupo, sin embargo, un día en que su esposo la había reprendido por hacerle la comida, según él, «sin ganas por andar distraída», se fue de la casa en busca de Margaret y accedió a ir con ella.

Lo que vivió en los siguientes meses todavía estaba presente en su mente. Un lugar subterráneo, gente bailando sin más. Y un hombre, muy alto y musculoso, moreno y seductor.

Enseguida Isobel se vio atraída hacia su magnetismo y este fue consciente de ello.

La hizo sentirse reconfortada, querida, útil... y la hizo suya con una forma de pasión que ella desconocía. Su experiencia sexual se limitaba a los momentos en que su esposo se le echaba encima y la embestía sin ni siquiera darle un triste beso, mientras ella miraba hacia el techo, esperando que aquello acabara para irse a cualquier otro lugar en el que pudiera estar sola.

Aquel hombre, sin nombre, al que se referían como Maestro, la había conducido por la senda del placer y ella se había dejado llevar.

Con él probó bebedizos y ungüentos que decían eran milagrosos, ya que te conducían al mundo donde habitaba la reina de las hadas.

Aquel tiempo de desenfreno, que en un principio se le antojó divertido y necesario para ella, se convirtió posteriormente en un infierno.

Los grupos danzarines que solía ver en las fiestas a las que acudía con Margaret a escondidas mientras su marido descansaba en el lecho conyugal, ajeno a la ausencia de su esposa, caían al suelo y se contorsionaban a la vez que gritaban que el infierno estaba en su ser. Más de uno murió ante ella.

Quiso dejar de frecuentar aquel ambiente, pero el Maestro se lo prohibió, obligándola a volver una y otra vez. Para ello utilizaba a Margaret, si Isobel dejaba el grupo, su esposo se enteraría de todo lo que había hecho.

Isobel desoyó las advertencias y Margaret y las otras mujeres extendieron rumores sobre ella:

Que decía haber yacido con el diablo, que les había confesado que se transformaba en animales, liebres, grajillas, etc.

Que el diablo le había pedido que renunciara la fe cristiana y que ella lo había hecho.

Contaron mil y una fábulas sobre ella y lo que había hecho en los últimos tiempos, y aquello llegó a oídos de quien no tenía que llegar.

Isobel estaba desesperada, su esposo la echó de casa al enterarse de todo lo que ella había hecho y ella enfermó.

Sus síntomas eran los mismos que referían los danzarines antes de caer fulminados.

Sola, vagó por el bosque, al igual que hizo Flora; por ello, el pasado la había golpeado con fuerza al evocar aquellos tiempos lejanos.

Angus la encontró, y cuando consiguió despertar, los suyos fueron los primeros ojos que la miraron con ternura. Se hallaban en un refugio, donde una anciana que no había visto en la vida aplicó remedios para curar su enfermedad: fiebre de San Antonio, causada por un pan cuya finalidad tenía la de dañar a quien se le entregaba, y que curiosamente llamaban: «pan de hadas».

Capítulo 29

El día había sido agotador y David no veía el momento en que amaneciera de nuevo para poder volver junto a Flora.

Quería estar a su lado cuando despertara, que no sintiera que le había soltado la mano. Aunque aquel daño ya estaba hecho. Al creerse el contenido de la dichosa misiva y haberse entregado a los brazos de la cocinera, ya había hecho suficiente mal como para que Flora no quisiera verlo nunca más.

Entró en su habitación y alguien tocó su hombro. David se volteó sorprendido, era Lair.

—¿Qué haces aquí?, creí haber dejado claro que lo que ocurrió entre nosotros fue un error. Estoy casado y mi esposa... —cortó David en seco, había recordado la advertencia de Isobel.

—*No le digas a nadie, bajo ningún concepto, dónde está Flora, ni siquiera hables de la enfermedad que padece.*

—*Pero mi padre y mi tío lo saben* —replicó David.

—*Con nadie, sella tu boca y ten cuidado de que no te sigan cuando vengas a esta casa.*

—¿Tú esposa qué, David?, se ha ido, te ha dejado —dijo Lair con decisión.

—Es igual, quiero estar solo, así que, por favor, márchate —ordenó David con sequedad.

—Veo en tu mirada una luz especial, luz que parecía haberse apagado, ¿a qué se debe? —preguntó Lair con una sonrisa forzada y el orgullo herido por las palabras de David.

—Ves luz donde solo hay sombras, ¿algo más? —inquirió David molesto.

—No..., todo está bien, amor mío —apuntó Lair con una sonrisa cargante y falsa antes de salir de la estancia.



El hallazgo del cadáver trajo de cabeza a todo el clan Fraser. ¿Quién había cometido semejante barbaridad?, los habitantes de Beaully hablaban y hablaban de lo mismo. Cada uno aportándole su granito de arena, y eso, precisamente, eso fue lo que hizo que algún iluminado, en este caso

Beiste, que se había ocupado de pasarse la tarde del día anterior conspirando y llevando y trayendo chismes, llegara a la conclusión de que la culpa de todo la tenían Isobel Gowdie y Flora Bysset, ambas la encarnación del mal, prácticamente hijas del diablo.

Aquel rumor malintencionado corrió como la pólvora, también el de que Isobel había matado a *lady Hope* en confabulación con Flora Bysset, que se hallaba en la habitación con ella cuando falleció.

Una horda de indignados se presentó en el castillo Dounie pidiendo explicaciones a Simon. Iban armados y querían que lord Lovat apoyara sus intenciones de apresar a las mujeres Gowdie y a Flora Bysset por utilizar la brujería para asesinar a sangre fría.

—Ni la familia Gowdie ni la esposa de mi hijo tienen nada que ver con las muertes. Es más, creemos conocer la identidad de la verdadera asesina, quien proporcionó un pan envenenado a las víctimas.

—¿Protegéis a esas mujeres? —inquirió un hombre de barba poblada y facciones duras.

—No, estáis en un error. La verdadera culpable es Nimue Grant, sirvienta en mi castillo. Ella fue quien le proporcionó el pan a Flora y también a *lady Hope* —dijo Simon con decisión.

—Y al capataz, ¿me va a decir que Nimue Grant, menuda y escuálida, ha subido a Seacal a una altura considerable ella sola? —interrogó el campesino.

—Flora Bysset e Isobel Gowdie no son ejemplo de una fuerza brutal que digamos, ni juntas podrían con el enorme Iver Porter —intervino Angus.

—¡Sir Angus, las brujas tienen una fuerza sobrenatural, además, dicen que pueden transformarse en animales, de ahí que hayan podido matar a Seacal y subirlo hasta donde lo hicieron! —exclamó un anciano al que le faltaban casi todos los dientes.

—Flora Bysset no es ninguna bruja, es la esposa de mi hijo y si alguien más le falta el respeto será expulsado de estas tierras. Es la compañera de vida del futuro lord Lovat, así que pido lealtad y consideración para con ella —dijo Simon con decisión.

Angus observó a su primo, contrariado, pues aseguraba que Flora no era bruja, pero dejaba entrever que Isobel sí lo era.

Muchos años llevaban las hermanas Gowdie en el clan, y jamás habían dado ningún problema, al contrario, habían ayudado a mucha gente que parecía haberse olvidado de ello.

—¡¡No es eso lo que se dice por todo Beaully!!! ¡Además, su hermana ya estuvo en boca de todos en su día por el mismo motivo, las mujeres Bysset y las Gowdie son brujas y como brujas hay que tratarlas! —jaleó un tercero en discordia.

El grupo secundó la moción y a Simon no le quedó más remedio que poner orden. Se hallaban en el patio de armas y el temor se había instalado en su ser. Aquella gente estaba muy furiosa y podían tomar el castillo a la fuerza, iba a ser difícil defenderlo. ¿Quién demonios los

había dejado entrar?, aquello era una incógnita que debería despejar, porque si ya tenía claro que había un malhechor entre los suyos, con esa acción era más que cristalino.

—¡¡¡Silencio!!! —bramó Simon haciendo uso del tono imperativo que usaba con sus enemigos—. Vivís en mis tierras y os alimentáis de lo que cosecháis de estas. No mordáis la mano que os da de comer, porque esta puede dejaros sin dientes. Así que en este mismo momento quiero que salgáis todos de mi castillo, y como buenos miembros del clan Fraser de Lovat, sed leales y confiad en vuestro *laird*. De lo contrario, y si vuelvo a ver cualquier otra revuelta como la de hoy, seréis desterrados sin un ápice de compasión. ¿He sido lo bastante claro?

El grupo enmudeció de inmediato, y, sin añadir nada más, uno tras otro dieron media vuelta y abandonaron el castillo.

Simon y Angus se miraron a los ojos.

—Ha faltado poco esta vez, primo —dijo Angus, aliviado.

Sabía que ante toda aquella gente poco podían hacer. Los mismos que siempre habían sido sus amigos, ahora se rebelaban ante el miedo a las supuestas brujas que iban a desgraciarles la existencia con sus conjuros maléficos. ¿Desde cuándo había tanto odio en el pueblo?, ¿desde cuándo los miembros de su clan se unían para hacer gala de su temor más paranoico?

Simon asintió antes de sentenciar:

—Creo que sé quién ha podido extender todos estos rumores, aunque, mi querido primo, he de decirte que no te va a gustar saberlo...

Capítulo 30

David, ajeno al tumulto que se había formado en el patio de armas de Dounie, salió por la mañana temprano hacia Ghrian con varios hombres y material para construir una casa pequeña para él y para Flora.

Sería una casita de madera que se levantaría de modo provisional, hasta que pudieran construir el hogar de sus sueños.

Su intención era dejar instrucciones a sus hombres y ayudarlos durante las primeras horas, para luego ir un rato a ver a Flora.

No quería que cuando despertara, se encontrara sola. Pero el tiempo le apremiaba y era reacio a que ella volviera a Dounie, pues comenzaba a pensar que ese lugar estaba maldito para la pobre Flora. Quizá, hasta fuera cierto que las mujeres Byset no podían estar entre los muros del castillo sin transformarse en monstruos.

Sin embargo, tras hablar con las dos hermanas Gowdie, sabía que nada de eso era cierto, que todo era más fácil de lo que parecía. Que la intervención humana había sido la causante de tanto mal, y que Flora no era una bruja ni una mujer endiablada, sino una víctima de alguien con suficiente oscuridad en su corazón como para dañarla.

Cuando hubo cumplido con su cometido y dejó a la cuadrilla de hombres trabajando en Ghrian, puso rumbo a la casa de las mujeres Gowdie.

Todo el trayecto se lo pasó mirando en derredor, asegurándose de que nadie lo seguía, y cuando arribó al camino, dejó al caballo oculto de los ojos indiscretos.

Anduvo por el sendero y al llegar al jardín se maravilló de nuevo al ver aquel pequeño paraíso. Pensó en que su casa en Ghrian debería tener un aspecto muy parecido, estaba seguro de que a Flora le encantaría.

Isobel lo recibió y lo observó con pesar.

—¿Cómo está mi esposa, señora Gowdie? —preguntó David, preocupado.

—Podéis llamarme Isobel, sir Fraser —dijo la mujer con aplomo.

—De acuerdo, y a mí David, solo David.

Isobel asintió.

—No ha sido una buena noche para ella, lo está pasando muy mal la pobre. Aunque está luchando por su vida como una fiera, así que quiero pensar que saldrá de esta, pero... —explicó Isobel quedándose a medias.

—Pero no es seguro, ¿cierto? —inquirió David.

—Por desgracia, no, muchacho. Hemos intentado que comiera, empero, así como está, es imposible. Solo nos queda esperar.

David observó que Flora tenía los pies vendados y se quedó más tranquilo, pues solo pensar en que aquellos gusanos repugnantes se estaban comiendo la carne de su amada le producía indignación y unas náuseas de lo más desagradables.

—¿Cómo le han quedado los pies? —preguntó David, con preocupación.

—Podrá andar bien, chico. Eso sí, no serán los pies bonitos y delicados que eran —dijo Isobel encogiéndose de hombros.

—Eso para mí es lo de menos, solo quiero que ella esté bien, lo demás me trae sin cuidado —confesó él con decisión.

—La amáis de verdad, David. Son hermosos vuestros sentimientos, no dejéis que nadie los oscurezca de nuevo —apuntó Isobel antes de añadir—: os dejo a solas.

Isobel salió de la estancia y David se sentó en el banquito que había junto al improvisado lecho donde descansaba Flora.

Tomó su mano, que esta vez estaba templada, y se la llevó a los labios.

—Hola, Dàna. Hoy te veo mucho más recuperada y estoy seguro de que pronto podré llevarte a nuestro nuevo hogar. ¿Sabes?, lo están construyendo mis muchachos para los dos. No te miento, en un principio será algo pequeño y provisional, pero mucho mejor que la tienda que teníamos montada.

»En cuanto estés fuerte y tus ojos vuelvan a mirarme con amor, nos iremos para siempre a Ghrian, y nadie podrá impedirlo.

David acarició el cabello de Flora y besó sus labios, que estaban secos y calientes.

—Creo que nunca te podrás hacer a la idea de cuánto te amo, Dàna. —susurró en el oído de Flora.

Una punzada atravesó su pecho en ese instante. La culpa de nuevo se hacía presente. Debería aguardar a que su esposa estuviera repuesta para confesarle la verdad. Era eso o callarse de por vida, pero ¿y si alguien se lo contaba?, se sentiría traicionada y acabaría por echarlo de su lado. No, no quería eso..., debía ser sincero y contarle la verdad, sin embargo, aquel no era el

momento adecuado. Ni siquiera lo escucharía, ¿o sí?

David pasó varias horas junto a Flora, sin moverse ni un ápice y hablándole de vez en cuando al oído, diciéndole que volviera a él, pero todo parecía ser en vano, Flora seguía en un lugar lejano y quizá remoto de su mente.

—No os desesperéis, muchacho —dijo de pronto Lottie, que había entrado en la estancia y lo observaba con un destello de compasión.

—Lleva mucho tiempo así, ¿y si nunca vuelve? —inquirió él.

—No digáis eso, no perdáis la esperanza, la esperanza la ayudará más de lo que pensáis.

—Pero mis ganas de verla reestablecida no la curarán, ¿no se puede hacer nada más por ella? —interrogó David, su voz sonó suplicante.

—Hemos hecho lo que se podía hacer por salvarle la vida y sus pies, ahora solo queda esperar a que ella venza en la lucha que mantiene en este mismo momento con sus demonios.

—¿Con sus demonios? —inquirió David.

—Muchacho, Flora está mucho mejor de su enfermedad, pero hay algo más, algo que no tiene nada que ver con haber comido ese pan tóxico.

—¿Y qué es? —preguntó él con los ojos muy abiertos.

—Necesita saber que albergáis amor hacia ella, ha perdido su corazón y solo ella puede hallarlo, sin embargo, vos podéis ayudarla a encontrarlo de nuevo, y así..., solo así, volverá a vuestros brazos.

David frunció el ceño.

—¿Y por qué lo ha perdido?

—Porque sintió que ya no la amabais, y pensó que habíais soltado su mano. El mal de amores es la enfermedad más cruel que existe, por suerte, tiene cura —apuntó la mujer.

—Pero Isobel me dijo que...

Lottie negó con la cabeza.

—Isobel es sabia, sin embargo, en ocasiones discrepamos, esta es una de ellas...

—Así que cree que solo mi amor podrá salvarla —masculló David, incrédulo.

—Exacto, muchacho, eso creo...

Los sonidos llegaban a sus oídos, embotados. Estaba allí, David estaba allí. Flora quería despertar, abrazarlo y besarlo, decirle que era suya para siempre y por siempre, mas no podía.

Se hallaba en un mundo de tinieblas, donde no había nada más que ella y su lucha a muerte, una lucha que mantenía consigo. Tenía todo el tiempo del mundo para pensar en los hechos de las últimas semanas, una luna, exactamente una luna había pasado y era el momento de decidir qué hacer, aunque ella ya había decidido quedarse con David, ¡por todos los demonios!, se había casado con él.

Puede que ese día, el último pedacito de luna quedara oculto para renacer de nuevo en una luna oscura, luna nueva. Y así se hallaba su alma, negra como la noche de luna escondida más oscura.

Quería salir a la claridad y ver la luz de la mañana, escuchar el trino de los pájaros y despertar junto a él, junto a David, pero era tan difícil en aquel vacío interior en el que se hallaba.

Había notado la calidez de su mano y le había suplicado en silencio que no se marchara, sin embargo, él no la había escuchado y se disponía a volver a Dounie.

«Por favor, David, no te vayas, quédate conmigo», intentó decir.

Mas no la oía, era sordo, ¿cómo iba a escuchar su hilito de voz?, Y Lottie tampoco parecía pecatarse, ¿tan débil estaba como para no poder emitir ningún sonido audible?, ¿o es que en realidad no había dicho nada y todo era fruto de sus ganas de hacerse presente ante su amor?

Respiró con agitación e intentó moverse, necesitaba que la escucharan, estaba allí, ¿por qué no la miraban?

Vio pasar a Morgana, que comprobó sus vendajes, ¿vendajes?, ¿por qué tenía vendajes?, ¿qué demonios había ocurrido?

Hizo acopio de fuerzas e intentó comunicarse con ella, pero no la miró a la cara, estaba demasiado ocupada en otras partes de su cuerpo que no podían hablarle. Intentó mover los dedos de la mano. ¿Por qué era incapaz de mover un músculo?, ¿qué estaba ocurriendo?

Sus ojos estaban abiertos, había podido abrirlos, por fin la oscuridad se había acabado y veía la espalda de David, que se despedía de Lottie y prometía volver al día siguiente.

«No, David, no te vayas», intentó gritar, expulsar la voz que parecía haberse perdido en sus entrañas.

Mas no podía, no podía, y aquello le producía una frustración enorme. David atravesó el umbral.

«No, por favor, no», se lamentó mientras lloraba en silencio. David se había marchado y ella se había sumido de nuevo en la oscuridad, ¿por cuánto tiempo más?

Capítulo 31

Beiste estaba henchido de placer. Había conseguido el efecto que necesitaba en los lugareños de Beauhy, que se agitaran en contra de Isobel Gowdie, la que él creía responsable de la muerte de su madre.

Es más, él era conocedor del secreto de su padre. Estaba enamorado de esa mujer desde que era muy joven y jamás la había olvidado. Su madre parecía ignorarlo, vivía en la inopia mientras su progenitor pensaba en ella a todas horas.

¿Que cómo lo sabía?, no era difícil, cuando solo era un niño vio como él la besaba.

Estaban en las inmediaciones de su antigua casa, esa mujer y su padre se veían a escondidas desde hacía unos días.

Había escuchado como él le declaraba su amor y le decía que jamás la olvidó, que quería a su madre, pero a quien en realidad amaba era a ella.

Isobel en principio se había mostrado reacia, haciendo alusión en todo momento a que él estaba casado y tenía un hijo con su esposa, que ella no era una mujer con la que formar una familia, que no podía tener hijos ni tan siquiera y no quería romper la que él había formado junto a Hope, una buena mujer, según ella.

Sin embargo, su padre llegó hasta a ponerse de rodillas. Decía que el amor que sentía por ella iba más allá de todos los obstáculos que pudiera encontrarse, que por ella lo haría, que sería capaz de abandonarlos a él y a su madre.

Beiste, que solo era un niño entonces, enfureció, pero se mantuvo oculto, espiando a su padre por varios días más.

Y todas las veces que se veían Isobel y Angus era lo mismo, él suplicándole que le diera una oportunidad, ella negándosela. Hasta el día en que ambos se besaron y ella confesó que tampoco había podido olvidarlo y que lo amaba con todo su corazón.

Entonces la odió a muerte, y a su padre más si cabe. Se prometió a sí mismo que se vengaría de ambos y la rabia le hizo volver a su casa, solo quería meterse debajo de la cama y llorar sin ser visto. Si bien, hallar a su madre canturreando mientras cultivaba flores en el jardín, hizo que la odiara también a ella. ¿Es que no era capaz de hacer feliz a su padre?

Entró en la casa y se dirigió a la chimenea. Con el atizador sacó varios troncos ardientes y

los dejó en la alfombra que descansaba en el salón, luego salió al jardín y le pidió a su madre que fueran a dar un paseo, y ella aceptó de buena gana. Madre e hijo se alejaron de la casa, y un rato después fueron alertados por los gritos de los sirvientes, su hogar estaba en llamas.

Angus, que llegaba de su encuentro furtivo con Isobel, galopó frenéticamente y entró en la casa, aquello era el equivalente al mismísimo infierno.

En su interior, buscaba con ahínco a Hope y a Beiste, sin hallarlos.

Hasta que el mozo de cuadras entró en la casa y lo sacó casi a rastras. Fuera vio que los dos estaban a salvo y respiró tranquilo. Sin embargo, cuando las llamas se extinguieron, el mismo Simon le dijo que el fuego parecía haberse originado en la chimenea.

Una de las sirvientas declaró haber visto al pequeño Beiste entrar en la casa justo antes del incendio, según ella, el chiquillo estaba furioso y juraba venganza...

Angus le ordenó que jamás le dijera aquello a Hope. Por nada del mundo quería que supiera que su hijo había hecho arder la casa a propósito.

∞∞∞∞

David se internó en el patio de armas y, tras desmontar de su caballo, entregó las riendas al mozo de cuadras. Al entrar en el salón halló a su madre, que lo escrutaba con la mirada.

—Debo hablar contigo, hijo mío —apuntó—, y me gustaría que me dijeras la verdad, porque estoy muy preocupada por ti.

—Dime, madre, ¿qué te preocupa? —inquirió David, curioso.

—Estás ausente, hijo, desde que esa mujer se fue desatiendes tus labores y sales de modo misterioso, nunca dices dónde vas —le reprochó Eloise.

Las palabras de Isobel vinieron a su cabeza, aunque aquella mujer era su madre y jamás haría nada que lo dañara. A punto estaba de decirle por qué se ausentaba y había dejado de lado sus funciones habituales, cuando decidió mentirle.

—Necesito estar solo, pensar. Lo que ha ocurrido en los últimos tiempos es del todo difícil de tragar. ¿No lo crees así, madre?

Eloise ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa incómoda. Le recordó en demasía a Freya cuando hacía gala de su actitud más temeraria.

—Sabes que, si necesitas desahogarte, puedes contar conmigo, quién mejor que una madre para atenuar el dolor del alma —dijo Eloise mientras acariciaba el rostro de David de una forma que a él le pareció incluso inadecuada.

Su madre era poco dada a demostraciones físicas. Había sido una buena madre, aunque fría

en sus demostraciones de amor hacia su hijo. Aquella caricia no era la propia de una madre y David se alejó confundido, sin decir nada más.

—¿A dónde vas, hijo? —inquirió sin obtener respuesta de David, que corrió escaleras arriba en dirección a sus aposentos.

Una vez en la soledad de su alcoba se quedó inmerso en sus pensamientos, con la mirada perdida en el paisaje que se divisaba desde la ventana. La caricia inapropiada y la mirada de lascivia de su madre no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

Una idea descabellada acudió rauda a su mente.

«¿Y si no fuera esa su madre?».

Capítulo 32

Caminaba muerta de miedo por un campo de trigo ardiente, lleno de brasas candentes que prendían sus pies y la llenaban de dolor. Sin embargo, ella seguía y seguía caminando hacia ese lugar seguro donde nadie la dañaría: Ghrian.

Despertó empapada en sudor y de un susto de muerte. Su corazón galopaba y su mirada se dirigió en derredor. Y allí estaba él, durmiente, sentado en una incómoda silla y cubierto por una cobija, la misma que ella había confeccionado para los dos.

Alargó la mano y acarició la de él, tosca y lánguida. Este abrió los ojos, sorprendido.

—Flora..., Flora, mi amor. ¡Estás bien, estás bien! —exclamó levantándose de golpe y porrazo y sentándose junto a ella en el lecho para abrazarla y besarla con pasión.

—¿Has dormido aquí? —preguntó ella.

David recordó cómo la noche anterior, después de aquella caricia extraña de su madre, había sentido una necesidad imperiosa de salir de Dounie y de refugiarse junto a Flora. Por otra parte, había algo que le decía que debía estar junto a ella, llamémosle intuición. Y no había errado en seguirla, pues Flora estaba consciente, por fin, después de varios días de angustia y haber temido por su vida.

—Soy todo un *highlander*, puedo con eso y con más —apuntó dirigiendo su mirada a la silla donde había pasado horas velando el sueño de su amada.

Flora rio con dificultad, todavía estaba muy débil.

—Abrazame y no me sueltes jamás —susurró presa de las lágrimas; cuánto había deseado en su lucha onírica que él estuviera junto a ella.

Había sido un sueño eterno, plagado de dificultades para llegar a su destino, Ghrian, el lugar donde podría reunirse con David, y lo había logrado. Por fin lo había hecho y despertó tras alcanzar su meta.

—¿Qué ocurrió?, ¿cómo llegué a la casa de las Gowdie? —inquirió ella, todavía sorprendida por hallarse en aquella casita preciosa que tanto le había gustado la primera vez que

puso un pie en su interior.

—Te encontraron en el bosque, gravemente enferma.

—¿Enferma? —preguntó ella, curiosa.

—Sí, y he de pedirte disculpas por haber pensado que habías enloquecido al igual que lo había hecho Freya, ahora sé que ella también fue presa de la misma enfermedad.

—¿Pero a qué enfermedad te refieres?, no entiendo nada...

—Ni más ni menos que a la fiebre de San Antonio, niña —dijo de pronto Isobel, que acababa de entrar en la estancia con cara de sueño.

—¿Fiebre de San Antonio?, ¿qué demonios es eso? —preguntó Flora, curiosa.

Isobel le explicó de qué trataba la enfermedad y cómo la había contraído. Cuando acabó su explicación, Flora la observaba ojiplática.

—¿Así que fue el pan de hadas el que me hizo enfermar? —inquirió ella.

—Exacto, niña. El pan de hadas es utilizado por personas con malas intenciones para dañar a otras sin ser descubiertas. Quien te da un panecillo es que realmente te quiere muy mal. En el hatillo llevabas cuatro, así que imagina el daño que querían hacerte...

Flora negó con la cabeza.

—Por suerte, ya sabemos quién fue la responsable. Nimue, con esa cara de niña buena, ¿quién lo iba a decir! —exclamó David.

—Nimue..., pero es que ella no fue la que me dio los panecillos para mi viaje, tampoco la que me convenció para que me marchara de Dounie, David.

—Entonces, ¿quién fue?, porque he de decirte que Nimue lleva días desaparecida. Demasiada casualidad, ¿no crees? Cuando las sospechas recayeron sobre ella, desapareció.

—David... —dijo Flora tomando la mano de su esposo y acariciándosela—, quien me dio los panecillos para el viaje fue Eloise, tu madre.

David observó a Flora, incrédulo.

—No puede ser, mi madre jamás haría algo así, debes estar en un error.

—No, David, lo siento, lo siento mucho, pero tu madre vino a mi alcoba y me convenció de que debía marcharme de Dounie, prácticamente me obligó a ello.

El *highlander* sintió una punzada enorme en el corazón, ¿cómo había sido capaz su madre de hacerle tanto daño?

Se levantó en un gesto rápido y algo brusco y salió de la casa, a lo lejos se escucharon los cascos del caballo.

—No me ha dejado decirle quién fue la persona que hizo esos panecillos —masculló Flora.

Isobel la observó con los ojos entrecerrados.

—Ya decía yo... No veía a *lady* Eloise amasando y mucho menos horneando pan... —intervino la mujer.

—Los panecillos los hacía Lair, la cocinera, y Nimue me los traía, siempre diciéndome que era Lair la que se los había dado para mí —confesó Flora, y luego añadió—: David ha de saberlo, es importante.

Isobel se levantó y se cubrió con una capa.

—Iré tras él, antes de que la furia lo haga meter la pata, aquí hay algo que no cuadra y debemos descubrirlo —dijo Isobel con decisión.

—Quiero ir contigo —anunció Flora tratando de levantarse de la cama. Entonces fue cuando observó sus pies vendados.

—¿Qué me ha ocurrido? —inquirió.

—Ay, niña... Creo que antes de marcharme, debemos hablar.

∞∞∞∞

David arribó a Dounie presa de la furia y entró en el castillo buscando a su madre con ahínco. La encontró leyendo un libro en la biblioteca.

—¿Qué ocurre, hijo mío?, ¿qué son esos gritos? —preguntó.

—¿Por qué obligaste a Flora a marcharse de Dounie?

—¿Yo?, ¿por qué haría tal cosa?, ella se fue y robó un caballo, ya te lo dije.

—Tengo entendido que tú la convenciste para que se fuera, le proporcionaste comida y un caballo, ¿no es cierto? —inquirió David, furioso.

—No, hijo, yo jamás haría algo así, y tú lo sabes, ¿o es que acaso lo hice con Freya en su día? No..., no lo hice, aunque ganas no me faltaron, al igual que con su hermana, que menudo espectáculo ofreció el día de tu boda...

—Y esta vez llevaste las ganas a la acción, ¿no es cierto, madre?

—No, David, te juro por Dios que yo no hice nada, ¿por qué me acusas a mí?, a tu propia

madre... Me haces daño, mucho daño con tus acusaciones.

—No te hagas la víctima, madre, sé que fuiste tú, así que deja de fingir —espetó David señalándola con un dedo.

—Hijo, te juro que yo no lo hice y te pido, por favor, que me creas, no sé quién haya podido envenenarte con semejantes falacias, pero solo son eso, meras falacias —se exculpó Eloise con determinación.

—¡¡¡Mientes!!! —bramó David, Eloise negó con la cabeza.

—¡Ya basta, hijo! —exclamó de pronto Simon, que, avisado por Angus, había acudido veloz a mediar entre madre e hijo.

—No, padre, no basta. Ella ha mentido, nos ha mentido a todos y ha tratado de quitarle la vida a mi esposa con un pan envenenado que casi se la lleva al otro mundo —argumentó David fuera de sí.

—¿Tú madre?, ¿en serio crees que tu madre hornearía un pan?, ¿acaso la has visto alguna vez en la cocina?, es increíble que puedas pensar por un segundo que ella le haya podido hacer daño a tu esposa. Tu madre puede ser protectora y demasiado dura contigo, pero nunca fue una mentirosa y mucho menos intentó dañarte a ti, ni a tu esposa. Por muy controvertida que fuera tu relación con ella. Me refiero en todo momento a Freya. Si no lo hizo con ella, ¿por qué lo haría con Flora?

David agachó la cabeza.

—Flora asegura que fue madre quien le proporcionó el pan envenenado, padre.

Eloise frunció el ceño.

—Pues déjame decirte, hijo, que tu esposa miente, así que deberías pedirle cuentas a ella, pues yo jamás hice tal cosa.

∞∞∞∞

Isobel estaba ya muy cerca de Dounie, había tenido que explicarle a Flora lo ocurrido con sus pies, y que en principio tendría algunas dificultades para andar correctamente, pero que se acostumbraría y podría hacerlo como si sus pies estuvieran totalmente sanos.

Flora se había echado a llorar al ver en qué estado habían quedado sus pies e Isobel le enseñó los suyos, mucho más deteriorados.

Cuando las demás se levantaron, dejó a Flora al cuidado de estas y salió rauda hacia el castillo. Había perdido un tiempo precioso, mas no le había quedado otro remedio que calmar a la muchacha, no es plato de buen gusto saber que unos gusanos se han encargado de comerse tu carne podrida para evitar que la gangrena acabe por dejarte sin pies.

Cuando ya divisaba el castillo, vio como era perseguida por varios jinetes.

Los hombres gritaban y la insultaban.

Isobel le indicó al caballo que se detuviera y lo hizo voltear para encararlos.

Llevaban la cabeza cubierta por sacos y solo sus ojos se veían.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Isobel con el mentón alzado.

—No queremos brujas en Beaully, así que desmonta tu caballo —ordenó uno de ellos, que parecía llevar la voz cantante.

—¿Por qué habría yo de hacer eso?

—Porque te lo ordeno, es más, no tienes otra opción.

Isobel se percató de que varios jinetes más aparecieron justo tras ella. Estaba rodeada.

Capítulo 33

A David lo llevaban los demonios, estaba furioso con su progenitora, que no había hecho otra cosa que excusarse una y otra vez. ¿Cómo era capaz de mentir tan descaradamente?

En su cabeza, la intervención de su padre se reprodujo de nuevo:

—¿Tú madre?, ¿en serio crees que tu madre hornearía un pan?, ¿acaso la has visto alguna vez en la cocina?, es increíble que puedas pensar por un segundo que ella le haya podido hacer daño a tu esposa. Tu madre puede ser protectora y demasiado dura contigo, pero nunca fue una mentirosa y mucho menos intentó dañarte a ti, ni a tu esposa. Por muy controvertida que fuera tu relación con ella. Me refiero en todo momento a Freya. Si no lo hizo con ella, ¿por qué lo haría con Flora?

En la cocina trabajaban dos o tres personas, sin embargo, la que llevaba la voz cantante y decidía todo lo que se comía era Lair; quien, aunque era una mujer bastante joven, tenía un don especial para el arte culinario.

Debería hablar con ella y con las otras que la ayudaban en ocasiones, porque también se encargaban del resto de las tareas del castillo. Una de ellas era Nimue y había desaparecido, todos la habían dado por culpable. A decir verdad, era cuando menos curiosa su desaparición, así que, de algún modo, se había delatado.

De todas formas, David bajó a la cocina, donde únicamente encontró a Lair removiendo un guiso en un gran caldero.

—Ven, tenemos que hablar —dijo David tomándola de la mano y haciéndola descender los peldaños que los llevaban al sótano.

—Lo sabía, sabía que volverías a mí tarde o temprano, amor mío —dijo la muchacha con los ojos chispeantes de alegría.

—No, Lair, no estamos aquí para lo que tú crees —aclaró retrocediendo unos pasos.

—Entonces, ¿para qué me buscas?, ¿es que acaso quieres hacerme más daño del que ya me has hecho? —inquirió la muchacha con lágrimas en los ojos.

A David, de alguna forma, le dio pena. No era su intención dañarla y era consciente de que lo había hecho. Nunca tuvo en cuenta los sentimientos ajenos y eso lo hacía sentirse un miserable.

—Tengo que hablar contigo sobre un pan al que llaman «pan de hadas».

Lair se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre con ese pan?, es una verdadera maravilla.

—Tengo entendido que se le regala a una persona a la que quieras dañar. A Flora se le dio ese pan y no en una ocasión, sino en varias.

—En todo caso, se le dará a una persona a la que tienes aprecio, es un pan delicioso, por mucho que digan que no está a la altura por el tipo de harina que se utiliza para elaborarlo —argumentó Lair.

—Entonces sabrás que se elabora con harina de centeno, y si esta está contaminada por el cornezuelo, se convierte en tóxico e incluso puede causar la muerte, además de delirios y gangrena.

Lair negó con la cabeza.

—No tenía conocimientos de que fuera dañino, te lo juro, David, es más, yo no hacía ese pan, la que lo hizo con el pretexto de regalárselo a *lady* Byset fue Nimue. ¿Y dices que ha dañado a Flora?, ¿dónde está ella?, ¿se encuentra bien?

—Está muy recuperada, pero estuvo al borde de la muerte a causa de la enfermedad que causa ese pan. Así que te pido que, a partir de ahora, prohíbas el uso de harina de centeno en esta casa. Solo se utilizará harina de trigo y la única persona que podrá amasar pan serás tú. Confío en ti y en tu discreción. No le digas a nadie lo de Flora, ¿de acuerdo? —preguntó David posando sus manos en los hombros de la muchacha.

—De acuerdo, David, no dejaré que nadie ponga sus zarpas en mi cocina.

David asintió con la cabeza, y se marchó de la cocina con la convicción de haber solucionado un problema. Lair se quedó de pie, observándolo partir con las manos en puños. Entonces se permitió el lujo de llorar, hacía mucho tiempo que no lloraba. Era liberador. Mas nadie merecía ni una sola de sus lágrimas, así que se las secó con el dorso de la mano.

∞∞∞∞

Llevaron a Isobel ante el pastor Forb, un hombre que había pasado décadas esperando aquel momento. El de tener a la bruja a su merced. Beiste Fraser se la había puesto en bandeja, por fin había hecho algo bueno ese muchacho. Siempre pensó que no era más que un alcorcho sin entendederas.

—Isobel Gowdie, qué sorpresa, algo muy malo has debido hacer para que te hayan traído a esta mi humilde morada. Dime, ¿qué has hecho ahora? —preguntó el hombre acercándose al rostro de Isobel de un modo casi escandaloso.

A ella la habían atado a una silla, con las manos a la espalda y los pies desnudos, expuestos ante un hombre que daría una interpretación fantasiosa y maligna del estado de estos.

—Se te acusa de haber asesinado a *lady Hope* con tu aliento. Dicen que te acercaste a ella. Además, sé que tienes una cómplice, una mujer que el día de su boda se declaró seguidora del diablo, como tú hiciste hace muchos años —dijo el individuo observándola con ojos de desquiciado.

El pastor Forb era un hombre de más de setenta años, arrugado, calvo y de cejas prominentes. Su expresión era colérica, siempre hablaba de la ira de Dios y de las brujas que se cernían sobre las cosechas haciéndolas perecer. Por suerte, en Beaully, muy al contrario de lo que predicaba Forb, las cosechas eran abundantes desde que las Gowdie vivían en el pueblo.

Además, los lugareños acudían a ellas para que remediaran enfermedades que él con sus rezos no podía curar. Eso le había valido más de un reproche.

Sin embargo, ahí la tenía, ante él, desprovista de su poder, pues no podía usar sus manos, y todo hijo de vecino sabía que las manos de una bruja eran muy importantes, con ellas podían tocarte y enfermarte, las brujas tenían ese poder, y sus ojos, aquellos ojos color ámbar eran hipnóticos, hasta él se sentía atraído por la mujer que tenía ante sí. ¿Era eso una mirada de lascivia? No, era que el diablo lo tentaba, como había hecho durante años. Aquella mujer tenía el poder de hacer que su miembro, ya arrugado y casi muerto por la edad, se animara de una manera impresionante. Sí, era el diablo quien lo tentaba, el diablo y esa perversa mujer con sus curvas y esos ojos demoníacos.

—Sí, padre, a mí se me acusa de todos los males del mundo, pero tenéis que soltarme, yo no he hecho nada, es más, acudí a Dounie porque Angus Fraser me lo pidió, ya que *lady Hope* estaba al borde de la muerte. Tardaron mucho en llamarme, de lo contrario, estoy segura de que la hubiera podido salvar.

—Mientes, todos en el pueblo saben de tus amoríos pasados con Angus Fraser, y que tú y tu familia, sin hombre que la gobierne, estáis bajo su protección, por ello nadie ha hecho justicia todavía, pero el tiempo se agota y Angus envejece, ¿qué haréis, pobres infelices, cuando él muera?, todo el pueblo se os echará encima —argumentó el anciano como si al soltar cada palabra se sintiera más y más henchido de gozo.

—Nosotras somos personas decentes, y solo se nos puede culpar de haber ayudado al prójimo, de nada más. Son mucho los habitantes de Beaully agradecidos por haberse puesto en nuestras manos cuando Dios desoía sus ruegos.

—¡Estás blasfemando, maldita bruja!, ¿cómo osas compararte ni tan siquiera con nuestro señor?!, es más, te crees que estás por encima de él, de él, todopoderoso y padre de todos nosotros, de las buenas personas de fe. Está claro quién te engendró a ti y a las tuyas, tienes los ojos del diablo y tus pies son la prueba de que has caminado por las brasas del infierno para postrarte ante él.

Isobel rodó los ojos.

—¿Y eso lo decís vos, pastor Forb?, vos también padecisteis la enfermedad y los gusanos tuvieron que comer vuestra carne, ¿no es cierto?, deberíais saber entonces el motivo verdadero de mis dedos maltrechos.

—El demonio me tentó y ya cumplí mi penitencia. Por ello sé que no es una enfermedad, sino el fuego del infierno que entra en el cuerpo de las personas inocentes y las corrompe. Pero claro, solo si estas dejan que el diablo las seduzca, si eres fuerte, como lo fui yo, eso no pasará jamás.

—Os ordeno que me soltéis de inmediato, no tengo ganas de escuchar desvaríos, hombre de Dios. No hay motivo alguno para que me retengáis aquí.

—¡Sí lo hay! —exclamó de pronto el hijo de Angus que acababa de entrar en la estancia—. Mataste a mi madre y has de pagarlo.

—Muchacho, ambos sabemos que yo no le hice nada malo a *lady Hope*, la apreciaba, era una buena mujer —declaró Isobel en tono de hartazgo.

—Es que no entiendes nada, bruja, o es que no quieres entenderlo. Mi madre murió porque su esposo no la amaba, por el contrario, se besaba a escondidas con una mala mujer, contigo, Isobel Gowdie, ¡contigo! Mi madre comenzó a morir un poquito cada día desde entonces, y eso fue así porque tú hiciste un conjuro para que dejara de existir, era tu único obstáculo para estar con mi padre, ¿cierto?, si ella desaparecía, tú te metías en la cama del desvalido anciano, porque mi padre no es ya más que eso, un viejo sin norte.

—Beiste..., es así cómo te llamas, ¿cierto? Yo podría haberme casado con tu padre, de hecho, él me lo pidió, pero yo le dije que no, aunque lo amaba más que a mi propia vida, no quería cargarlo con el hecho de no poder tener hijos. Él ansiaba una familia con muchos hijos, por ello le di la mayor prueba de amor que podía darle, le di su libertad de amar a una mujer que pudiera hacerlo feliz y proporcionarle la familia que él quería.

Beiste abrió mucho la boca.

—¡Pero luego te convertiste en su amante, yo os vi en el bosque, os vi...! —exclamó Beiste.

—No, muchacho —dijo Isobel ya con lágrimas en los ojos, recordar el pasado junto a Angus era su talón de Aquiles—, no te mentaré, él me lo pidió infinidad de veces, porque el cordón que une a dos personas que se aman es imposible de cortar, ahora lo sé, pero entonces era joven y no sabía tanto de la vida. Solo fue un beso, un único beso. Y a partir de ese día, nunca más nos volvimos a ver en secreto. Nunca más estuvimos juntos, Beiste. Él se dedicó en cuerpo y alma a tu madre y a ti. Así que, destierra el dolor y el rencor de tu alma, será lo mejor que puedas hacer por ti, muchacho.

—¡¡Cállate!!, ¡¡cállate!! —bramó Beiste tapándose los oídos.

—No la escuches, chico, está tratando de engañarte, quiere debilitar tu voluntad. Es una

bruja, ¿recuerdas? —dijo el pastor Forb con desesperación y la saliva blanca en la comisura de los labios, era como un perro rabioso.

Beiste se debatía entre soltar a Isobel o hacer lo que quería el pastor Forb que hiciera: darle muerte.

—Ten, hijo. Solo tú puedes hacerlo, el dolor será tu más fiel compañero. Hazlo, clávasela en el corazón.

—¿Pero no tendríamos que quemarla, padre?, a las brujas se las quema, ¿cierto?

—Sí, hijo, se las quema con el fin de purificar su alma y liberarlas del diablo, sin embargo, en el caso de esta mujer, creo conveniente que se le dé muerte con una daga bendecida, el fuego no es suficiente para ella, pues su alma está totalmente corrompida —argumentó el anciano.

—Sí, pastor Forb, inventad pretextos para matar a sangre fría a las mujeres que no se adaptan a los dictámenes que no Dios, sino los hombres, han hecho para ellas. Sacrificadlas, hacedlas arder..., pero jamás callaréis su voz, jamás podréis impedir que se alcen en contra de todo esto. Es vergonzoso dar muerte a criaturas inocentes por no seguir al rebaño como si fueran burros. Si bien, sé que la ignorancia no puede perdurar eternamente, que aún hay esperanza para el ser humano y con el paso de los años, estas prácticas estarán vistas como una aberración.

—Lo ves..., está blasfemando, purifícala, hijo, purifícala, no puede seguir hablando, es una hechicera, una asesina de bebés y tiene el poder de arruinar las cosechas, y de seducir a los hombres, mira lo que hizo con tu padre, ¿y tu pobre madre, hijo?, ella le dio muerte, ¿no lo recuerdas?

Beiste miraba la daga del pastor Forb y seguidamente dirigía la vista hacia Isobel, atada e indefensa, pero con una dignidad y una entereza que ya querrían muchos guerreros tener.

—¡Hazlo, hazlo!, si dejas vivir a una bruja te conviertes en una de ellas, hazlo, muchacho, ¿o es que eres un cobarde?, esta mujer le quitó a tu madre el cariño y el amor de tu padre, no te dejes vencer por el diablo, tienes que matarla —espetó Forb con inquina.

Beiste levantó la daga con celeridad, su respiración se sentía agitada, abrió mucho los ojos y apretó la mandíbula antes de hacer descender la daga con ímpetu.

Capítulo 34

David volvió a la casa de las Gowdie, y Lottie, que estaba sentada en un banco del jardín, le preguntó por Isobel.

—No la he visto, Lottie, ¿a dónde fue? —inquirió David.

—Fue a buscarte, muchacho, tenía algo que decirte, un mensaje que le había dado Flora. Es que saliste rumbo a Dounie como alma que lleva el diablo y no dejaste terminar a la pobre niña.

—¿Y qué tenía que decirme?

—No lo sé, mis sobrinas me dijeron que mi hermana había salido para transmitirme un mensaje, mas yo no he preguntado, no era tanta mi curiosidad como para ello. Además, intento no meter las narices en asuntos del prójimo —apuntó Lottie encogiéndose de hombros.

—Si me dais permiso, entraré para ver cómo se encuentra mi esposa —anunció de pronto David.

—Sí, sí, pasa, hijo, está ansiosa por verte —dijo, y luego añadió—: Por favor, conmigo puedes dejarte de formalismos, casi podrías ser mi nieto, así que háblame como lo harías con tu abuela o con alguien a quien tuvieras un cariño especial —sentenció.

David rio y aceptó el trato, él era un hombre sencillo al que le gustaba comunicarse de un modo cercano.

Cuando entró en la estancia, Flora hizo un intento de levantarse.

—Estate quieta, Dàna, todavía estás convaleciente, necesitas descansar —la reprendió él con preocupación.

—Estoy cansada de estar ociosa, así que he pedido que me dejaran un bastón para ir probando levantarme y dar algunos pasos —dijo Flora con determinación, hacía muy poco que había despertado, si bien necesitaba moverse, sentía todo el cuerpo agarrotado de los días que había pasado postrada en la cama.

—Ya le hemos dicho que debería descansar, que es muy pronto para ella, pero no hay manera, Flora es la mujer más testaruda que he conocido en mucho tiempo —intervino Morgana, que pasaba en ese momento por delante de ellos con un cesto con ropa para ir a lavarla.

Flora la miró y esbozó una sonrisa.

—Ni se te ocurra ir tras ella, Dàna —dijo David, a sabiendas de lo que había pasado por la cabecita de su amada.

—Creo que sabes de sobra que a mí no se me puede decir un «ni se te ocurra» y salir airoso —replicó Flora en tono de fingido desafío.

—Lo sé, Dàna, y eso me preocupa, porque te hace falta descansar, has estado muy enferma. Así que, por favor, ¿serás capaz de hacerle caso a tu esposo, aunque sea una vez en la vida? —David puso cara de niño desvalido y a Flora se le derritió el corazón de tanto amor que albergaba en él.

De pronto, la puerta de la casa se abrió de golpe y porrazo, era Brooke, que, visiblemente afectada, dijo entre balbuceos:

—Han apresado a Isobel, me lo ha dicho una vecina, su esposo vio la escena mientras pasaba cerca de Dounie con su carro. Fueron hombres que llevaban sacos en la cabeza, no saben quiénes eran, eso sí, vieron al menos en uno de ellos el tartán de los Fraser.

David abrió mucho los ojos.

—Mi clan jamás haría algo así, y estoy seguro de que ni mi padre ni mi tío saben nada —intervino David con firmeza.

—Mi pobre Isobel —se lamentó Lottie, quien había entrado detrás de su sobrina.

Morgana y Harlow estaban totalmente coléricas y discutían sobre ir a Dounie y hablar con lord Lovat para pedirle explicaciones.

—Repito que mi padre no sabe nada de esto, y lo conozco lo suficiente para asegurar que es un hombre de paz, jamás aprobaría algo así.

—Tenemos que ir, David, debemos ayudar a Isobel, discutir sin saber ni tan siquiera quién la tiene es inútil —habló Flora, en un tono que claramente denotaba que los estaba regañando por perder el tiempo.

Ella se había levantado y se apoyaba en el bastón.

—¡Has de quedarte aquí, mujer! —ordenó el *highlander*.

—Ni hablar —respondió Flora, desafiando a su esposo con el mentón alzado—. Isobel me ayudó cuando más lo necesité, estoy viva gracias a sus cuidados y a los de las demás mujeres Gowdie, así que voy a ir, aunque sea a rastras, a ayudarla.

Lottie se aproximó a David y posó la mano en su hombro.

—No puedes detener al viento cuando sopla enfurecido, muchacho —sentenció la mujer observándolo con resignación.

David, con reticencias, acabó por dejar de gastar saliva, sabía que la única forma de que su esposa cejara en su empeño sería recurriendo a prácticas poco éticas, y no deseaba hacerlo.

○○○○○

La daga clavada hasta su empuñadura taponaba la salida del contenido del saco. Beiste seguía con su mano en el mango y Forb se llevó las manos a la cabeza antes de soltar:

—Pero ¿qué has hecho, muchacho?

—No puedo, no soy capaz —dijo Beiste tembloroso.

—No eres un hombre, ni tan siquiera le llegas a los talones a tu padre y jamás lo harás, y mira que tu padre me parece un inútil de gran envergadura —espetó el clérigo.

—Dejadme en paz, pastor Forb. ¿No dice Dios que no debemos matar?, entonces ¿por qué vos, un hombre que dice ser un mensajero del señor, me pedís que asesine a esta mujer a sangre fría? —inquirió Beiste con un hálito de sentido común.

El pastor Forb negó con la cabeza y emitió sonidos similares al rebuzno de un burro. La frustración lo hacía parecer un niño pequeño al que no se le había proporcionado aquello que anhelaba.

—Dame la daga, yo mismo lo haré. Tú no eres un hombre digno de empuñarla. Has sucumbido a las palabras de esta maldita bruja, ella, con sus malas artes, ha hecho entrar al diablo en tu alma. Arderás en el infierno por ser como ella, además, te convertirás en brujo, y como brujo tendrás que morir también.

Beiste sacó la daga del saco y el contenido de este manó de la abertura y se precipitó al suelo.

—No te la voy a dar —dijo Beiste antes de acercarse a Isobel y romper sus ataduras con el arma.

Después se agachó, localizó el calzado de la mujer y se lo devolvió.

Esta, agradecida, lo obsequió con una sonrisa y se puso con celeridad sus botines.

—Vámonos, señora Gowdie, aquí ya no tenemos nada que hacer —la conminó Beiste tomándola del brazo.

—¡¡Arderéis los dos en las llamas del infierno!! —exclamó el hombrecillo—. Lo lamentaréis...

Beiste e Isobel montaron en sus respectivos caballos y se alejaron raudos del lugar.

Capítulo 35

El grupo se dispersó para encontrar a Isobel. Por un lado, David y Flora iban montados en el caballo de él; por otro, Harlow, Morgana y Brooke fueron caminando, pues Isobel se había llevado al único y viejo caballo que tenían.

Tras una búsqueda infructuosa, en la que preguntaron a los lugareños sin recibir una respuesta en firme, decidieron volver al hogar de las Gowdie. David les prometió que informaría a su padre e iniciarían una búsqueda casa por casa, estaba seguro de que a lord Lovat no le responderían con mentiras, como lo habían hecho con él. No era estúpido como para que le hubiera pasado inadvertida la actitud extraña de los habitantes de Beaulieu.

Por el camino se encontraron con Beiste, que, visiblemente agitado, le hizo una señal a su primo para que se detuviera.

—¿Qué ocurre, Beiste? —preguntó David, con la certeza de que este sabía algo sobre el asunto.

—Me han dicho que estáis buscando a Isobel Gowdie. Acabo de dejarla en su casa.

—¿Y eso?, ¿por qué estabas tú con Isobel? —preguntó Flora entrecerrando los ojos.

Beiste hinchó sus pulmones de aire y lo soltó de golpe antes de confesar:

—Porque fui yo quien reunió a varios hombres para capturarla.

—¿Y lo dices así, desgraciado?, ¿en qué demonios estabas pensando? —David lo reprendió, no entendía por qué su primo había sido capaz de hacer tal cosa.

—Lo siento, me dejé llevar por la ira y por los consejos del pastor Forb. Si bien he rectificado a tiempo e Isobel está a salvo en su hogar. Eso sí, no os engañaré, Forb está empeñado en darle caza a Flora y a las Gowdie, así que no estaría de más que varios hombres vigilaran su casa.

—¡¡Será posible!!, pero ¿cómo has sido capaz de...? —comenzó a decir David, furioso, hasta que Flora posó la mano en su hombro y lo cortó.

—Te ha dicho que lo siente, ha rectificado y ha devuelto a Isobel a su casa, sabe que lo que ha hecho no ha estado bien, así que será mejor dejarse de regañinas, que se haya echado atrás a tiempo le honra.

David no las tenía todas consigo. Beiste siempre le había parecido un muchacho atolondrado, y, aunque había sido uno de sus compañeros de juegos cuando era un niño junto a Freya y Flora, nunca terminó de entenderlo. Su actitud hostil hacia todo hijo de vecino lo sacaba de sus casillas. Sin embargo, en aquella ocasión parecía sincero y verdaderamente arrepentido.

Se despidieron de Beiste y siguieron su camino.

Una vez en casa de las Gowdie, Flora y David se acercaron a Isobel, que, sentada en una silla de la cocina, le relataba a Lottie y a sus sobrinas lo ocurrido.

—Llegáis en el momento justo, tengo que hablar con vosotros —anunció la mujer con aplomo, nadie diría que había pasado horas cautiva.

—Primero de todo, ¿estás bien, Isobel? —preguntó Flora, había llegado a tener verdadero afecto por la mujer que tanto la había ayudado.

—¿No me ves?, estoy bien, a decir verdad, demasiado bien, porque hoy he averiguado algo muy importante —anunció ella con determinación.

—De qué se trata, tía, suéltalo ya, que nos tienes en vilo —dijo Morgana, y sus hermanas la corearon.

—No tengáis prisa, niñas —dijo llevándose la mano al bolsillo de su chaqueta ancha de lana—. Mirad.

En su mano, un pequeño saquito de tela que abrió ante los demás.

—Sí, muy bien, centeno, ¿y? —inquirió Morgana con una ceja elevada.

—Sí, niña, centeno..., pero este centeno tiene algo especial, acercaos y observadlo con detenimiento.

Lottie supo en el acto a qué se refería su hermana y le dedicó una sonrisa cómplice.

—Centeno con cornezuelo —intervino Harlow, que había cogido unos granos del montoncito.

David y Flora se miraron.

—¿De dónde lo has sacado, Isobel? —preguntó David, intrigado.

—Eso es lo mejor. Veréis, me capturaron varios hombres con la cara cubierta y me llevaron enseguida a la casa del pastor Forb —se escucharon sonidos de sorpresa—. Beiste Fraser fue el principal artífice de mi secuestro, sin embargo, y debido a los desvaríos de ese chalado de Forb, tuvo las suficientes entendederas para no hacer lo que ese miserable le pedía: matarme.

»Fue entonces cuando me liberó y, al ir a ponerme los zapatos, vi todo ese grano en el suelo y cogí un buen puñado, el cornezuelo es fácil de distinguir, además, llamaba muchísimo la atención. Gracias a la daga que Beiste clavó en el lugar equivocado, ahora sabemos de dónde viene el grano y, probablemente, el pan de hadas.

Todos estaban boquiabiertos, en especial, Flora.

—¿Y cómo ha llegado ese grano a Dounie?, que yo sepa, el grano utilizado en mi casa proviene de nuestros propios cultivos —apuntó David, sorprendido.

—A eso voy, hay alguien en tu castillo, alguien que, en confabulación con el pastor Forb, ha entrado el grano infectado. A menos que el vuestro también lo esté, en ese caso, esto serían meras conjeturas —argumentó Isobel.

—Imposible, se revisan a conciencia las cosechas, yo mismo tomo parte en ello y sabría identificar el cornezuelo, además, en Dounie no se utiliza centeno para elaborar el pan, y nadie, salvo Flora, Freya y Hope, habían sido obsequiadas con ese pan. Nunca me llamó la atención, ¿quién iba a pensar en que algo tan inofensivo hiciera tanto mal?

—Lo entiendo, joven Fraser, ¿pero de verdad nadie en Dounie supo identificar la enfermedad? Cultiváis el campo y vivís de él, asimismo de lo que recaudáis de los habitantes de Beaully. ¿Puede que se os pasara?

David negó con la cabeza.

—Somos minuciosos con el grano que nos llega, al igual que hacemos con el propio, se revisa todo. No es de recibo que acabemos infectados por alguna plaga no identificada por los terratenientes.

—Pues he de decirte que no lo seréis tanto, porque a Dounie ha entrado grano con cornezuelo.

David agachó la cabeza, había perdido la batalla contra Isobel, y la mujer tenía razón. La pregunta ahora era: ¿cómo había entrado el grano contaminado a Dounie y quién lo había llevado desde la casa de Forb hasta el castillo?

—¿Crees que el pastor Forb es el responsable de todo lo ocurrido en Dounie? —preguntó Flora, intrigada.

—¿Qué hacía un saco de grano infectado en casa de Forb? Además, él conoce la enfermedad, pues la padeció hace unos años —apuntó Isobel.

—Propongo que vigilemos a ese energúmeno de Forb —dijo de pronto Morgana.

Sus hermanas secundaron la moción.

—Es peligroso, niñas, ese hombre no se anda con tonterías —intervino Lottie, siempre sobreprotectora con sus sobrinas.

—Iremos con cuidado. Nos turnaremos para vigilar.

Isobel entrecerró los ojos.

—Tendréis que ir con mucho cuidado, él no puede darse cuenta de que lo estáis vigilando, con eso os quiero decir que no os puede ver nadie, ya que podría decírselo al pastor. Posee una gran cantidad de adeptos que piensan de él que es una especie de mesías, cuando no es más que un charlatán indecente.

—¿Indecente? —preguntó Flora, interesada.

—Las malas lenguas dicen que se ve con una mujer que podría ser su nieta, la han visto entrar en su casa a altas horas de la noche —aclaró Brooke—. No me digáis que no lo sabíais, es la comidilla del pueblo en los últimos tiempos.

David negó con la cabeza, sus oídos no estaban como para ir escuchando chismes.

—En fin, lo vigilaremos —sentenció Morgana—, y lo haremos tan bien que nadie se percatará de nuestra presencia.

David y Flora asintieron agradecidos.

—Y nosotros volveremos a Dounie, ya habéis hecho bastante por mí, además, quiero estar allí para descubrir al culpable de toda esta desgracia —intervino Flora con decisión.

—Es peligroso, niña, deberías esperar a que todo se aclare y descubramos al cómplice de Forb —aconsejó Lottie, sin embargo, Flora no dio su brazo a torcer.

—Ya es hora de que coja las riendas de mi vida, no voy a dejar que nadie me acobarde, me enfrentaré a mis demonios —dijo la muchacha, convencida de sus palabras.

—Yo también pienso que es peligroso —convino David, pero Flora posó un dedo en sus labios con suavidad.

—Debemos permanecer unidos, tanto peligro corro yo como lo corres tú, así que sí, volvamos a casa.

David se encogió de hombros, ante la testaruda Flora poco podía hacer, la conocía de sobra y sabía que cuando algo se le metía entre ceja y ceja, era imposible hacerla cambiar de opinión.

Flora se despidió de las Gowdie, no sin antes aceptar varios amuletos que debían protegerla a ella y a sus aposentos. A David también lo cargaron de piedras protectoras y hierbas. Él miraba a Flora con cara de circunstancias, pero ella asintió con la cabeza. Lo que había en Dounie iba más allá de la simple intervención humana.

Capítulo 36

Caminaba un hombre por el bosque, agotado y perdido. Su viejo caballo no había aguantado el largo viaje y no le había quedado otro remedio que darle muerte. Había sido un acto piadoso, pues no era de recibo dejarlo a su suerte, agonizante y enfermo.

Le había quitado las bridas y vagaba con estas en la mano, ¿qué sentido tenía aquello?, ¿es que acaso creía que encontraría un caballo salvaje al que domar a su paso? No, se las había llevado porque eran costosas y esperaba poder ponérselas a otro caballo, si es que podía comprarse uno, no nadaba en la abundancia que digamos.

A lo lejos avistó un lago de cristalinas aguas y sus ojos se abrieron como girasoles gigantes. Estaba sediento. Corrió hacia el lago y se agachó a beber con ansia, aquella agua le supo a gloria.

Cuando ya estuvo satisfecho, se levantó del suelo y se secó la boca con el dorso de la mano. De pronto, una visión increíble se hizo presente frente a él, era una yegua, una yegua negra y hermosa. El hombre se aproximó a ella con cuidado, pues no sabía si estaría receptiva a sus caricias. Y lo hizo, acarició la quijada del animal y este movió la cabeza de arriba abajo, en un gesto que él interpretó como de regocijo.

El animal no debía ser salvaje, pues llevaba sus bridas y su silla de montar, parecían de gran calidad. No obstante, no había nadie en derredor y pensó que Dios había escuchado sus ruegos. Así que, sin perder más tiempo, montó en el equino y se sintió triunfante al ver que el animal respondía de la mejor forma.

Sin embargo, todo cambió cuando puso los pies en las estriberas, estaba paralizado de cintura para abajo y parecía unido al animal por una fuerza sobrenatural. El hombre gritó horrorizado, el animal no era un caballo, era un *kelpie*^[10] que comenzó a galopar hacia el interior del lago, llevándose al individuo al fondo con él mientras este pedía auxilio sin ser escuchado.

Capítulo 37

Gracie descendía los peldaños que la conducían al sótano, hacía dos días que lady Eloise había tenido a bien emplearla en el castillo de Dounie, en sustitución de Nimue, su amiga de la infancia.

Le producía escalofríos aquel lugar lúgubre que la conducía al pozo. La cocinera le había pedido agua para preparar la cena. Sus funciones eran las mismas que las de su antigua amiga. Limpiar el castillo, atender a los señores y ayudar a la cocinera. En esas andaba cuando Lair le había encargado la tarea que para ella era más complicada.

Tenía verdadero pánico a la oscuridad, y aquel lugar, de negra piedra húmeda, le erizaba todo el vello de su piel.

Temblaba de arriba abajo y respiraba de modo agitado. Era apenas una niña, tenía catorce años y su madre había sido clara, ya era mayor para ganarse el sustento, así que, en cuanto la buena señora se enteró de que buscaban una muchacha para que sirviera a lord Lovat y a su familia, no se lo pensó. Acudió rauda a su casa y la levantó de la cama. «Has de ser la más rápida si quieres pillar bocado, niña», le había dicho.

En Dounie había mucho trabajo, pero ella era una joven acostumbrada a las largas jornadas del campo, por lo que servir en el castillo le suponía una tarea mucho más agradable que estar deslomándose en los cultivos. Si bien aquel pozo era su condena desde que se lo habían enseñado el día anterior. Desde un principio sintió que era el agujero hacia el infierno que tanto predicaba el pastor Forb en sus sermones interminables.

Una vez ante el pozo, al mismo nivel del suelo, se arrodilló y lanzó la cuerda con el cubo atado a uno de sus extremos.

Era consciente de que había otro pozo, uno menos lúgubre y peligroso, pensó que quizá, por ser la nueva en aquel lugar, le encargaban las tareas más penosas. Cuando Lair la mandó al sótano estuvo a punto de decirle: «¿y no puedo ir al otro?», mas se contuvo, no quería que la echaran a la primera por respondona.

Tiró con todas sus fuerzas de la cuerda, el cubo grande de madera pesaba muchísimo y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para elevarlo, con el miedo en el cuerpo en todo momento, ¿y si caía al pozo?, era tan profundo y oscuro que moriría sin remedio.

Cuando consiguió subirlo agarrándose a una esquina en la pared, el cubo se quedó atorado. La muchacha se acercó enrollándose la cuerda en un hombro y tiró con fuerza del asa, sin

embargo, hizo tanta fuerza que el cubo volcó, haciendo que el agua encharcara el suelo. Gracie se aproximó y se agachó llorosa. Enderezó el cubo y vio que apenas quedaba agua en su interior.

—¡Por todos los demonios! —exclamó sintiéndose de inmediato culpable por haber blasfemado, ¿qué diría el pastor si la oyera?

Posó ambas manos en el suelo y notó algo de tacto desagradable que se enredaba en una de ellas. La alzó y vio que era pelo, un mechón de largo y húmedo cabello.

Entrecerró los ojos y repitió la operación para recoger agua del aljibe. En esta ocasión se prometió quedarse a pie de pozo, poniendo especial cuidado en no acabar precipitándose por este.

Lanzó el cubo y cuando estuvo lleno comenzó a elevarlo, primero una mano, luego la otra, esta vez pesaba más, mucho más.

Retrocedió, le faltaba fuerza. Los estambres de la soga se clavaban en las palmas de sus manos y, aunque estas estuviesen trabajadas, sentía el dolor apoderarse de ella.

Cuando el cubo estuvo cerca del final, agarró el asa con una de sus manos y tiró de él, pero era tan pesado que cayó hacia atrás, plantando sus posaderas en el suelo encharcado y el cubo se volcó de nuevo, haciendo que algo rodara desde su interior y quedara detenido entre sus piernas, amortiguado por la recia tela de su falda.

Un tenue y mortecino rayo de sol se filtró por la angosta escalera e iluminó su «pesca». Gracie emitió un alarido de terror.



Flora y David arribaron a Dounie cuando el día estaba a punto de llegar a su fin y el cielo les regalaba una fiesta de tonos anaranjados. Una vez en el patio de armas, David ayudó a Flora a desmontar del caballo.

—Y ahora ni hablar de andar de un lado para el otro. Te quedarás en la habitación hasta que estés recuperada del todo —ordenó David, preocupado en exceso por su esposa.

—David, ya hemos hablado sobre eso y déjame decirte que cuanto más te oigo disponer sobre mi voluntad, más ganas me dan de hacer lo que me dé la soberana gana.

—Pero, Dàna, solo me preocupo por ti, no me gustaría que nadie más te dañara y ya no solo es eso, tus pies no están curados todavía, tú misma deberías pensar que lo correcto es descansar hasta restablecerte del todo, ¿no crees?

Flora rodó los ojos, era muy mala enferma y odiaba estar ociosa. Por no hablar de que el hecho de tener los pies hechos un verdadero desastre la hacía sentir una inútil, quería volver a moverse con normalidad y ansiaba correr por los prados, bañarse en el río, y porque los seres humanos no volaban, de lo contrario, también hubiera dado cualquier cosa por poder hacerlo.

En el patio hallaron a la nueva muchacha de servicio gritando horrorizada mientras se llevaba las manos a la cabeza, Lair estaba junto a ella e intentaba averiguar el porqué.

—Quédate un momento aquí, Dàna —ordenó de nuevo David, Flora empezaba a cansarse de tanta orden.

David se dirigió hacia las muchachas a la carrera y Flora fue tras él con su bastón. Los pies comenzaban a dolerle bastante. Brooke le había puesto un ungüento que hacía que el dolor se amortiguara, pero ya hacía un buen rato que lo había hecho y el dar pasos era del todo difícil.

—¿Qué ocurre? —preguntó David, preocupado.

—No lo sé, la he mandado al pozo a por agua y ha subido dando gritos. Le he preguntado, pero no dice nada, solo grita y grita.

David entrecerró los ojos y se dirigió al lugar del sótano donde se hallaba el pozo subterráneo. Tuvo a bien encender una antorcha para poder ver, al parecer, aquella muchacha no lo hizo y quizá se asustó de la oscuridad imperante en el lugar, pensó para sí mismo, sin embargo, las suposiciones dejaron de fluir en su mente cuando vio lo que había en el suelo, junto al agujero del pozo.

—¡Dios mío!, Nimue.

Capítulo 38

Una cabeza, una cabeza separada de su cuerpo de la manera más ruin. ¿Quién habría hecho semejante barbaridad? Simon acudió al sótano en cuanto fue avisado del hallazgo y se retiró de inmediato a un rincón a vomitar.

En su vida había visto mucha muerte y las mutilaciones estaban a la orden del día en los tiempos en los que le había tocado vivir y en las batallas que había librado, incluso, en una ocasión, él mismo tuvo que cortarle una pierna a uno de sus hombres. Una muerte con la que cargaba, pues no pudo salvarlo y murió tan solo unos días después.

En este caso, Nimue, apenas una chiquilla, había muerto a manos de quién sabe qué malnacido. Aquella cabeza cuya piel del rostro había perdido su tersura, por el contrario, dejaba ver a quién pertenecía.

Simon subió las escaleras con el cuerpo descompuesto y cansancio, mucho cansancio.

—Pobre muchacha —balbució el *laird*.

—¿Quién habrá sido capaz de hacerle daño? —inquirió Eloise, furiosa.

A Flora le llamó la atención la dureza de su suegra. Jamás la había visto derramar una lágrima, ni siquiera para la muerte de Hope, a quien conocía desde que era una niña.

Ella, por el contrario, y aunque nunca llegó a congeniar con Nimue, sentía tristeza, además de horror. Aquella muerte era algo macabro, muy macabro. Y lo peor de todo era que había muchas probabilidades de que el asesino se hallara entre los habitantes de Dounie.

Entre David, Angus y dos hombres más sacaron el cuerpo de Nimue del pozo. No tenía más heridas que la que seccionó su cuello, dividiendo su menudo cuerpo en dos.

—¿Tiene algún pariente? —preguntó Flora a Eloise.

—No, estaba sola en el mundo, solo nos tenía a nosotros —respondió ella con aplomo.

—Pobrecita —dijo Flora con pesar.

—Sí, es una verdadera lástima, era tan joven... A propósito, he de hablar contigo, ¿tienes fuerzas para acompañarme? —preguntó Eloise en un cambio de tema que a Flora la sorprendió sobremanera.

—Estoy bien —intervino Flora intentando transmitir convicción.

Las dos mujeres entraron en el castillo y se sentaron en la salita donde solía pasar el día Eloise y donde tenía incluso un escritorio para despachar sus asuntos.

Era una estancia pequeña pero acogedora. Con alfombras de pieles mullidas en el suelo y dos sillones frente a una gran chimenea, que, dada la temperatura templada, no estaba encendida.

—Siéntate, Flora —ordenó Eloise, tomando ella asiento en el otro sillón.

—Pues bien, ¿qué queréis decirme? —preguntó Flora.

—Más bien, espero que seas tú quien me diga qué ha ocurrido para que me hayas acusado a mí de darte el pan envenenado y de haberte forzado a marcharte de esta casa —soltó Eloise con seriedad.

Flora entrecerró los ojos.

—Es que fuiste tú, Eloise. Jamás mentiría en algo así. Viniste a mi habitación y me dijiste que tu hijo merecía algo mejor y que yo jamás lo iba a hacer feliz. Me proporcionaste un caballo y comida a cambio de que me fuera de inmediato —explicó Flora, tuteando a su suegra con seguridad y ni pizca de suspicacia en su mirada.

Eloise la escrutó de arriba abajo mientras hablaba: «No, la muchacha dice la verdad», recordó la cantidad de veces que Freya le fue a David con historias similares. Según Freya, su suegra era el mismísimo demonio y más de un enfrentamiento habían tenido cuando Eloise la había confrontado.

—Flora, creo que empiezo a comprender cierto comportamiento de Freya en esta casa. Están ocurriendo hechos extraños en Dounie y esto no viene de un día ni de dos. Hace años que algo oscuro se cierne sobre los muros del castillo.

»En su día se me pasó por la cabeza, eran demasiado extrañas todas las acusaciones que Freya vertía sobre mí. Acusaciones que ya nadie creía y que la hicieron parecer un ser mezquino. Sin embargo, que justo haya comenzado a ocurrir contigo, no sé, puede que me equivoque al confiar en ti y que tú solo quieras venganza, al fin y al cabo, tu hermana murió entre estos muros y ambas sabemos que no fue una muerte natural, por mucho que mi esposo y Angus piensen que vivo en la ignorancia y que me creo a pies juntillas todo lo que ellos dicen.

—*Lady* Eloise, creedme cuando os digo que no me mueve ningún tipo de venganza. Muy al contrario, a mí lo que me agradecería es saber la verdad de lo ocurrido con mi hermana. Creo que se la juzgó a la ligera, y estoy segura de que padecía la misma enfermedad que casi me mata a mí —argumentó Flora.

—Fiebre de San Antonio..., curiosa enfermedad. Había escuchado que había grupos de gente que bailaba hasta la muerte con ese mal.

—Es terrible, deseas estar muerta. Ardes..., todo arde en tu interior y luchas con tus propios demonios. A Hope la hizo debilitarse hasta morir, a mí me ocurrió como a Freya, la realidad se transformó en terrorífica. Mi pobre hermana ha sido juzgada injustamente, he vivido en mis carnes el desprecio y el temor de todo el que se cruzaba en mi camino.

—He de decirte que con lo ocurrido en tu noche de bodas, será difícil que la gente deje de pensar que no eres más que una bruja —la avisó Eloise.

—No soy ninguna bruja, por dios, y mi hermana tampoco lo era. Solo hemos sido víctimas de alguien que no nos quiere aquí, de alguien a quien estorbamos...

Eloise entrecerró los ojos y presionó sus sienes con los dedos.

—He de disculparme contigo, seguiremos hablando. Ahora necesito descansar, me duele mucho la cabeza —mintió descaradamente y abandonó la sala. Flora se quedó allí, sentada y confundida.

Eloise caminaba a paso rápido por el pasillo de las habitaciones. Descendió los peldaños de la escalinata y cruzó el vestíbulo, para descender los seis escalones más que la llevaban a su destino.

Las palabras de Flora habían calado hondo en ella.

—¡Eh, tú, ven conmigo, ahora! —ordenó.

Capítulo 39

Morgana y Brooke se hallaban en las inmediaciones de la casa del pastor Forb, vigilando. Llevaban varias horas agazapadas detrás de unos arbustos y estaban ya hastiadas, pues no habían visto movimiento desde poco después de llegar, cuando el pastor salió, miró al cielo, algo encapotado, y volvió a entrar en la casa.

—Vámonos ya, está anocheciendo —dijo Morgana—, este hombre tiene una vida más aburrida que un hongo.

—Esperemos un poco más. Estoy convencida de que el pastor no tiene un saco lleno de centeno con cornezuelo por casualidad. Es más, Isobel dice que él tuvo la enfermedad hace algunos años. ¿Tú querrías ver un cornezuelo de esos después de haber estado a punto de la muerte por su causa? —inquirió Brooke.

Morgana negó con la cabeza.

—Deberían ser para él como el diablo del que tanto habla en sus sermones —apuntó.

—Exacto, así que, aguantemos un poco más —dijo Brooke con determinación.

—Voy a necesitar un baño caliente, estoy congelada —gruñó Morgana.

—Mujer, que no hace frío.

Morgana rodó los ojos, no opinaba lo mismo que su hermana. Es más, ella era friolera, muchísimo, y estar en aquel lugar húmedo durante horas había hecho que la humedad se le hubiera metido en el cuerpo con pocas ganas de marcharse.

De pronto, cuando ya el sol se había puesto en el horizonte y poca luz quedaba, vieron la figura de una persona ataviada con una capa que le llegaba hasta los pies y cuyo rostro no podían ver porque dicha capa tenía capucha.

—Agáchate, Morgana, mira eso —la apremió Brooke.

El encapuchado pasó por delante de ellas y se desvió justo en el camino de entrada a la finca del pastor Forb.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Morgana.

El individuo rodeó la casa con cuidado y se perdió en la parte trasera.

—Voy a echar un vistazo —dijo Brooke, y luego añadió—: espérame aquí.

—Puede ser peligroso, Brooke, no vayas —suplicó Morgana, aunque sabía que con su hermana tenía perdida la batalla; dijera lo que dijera, haría lo que se le viniera en gana.

—Si ves que en un rato no he vuelto, avisa a David Fraser.

—¿A David por qué?

—Porque Dounie es el lugar más cercano para pedir ayuda, preguntona.

Brooke reptó entre los matorrales hasta llegar a la parte trasera de la casa del pastor. Allí él recibió al extraño encapuchado.

—¿Qué haces aquí?, creí que te dejé muy claro que no podías volver en un buen tiempo, a menos que yo te mandara llamar —lo reprendió Forb.

—Déjame entrar, todo se ha complicado y no me ha quedado más remedio que tomar medidas —dijo una voz, que para sorpresa de Brooke, era femenina.

La encapuchada descubrió su rostro, pero Brooke no pudo verlo, pues estaba de espaldas.

Su cabello era negro azabache, parecía largo, aunque no sabría determinar cuánto, pues llevaba la melena cubierta por la capa.

Forb, a regañadientes, dejó entrar a la desconocida en el interior de la casa.

Brooke pensó que aquella sería la mujer joven de la que todo Beaully hablaba y que, según las malas lenguas, tenía más que palabras con el pastor.

Una vez dentro y con la puerta cerrada, Brooke salió de su escondite y se aproximó para espiar por la ventana. Por desgracia, escuchaba la conversación acalorada que mantenían de modo amortiguado por el espesor de los muros de piedra. Se asomó con cuidado y vio el rostro de la muchacha casi al completo, era bonita, a decir verdad, muy bonita.

«¿Qué hará esta muchacha con un viejo decrepito como Forb?, podría ser su nieta», pensó Brooke.

De pronto, una mano firme la agarró por el brazo.

—¿Qué tenemos aquí?, una de las brujas Gowdie, menuda sorpresa. —Era el pastor Forb.

Tan distraída andaba Brooke mirando a la visitante de Forb que no se percató de que él la había visto y había salido de la casa por la puerta principal, rodeándola para sorprenderla in fraganti.

Capítulo 40

El hallazgo del cadáver de Nimue había causado un buen revuelo en el castillo de Dounie. Por suerte, Flora estaba en casa de las Gowdie la última vez que vieron a la muchacha con vida, de lo contrario, estaba segura de que le hubieran cargado su muerte a ella misma.

Aunque tampoco quería cantar victoria. Su pobre hermana había sido prácticamente repudiada por todos en ese lugar, incluso por su esposo, ante la incompreensión de no saber qué demonios le ocurría.

David, Simon y Angus se hallaban en el gran salón, su intención era reunirse con varios de los miembros más importantes del clan y tratar el asunto de las muertes que en cada ocasión eran más y más violentas. Apenas habían enterrado a Iver y se habían encontrado con Nimue en unas condiciones que harían estremecerse al más fuerte de los guerreros.

Gracie, la sirvienta que se había topado con el macabro hallazgo, dio tres toques en la puerta de Flora y esta le indicó que entrara.

—*Lady* Flora, no sabía a quién recurrir. Los hombres están en el gran salón y me daba reparo entrar e interrumpirlos —dijo la muchacha con evidente nerviosismo.

—No te preocupes, dime, ¿qué se te ofrece? —preguntó Flora, extrañada de que alguien del servicio le hablara correctamente y la mirara a los ojos cuando lo hacía.

—*Lady* Eloise no se encuentra en sus aposentos y nadie me ha sabido dar razón de ella. Tampoco está en el cuarto donde hace labor. Además, en la cocina he encontrado esto —apuntó Gracie mostrándole a Flora un pasador que ella le había visto cuando hablaron ese mismo día.

Flora tomó el pasador entre sus manos y apretó la mandíbula.

—Ayúdame a vestirme, la buscaremos juntas —dijo Flora haciendo el gesto de salir de la cama.

—Vuestro esposo ha insistido en que os cuide y ha hecho hincapié en que si os veía abandonar el lecho, lo avisara de inmediato —dijo la muchacha de carrerilla.

—Muy bien, díselo —replicó Flora con un poco de malicia, pues la sirvienta le acababa de decir que le daba reparo interrumpir a los hombres en su charla.

—*Lady* Flora, por favor, me despedirán —suplicó Gracie.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —inquirió Flora poniéndose en pie.

—Me llamo Gracie, *lady* Flora —respondió ella con la cabeza gacha.

—Tú descubriste a Nimue, ¿cierto?

—Sí —balbució Gracie a punto del llanto, el recuerdo de la cabeza de la anterior sirvienta no la dejaba ni un segundo de paz.

—Quizá, la que tendrías que descansar eres tú. Es terrorífico lo que te ha ocurrido —dijo Flora dedicándole una mirada compasiva.

—No, prefiero no estar ociosa, trabajar me ayuda a olvidarme un poco de... Bueno, ya sabéis a lo que me refiero —aclaró Gracie con la voz trémula.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce, *lady* Flora.

Era prácticamente una cría y no olvidaría jamás lo que le había ocurrido en su segundo día de trabajo. Flora era consciente de ello y le insistió, para cambiar de tercio, en que la ayudara a vestirse y le diera el bastón.

Ambas bajaron a las cocinas y Flora le pidió a Gracie que le indicara el lugar donde había encontrado el pasador de Eloise.

Gracie le señaló el suelo, muy cerca de la puerta de acceso a las escaleras que conducían al sótano.

—Vamos —la instó Flora con decisión—, tendrás que ir delante con la antorcha, ¿podrás hacerlo?

La muchacha estaba aterrada, sin embargo, se armó de valor y comenzó a descender los peldaños iluminando el angosto lugar y Flora, apoyada en su bastón, fue tras ella.

Cuando estuvieron en el sótano, un lamento las sobresaltó a ambas.

Gracie iluminó la sala, no sabía precisar de dónde había venido.

—¡Ahí! —señaló Flora.

∞∞∞∞

Morgana irrumpió en el gran salón. Al ver que Brooke no volvía, hizo lo que ella le indicó en caso de que no regresara a su lado. Aunque no le fue tan fácil. Al llegar a Dounie, fue el mozo de cuadras el que le abrió el gran portón de entrada al patio de armas, pero se negó en redondo a que

ella interrumpiera a David de la reunión que mantenía con los miembros más importantes del clan.

Ella le dijo que era asunto de vida o muerte, pero el hombre no dio su brazo a torcer. Cuando iba a cerrarle la puerta en las narices, pidió entrar para realizar sus apremiantes necesidades. Él la miró con el ceño fruncido y le dijo un: «vete a cagar al campo, muchacha». Morgana gimoteó y le hizo ver que había muchos maleantes que podrían aprovechar la situación para dañarla e insistió en que solo sería un momento, que únicamente necesitaba ir a la letrina y se iría nada más terminar con su cometido.

El hombre había acabado por claudicar, momento que Morgana había aprovechado para colarse en el castillo.

El mozo de cuerdas fue tras ella, mas no consiguió darle alcance.

—¡¡¡Sir David..., tengo algo importante que decirlos!!! —gritó Morgana con la respiración agitada.

—¿Y no puedes esperar a que acabemos la reunión, muchacha? —inquirió Simon, enfadado por la interrupción.

—Me tendréis que disculpar, lord Lovat, el asunto es muy importante, así que no, no puedo esperar a que acabéis de hablar —dijo ella, sin querer revelar demasiado, pues no sabía si en aquel salón podría haber algún cómplice o, incluso, el asesino.

—Está bien. David, ve con ella, a ver qué demonios quiere —soltó Simon con hartazgo.

Para David fue un alivio más que un suplicio salir de aquella reunión. Todos hablaban a la vez y le era muy difícil poder leer los labios de cada uno. Y vale que gritaban, pero las conversaciones se mezclaban y se estaba perdiendo gran parte de lo que toda aquella gente decía.

David y Morgana salieron al patio de armas.

—David, por favor..., tienes que venir conmigo, el pastor Forb tiene a mi hermana, estoy segura de ello.

∞∞∞∞

Gracie desató a Eloise. Alguien la había golpeado en la cabeza hasta hacerla sangrar y luego la había atado y amordazado en el sótano.

—Vamos, llevémosla a sus aposentos —ordenó Flora, a quien sus maltrechos pies la estaban haciendo pasar un mal rato.

Subieron de nuevo los peldaños que conducían a la cocina y se dirigieron a su destino, con

no poca dificultad, pues Eloise estaba bastante aturdida, además de muerta de miedo.

Cuando consiguieron acomodarla en su lecho, Eloise agarró el brazo de Flora como si la vida le fuera en ello.

—Es ella, siempre fue ella —gimoteó Eloise—. Lair, la cocinera. Ella los mató a todos.

—¿Y por qué haría tal cosa? —inquirió Flora.

Eloise respiró profundamente y soltó:

—Por amor.

Capítulo 41

El pastor Forb y su cómplice retenían a Brooke. No les había sido fácil reducir a la muchacha, pues esta había luchado con uñas y dientes por zafarse de sus dos captores. Sin embargo, aunque el anciano era enclenque y, en apariencia, frágil, la mujer, que parecía dulce y delicada, hacía gala de una fuerza descomunal y desproporcionada.

Brooke acabó en el suelo, de espaldas, con la desconocida sobre ella.

—¿Así que querías saber demasiado? —preguntó el pastor caminando de un lado al otro con las manos detrás de la espalda.

—Solo pasaba por aquí, quería pedirte cuentas por haber retenido a mi tía contra su voluntad —mintió Brooke, aunque era un embuste con muchísimo sentido, al menos fue lo que ella pensó al soltarla sin más.

—Pues creo que no deberías haberlo hecho, has visto demasiado y no vamos a dejarte marchar. Lo entiendes, ¿verdad? —El pastor la miraba como si se tratara de un filete al que estuviera a punto de hincar el diente.

—No he visto nada, solo dos personas manteniendo una charla de la que no he escuchado una palabra. —Brooke continuó con la mentira, aquel día iba a hacer el cupo completo, pues solo le faltaba jurar en vano.

—No puedo creerte, la palabra de una bruja no vale nada —espetó Forb con una sonrisa sádica que helaba la sangre.

—Solo soy una curandera, preparo remedios con plantas y convivo en armonía con la naturaleza —dijo Brooke de corazón, pues aquello sí era cierto—. Por favor, no puedo respirar.

La secuaz de Forb seguía sobre ella y pesaba lo suyo.

—Retírate, Loch —ordenó.

La mujer hizo lo propio, si bien volteó a la muchacha y le ató las muñecas a la espalda para inmovilizarla.

Brooke cogió una gran bocanada de aire, aunque se hallaba en una postura cuando menos complicada, el tener libertad para respirar la había hecho sentir un alivio enorme.

—Loch, tienes que irte, has de arreglar tu asunto —anunció Forb, haciendo énfasis en la última palabra.

Loch, en silencio, se puso la capucha de nuevo y salió de la casa.

—Ahora que estamos solos, quizá tú y yo podamos entendernos y llegar a un arreglo beneficioso para ambos —susurró Forb al oído de la cautiva. Se hallaba sentado a horcajadas sobre su cintura y, para más inri, se había tomado la libertad de pasar su lengua por el cuello de esta.

—Soltadme, quiero irme a casa —suplicó Brooke, en ese momento estaba verdaderamente asustada e indefensa.

—Me encantan las brujas, ¿sabes?, y sobre todo las de larga cabellera y cuerpo de *selkie*^[11]. Casi diría que eres una de ellas.

»El diablo me ha tentado durante toda mi vida de innumerables formas. Durante mis primeros años luché con ahínco; quería ser un hombre de Dios y no caer en la tentación de su antagonista. Si bien no sirvió de nada, porque siempre, de una forma u otra, acababa por caer y cómo me gustaba. Cómo me agradaría contarte una historia. No vas a salir de aquí con vida, así que, ¿qué tengo que perder?

Forb se acercó al oído de Brooke y comenzó a hablar bajito y a narrar aquella historia que, de un modo u otro, era el preludio de lo que estaba por venir: su muerte.

Brooke rezaba todo lo que se le ocurría, pedía encarecidamente que aquella fábula fuera larga, muy larga, lo suficiente como para que pudiera ser rescatada.

No sabía determinar cuánto había durado aquel cuento e hizo lo posible por comprender por qué se lo contaba a ella, precisamente a ella. No veía que tuviera mucho que ver con la situación en la que se hallaba.

De pronto, un golpe derribó la puerta y el frescor de la noche se hizo presente.

—¡¡¡Suéltala, desgraciado!!! —la voz profunda y algo dificultosa del *highlander*, debido a su hipoacusia y al nerviosismo del momento, llenó la estancia.

David agarró al hombrecillo por el cuello de la camisa que este llevaba y prácticamente lo arrancó del cuerpo de Brooke y lo lanzó contra la pared donde se hallaba el saco que horas antes Beiste había apuñalado.

Él se apresuró a desatar a Brooke. Sin embargo, Forb, aunque dolorido, se levantó del suelo y tomó la daga con la que pretendía darle muerte a Isobel para hacerlo ahora con David.

David no se percató de que Forb se había levantado, el hombre, a sabiendas de la discapacidad auditiva de su adversario, tuvo a bien ser silencioso, muy silencioso.

Sonrió complacido, por fin había llegado el momento que esperaba desde hacía mucho

tiempo, y la suerte de nuevo había estado de su parte. David moriría y Brooke Gowdie sería la culpable de todo, claro está que nadie la creería, le daría suficiente pan de hadas como para callarla de por vida.



Gracie bajó a la cocina a por un poco de agua para Eloise, allí encontró a Lair, visiblemente nerviosa.

—Hola —balbució la chiquilla, temerosa.

—¿Se puede saber dónde te metes? —la reprendió Lair recuperando la compostura.

—He bajado a por agua para *lady* Flora —mintió Gracie, como esta le había indicado que hiciera si por casualidad se topaba con ella.

Lair le clavó sus ojos y escrutó su mirada. De inmediato esbozó una sonrisa que a Gracie le heló la sangre.

Puede que sí, que Gracie no supiera nada, pensó Lair. Sin embargo, al verla le había cambiado la expresión y se había quedado pálida. ¿Y si la habían descubierto?, acababa de llegar al castillo y no había tenido tiempo de bajar al sótano a terminar lo que había tenido que dejar a medias, pues había demasiada gente en Dounie ese día, no podía arriesgarse a que la descubrieran.

Lair asintió con la cabeza y Gracie se dispuso a llenar una jarra de cristal con el agua que ella misma había tenido que recoger al final del otro pozo.

Temblaba de arriba abajo y tuvo que hacer de tripas corazón para que Lair no se percatara.

Cuando la muchacha salió de la cocina, Lair se dispuso a bajar al sótano. Sin embargo, se llevó la mano a la boca, aterrorizada, cuando vio justo en el suelo un rastro de sangre seca.

Abrió la puerta y sacó de su calcetín su cuchillo *sgian dubh*. Encendió una lámpara de aceite y descendió los peldaños que la conducían al sótano con sigilo. Cuando descendió el último escalón y llevó la luz hacia el rincón donde había dejado a Eloise, herida, atada y amordazada, solo halló las ataduras.

Capítulo 42

Tenía que marcharse, debía hacerlo. Si Eloise había conseguido escapar, ya la habría delatado. Subió de nuevo a la cocina con celeridad y se dirigió a la habitación que hasta ese momento había sido la suya, que compartió siempre con Nimue, hasta que no le quedó otro remedio que silenciarla, ya que la había sorprendido y no se podía dar el lujo de que se lo dijera a lord Lovat, mucho menos a él, a David.

Lo amaba, y justo ese sentimiento se había convertido en su condena. Su cometido era fácil, matar a todos los Fraser hasta que no quedara ninguno. Si bien no había podido cumplir con la petición. En un primer momento, cuando él se lo ordenó, le pareció algo fácil que podría completar en varias semanas, antes de marcharse y que nadie más pudiera saber de ella. Pero el maldito amor se coló en cada poro de su piel sin ser llamado; aquellos ojos verdes tuvieron la culpa, con su brillo y su pureza la hicieron desviarse del camino marcado.

Metió todas sus pertenencias en un hatillo. Recordó el último que hizo, fue para Flora, la segunda mujer que había intentado arrebatarle a su amor, aunque esta última tenía algo que la anterior ni olía: el corazón de David. Le puso cuatro panecillos de hadas, de esos que utilizaba su madre cuando quería deshacerse de alguien y que tan bien le enseñó a ella a amasar; si la hubiera enseñado también a sobrellevar el desamor, no se hallaría en una angosta emboscada de difícil salida.

Se puso de nuevo la capa y salió de su cuarto como una exhalación. El castillo parecía en calma, era como si no hubiera nadie y fue consciente de que los hombres del clan todavía estarían reunidos, reunidos para cazarla a ella. Si se encontraba con alguien podría pasar inadvertida si se metía el hatillo bajo la falda. ¿Pero y si ya sabían que ella había golpeado a Eloise? No, no podía cruzarse con nadie.

Pensó en hacer aquello para lo que tenía una habilidad innata. Las personas, en ocasiones, veían lo que querían ver y no se percataban de la realidad, de la ilusión que tenían ante ellos. Solo podía hacer uso de su poder cuando podía penetrar a su víctima con la mirada, de lo contrario, iba a ser muy difícil, incluso imposible.

Se escurrió por cada pasadizo como una sombra más, por cada peldaño, cada rincón, hasta llegar al patio de armas y alcanzar la barbacana.



Un golpe seco en la cabeza lo hacía yacer en el suelo, inconsciente. Isobel respiraba con agitación.

—¿Estás bien, muchacho? —inquirió Isobel con una sartén en la mano.

David asintió, el juego de sombras que producía la luz de la lámpara de aceite que iluminaba la estancia le había dado la información que necesitaba, Forb intentaba clavarle la daga por la espalda, pero cuando se dio la vuelta para evitarlo, ya lo tenía a él y a la punta de su daga prácticamente sobre su cuerpo, por suerte, Isobel, al ver que sus sobrinas no regresaban a casa, se había dirigido a la del pastor y, al hallar la puerta partida y derribada en el suelo, se había internado en la misma hasta descubrir a Forb a punto de darle muerte a David. Una mirada rápida en derredor le había bastado para hallar el utensilio ideal para impedirlo.

—Sí, gracias a ti, Isobel, no sé cómo podré pagártelo —asintió David, muchas habían sido las veces que había tenido la muerte cerca, mas no se acostumbraba a ello y todavía sentía el sabor acre del miedo.

David terminó de desatar a Brooke y se dispuso a hacerlo con el pastor Forb.

—He de llevarlo ante mi padre, él sabrá qué hacer. Un hombre de Dios no puede comportarse como lo hace él —argumentó David.

Isobel asintió con la cabeza, si bien, no las tenía todas consigo. No por lord Lovat y mucho menos por Angus, sino por el grupo de lugareños que seguían a Forb a pies juntillas. El hombrecillo les contaría cualquier falacia y ellos lo apoyarían a muerte. Diría que lo habían intentado silenciar por decir la verdad acerca de ella y su familia, que eran brujas por mucho que ellas y los Fraser lo hubieran negado.

Isobel había venido con el carro, donde depositaron a Forb. Todos se dirigieron a Dounie, ya era hora de poner las cartas bocarriba.

∞∞∞∞

Lair vio un carro y un caballo aproximarse. El carro lo conducían dos de las Gowdie, y el caballo lo montaba el motivo de todos sus actos fallidos.

No le dio tiempo a reaccionar, pues David la vio.

—Lair, ¿a dónde vas? —preguntó David al verla ataviada con una capa en la entrada del castillo.

—Solo a dar un paseo —dijo la muchacha con tranquilidad.

—¿A estas horas?, deberías tener cuidado, hay muchos maleantes por esos caminos. Por cierto, aquí traemos uno y es de los que jamás imaginarías que lo es.

Brooke arrugó el ceño. La había visto de lejos, pero aquella piel nívea, la voz aterciopelada

a la misma vez que áspera.

Lair esbozó una tenue sonrisa que le dedicó a David y asintió con la cabeza antes de cruzar el umbral.

—Es ella..., sir David, es ella, la mujer que estaba con Forb y de la que le he hablado cuando veníamos hacia aquí.

David la miró de soslayo.

—¿Estás segura? —inquirió David.

—Segurísima, es ella.

David se dispuso a seguirla, pero fue inútil, la noche la había arropado entre sus sombras.

Capítulo 43

Érase una vez un hombre que consiguió quitarle las bridas a un *kelpie* mientras este intentaba ahogarlo. La buena fortuna había hecho que tuviera unas en su poder.

El *kelpie*, al ser consciente de que había sido derrotado, comenzó a ascender para salir a la superficie, pues ya no le era posible respirar bajo el agua. Cuando lo consiguió, nadó con el desconocido montado sobre él hacia la orilla y salió de las aguas, para hallarse en tierra firme, cautivo de su presa.

Cuando consigues cambiarle las bridas a un *kelpie*, te conviertes en su nuevo amo y eso fue precisamente lo que ocurrió.

El *kelpie*, triste por la pérdida de su poder y su libertad, se transformó en una bellísima y joven dama de negra cabellera larga hasta muy por debajo de la cintura.

El hombre sonrió complacido.

—Si haces todo lo que te digo, te devolveré tus bridas y con ello tu libertad.

La joven *kelpie* aceptó el trato y se convirtió en yegua de nuevo para llevar al hombre de vuelta a su casa. Una vez allí, este le pidió que fuera su esposa y ella accedió, todo sería temporal y podría recuperar sus bridas tarde o temprano.

Pero el tiempo pasó y ella seguía cautiva de aquel horrible individuo que la poseía cada noche y decía amarla..., amarla, a ella. No, ella jamás podría devolverle aquel amor, no se puede dar amor a quien te ha cortado las alas, a quien ha decidido arrebatarle lo más preciado que tienes: tu capacidad de decidir.

Pasados unos meses, el vientre de la joven comenzó a abultarse y fue consciente, al notar los movimientos en este, de que esperaba un bebé.

El bebé nació una noche de luna llena, era una preciosa niña que lloraba y lloraba sin cesar.

La joven *kelpie* adoraba a su bebé y se refugió en el cariño que esta le brindaba. Y los años pasaron entre la miseria que la hacía vivir el hombre y el amor hacia su hija.

Él las tenía ocultas en un lugar recóndito del bosque, no quería que nadie supiera que tenía una familia, mucho menos que su esposa era una *kelpie* y su hija una mezcla entre humano y criatura mitológica.

El hombre arribaba a la casa cada noche y dormía con su esposa. Por la mañana se marchaba y vivía una vida al margen de su pequeña familia.

Los años transcurrían uno tras otro, como piedras que cargaban a su espalda. Todavía seguía encadenada a su amo, y este le había mentido y no le había devuelto las bridas, por mucho que ella se las pidió durante todo aquel tiempo, siempre había un pretexto para no hacerlo.

Un día, mientras tendía la ropa, una anciana se aproximó hacia ella y la observó con unos ojos coronados por las arrugas más profundas que había visto jamás.

—Joven, ¿podrías darme algo de comer?, llevo muchos días caminando y estoy hambrienta —dijo la anciana.

Kelpie asintió y la hizo pasar al interior de la casa. La pequeña jugaba con unos muñecos de madera frente a la chimenea.

—Esa es mi hija, ¿a que es preciosa? —preguntó ella, orgullosa.

—Sí, lo es, pero está triste, su mirada lo está, como la tuya. ¿Puedo saber por qué? —preguntó la anciana escrutando a Kelpie con su mirada.

—No soy humana, soy una *kelpie* y mi esposo tiene en su poder mis bridas y jamás me las devolverá.

—Maldito ladrón..., la providencia ha hecho que me cruce hoy en tu camino, porque yo sé la forma en que te puedes librar de él —soltó la anciana mientras metía la mano en su zurrón y extraía un bollo de pan, tan fragante y apetecible que a punto estuvo ella de echárselo a la boca.

—¡No!, muchacha, ¿crees que pediría comida si este pan pudiera servirme de alimento? No..., este es un pan mágico que hará que ese hombre desaparezca para siempre.

—Pero es el padre de mi hija, ¿cómo voy a hacerle eso a ella? —preguntó Kelpie.

—Y tú eres la cautiva de ese hombre, ¿cómo eres capaz de sentir piedad por él? Si te amara de verdad, haría a un lado su egoísmo y te dejaría marchar, pero él no te ama, y mucho menos a tu hija. Lleva una vida en otro lugar, y a todos oculta tu existencia y la suya.

Kelpie rechazó el pan de la anciana y esta, tras guardárselo de nuevo en el zurrón, desapareció dejando el cuenco de caldo que la muchacha le había preparado todavía intacto y humeante.

Capítulo 44

David entró en los aposentos de su madre de modo impetuoso, Gracie lo había informado de lo ocurrido nada más verlo. Allí estaban Flora y Morgana, junto a Eloise. Morgana había curado sus heridas. Fue casualidad que Gracie se la encontrara en el patio de armas, justo antes de marcharse a su casa, ya que David, al saber lo ocurrido con Brooke, había abandonado Dounie sin molestarse en decir adiós.

Isobel y Brooke entraron tras él.

—¿Qué ha ocurrido, madre? —preguntó David, arrodillándose junto al lecho y tomando la mano de su progenitora con dulzura.

—Fue ella, hijo, todo lo hizo ella. Me lo confesó..., confesó verdaderas aberraciones. También me dijo que iba a matarme, que ya no tenía nada que perder, que si conseguía su cometido sería libre y que ya estaba muy cerca de cumplir con lo que le habían encomendado.

—¿Qué le habían encomendado y quién?, ¿te lo dijo? —inquirió David, con la voz rota por las ganas de llorar que trepaban por su garganta y le impedían expresarse con claridad.

—No, solo me dijo que yo debía morir y que pronto acabaría todo. Pero fue ella quien mató a Freya, aunque fue un error. Hijo, no sabes lo que confesó..., no era Freya quien debía morir, sino tú. El vino estaba envenenado con atropa belladona.

»Esa noche ibas a cenar con Freya, en su habitación. Te había citado con el pretexto de tratar un tema importante sobre vuestro matrimonio, mas no fue ella quien lo hizo; fue Lair. No te lo imaginas, tiene el poder de hacerte ver lo que ella quiere si te mira fijamente, me lo demostró. Ante mis ojos se convirtió en tu padre y luego en ti, David. Reía y reía al ver mi expresión de asombro. No te lo puedes imaginar, hijo mío. Pasé muchísimo miedo.

»Lair se arrepintió de su plan en el último momento y se hizo pasar por ti para decirle a Freya que acudiera a sus aposentos con el mismo pretexto, hablar, llegar a un acuerdo con respecto a vuestro matrimonio, unión que no os hacía felices a ninguno de los dos. Y Freya acudió, pero tú no lo hiciste porque ella te tuvo entretenido —dijo Eloise arrepintiéndose al acto. Flora los observó a ambos sorprendida, lo había entendido a la primera, aunque su suegra hubiera intentado disimular, no había que ser muy inteligente para saber lo que significaba que Lair hubiera entretenido a su esposo—. Freya, al ver que no acudías a la habitación, se sirvió una copa de vino y...

—Todo eso es tan enrevesado, tan mezquino... —David recordó las ocasiones en las que

había visto a Freya extraña, con una sonrisa tensa, igual a la de Flora cuando la halló en el bosque y a la de su madre cuando lo acarició y lo miró de forma impropia.

—¿Tratáis de decir que Lair cambiaba de forma? —preguntó Flora con la sensación de que su suegra desvariaba, aunque al recordar la agresión de David y a aquella Eloise que la convenció para que se marchara y que le dio los panes envenenados, se planteó que la mujer no podía andar desencaminada.

—Ella dice que tiene el poder de hacer que los demás vean lo que quieren ver, que poco más que mirar fijamente a los ojos tiene que hacer para ello. Además, no se llama Lair, se llama Loch.

—Loch..., así la llamó el pastor Forb cuando estuvo en su casa —aclaró Brooke.

—Por cierto, tenemos al pastor en las mazmorras, intentó matar a Brooke y también a mí cuando trataba de rescatarla.

—Pero ¿qué tienen que ver el pastor Forb y Lair?, ¿por qué ha matado luego a más personas? Y ¿por qué intentó hacerlo también conmigo? —preguntó Flora, mientras negaba con la cabeza.

—Nimue e Iver fueron daños colaterales, al menos fue lo que ella dijo. Ambos sabían demasiado. El capataz era el amante de Freya, me lo ha dicho esa desgraciada. La pobre Nimue la confrontó, descubrió que se hacía pasar por ella para darle panecillos a Hope y a Flora, la amenazó con contárselo todo a Simon. Fue entonces cuando le cortó la cabeza con el hacha de cortar leña y la tiró al pozo —explicó Eloise.

—El primero que comí me lo dio Lair, y me dijo que había sido su madre quien le había enseñado a hacerlos. ¿Por qué hizo todo eso?, sigo sin explicármelo. —Flora se repetía y David sentía punzadas de remordimiento en su interior.

—Flora..., ella y yo —comenzó a decir David, avergonzado.

A Flora no le hicieron falta más palabras para deducir qué quería decirle su esposo.

Flora decidió no seguir por aquel sendero, ya hablaría con David más tarde. Estaba claro que aquella conversación la debían tener a solas.

—Es todo tan horrible, pretendía acabar con todos nosotros, con todos los Fraser —gimoteó Eloise.

—Creo que será mejor que le demos algo para que descanse, está muy alterada con todo lo ocurrido —intervino Isobel, quien había permanecido en silencio durante todo el tiempo que llevaban allí.

—Yo me quedaré con ella —apuntó Morgana.

Gracie también se ofreció. Los demás salieron de la estancia.

Isobel y Brooke se despidieron de Flora y David, no sin antes advertirles que tuvieran mucho cuidado por si Lair regresaba. Isobel les rogó que no se quitaran la piedra que los protegía por nada del mundo.

—Podrá confundiros, pero no le durará el hechizo, las piedras de druida son muy efectivas ante casos como este.

Una vez se hallaron solos, David no supo bien como abordar el tema. No le había pasado inadvertida la decepción en la mirada de Flora.

—Flora, yo... —dijo con tiento.

—Lair era tu amante, ¿cierto? —inquirió ella con dureza.

David agachó la cabeza.

—Así que la noche en que murió mi hermana estabas con ella..., ¿cómo pudiste?

—No puedes reprocharme eso, Flora, yo no sabía nada, me acabo de enterar al igual que tú de la autoría de Lair.

—¿De verdad que no te diste cuenta?, ¿no intuías que se había enamorado de ti y por ello quería quitarse de encima a toda mujer que estuviera a tu lado? —preguntó Flora con furia que no contenía.

—Se me pasó alguna vez por la cabeza, pero Lair jamás demostró ser una asesina. Demonios, Flora, ¿cómo iba yo a saberlo?, ¿no te has dado cuenta de lo que ha explicado mi madre?, te juro que llegué a pensar que estaba bajo los efectos del maldito pan de hadas.

—¿Desde cuándo? —inquirió Flora apoyándose tan fuerte en el bastón que parecía querer traspasar el suelo.

—No preguntes más, Flora —dijo David a punto del llanto, no quería mentirle y la verdad, si ella seguía preguntando lo que se temía que iba a preguntarle, podría ser muy dolorosa para ella.

—David..., ¿has seguido viéndote con ella? —Ahí estaba la pregunta que David esperaba con verdadero pavor.

—Flora, lo siento... —Las lágrimas afloraron de los ojos de David sin que este pudiera hacer nada por contenerlas—. Cuando creí que me habías abandonado por otro hombre, quise morirme y...

Flora negó con la cabeza y antes de darse media vuelta, sentenció:

—No sabes cómo me has decepcionado. Al amanecer me iré de Dounie, y esta vez porque yo así lo deseo. No quiero volver a verte jamás, David Fraser.

—Flora... —David se arrodilló y abrió los brazos—, yo te amo, por favor, no te vayas.

Pero las súplicas del *highlander* no fueron suficiente motivo para que Flora desistiera de sus intenciones. Si nada lo impedía, a la salida del sol, abandonaría Dounie para siempre.

Capítulo 45

Loch entró en casa del pastor Forb. A él se lo habían llevado a Dounie, lo había visto en el carro de las Gowdie, prisionero. Debía encontrarlas, si lo hacía, podría huir y olvidarse de todo y de todos, aunque dejar de amar a David Fraser le iba a ser difícil.

¿Cómo una mujer como ella había sido capaz de llegar a albergar amor en su alma, si esta estaba corrupta?

Con celeridad, comenzó a registrar cada recoveco de la humilde casita, mas no halló lo que buscaba.

Recordó a su madre y cómo la abandonó a su suerte cuando ella solo era una niña. Ella simplemente murió, después de aceptar la ayuda de una anciana que se presentó en su casa varias veces y a la que su progenitora le había prohibido abrirle de nuevo la puerta.

Loch había escuchado a escondidas la conversación de las dos mujeres:

—Has de darle este pan, no podrá resistirse a su olor y a su sabor. Al principio no notará mucho los efectos, pero volverá a por más y más; tú, como esposa amorosa y abnegada, lo amasarás para satisfacerlo, yo te enseñaré. Y verás como por fin podrás librarte de él.

—No quiero dañarlo, solo debilitarlo para poder recuperar mi libertad, por Dios..., es el padre de mi pequeña —dijo la madre de nuevo.

—Veo que sigues sin comprender que ese hombre no merece tu compasión, quizá no estés preparada todavía —gruñó la anciana antes de levantarse y comenzar a recoger los panecillos que un momento antes había depositado sobre la mesa.

Su madre la detuvo agarrándola por la muñeca.

—Estoy preparada y convencida de lo que voy a hacer —intervino con decisión.

La anciana le dedicó una sonrisa tensa y aterradora, al menos, a ella se lo pareció.

—Mi ayuda tiene un precio, así que has de comprometerte a cumplir con tu parte, tanto si consigues tu objetivo como si no.

—Lo sé —apuntó su madre con la cabeza gacha—. Y mi pobre niña, ¿qué será de ella?

—Eso, querida, no es asunto mío —sentenció antes de levantarse y marcharse, dejando sobre la mesa cuatro panecillos fragantes y apetecibles.

Su madre se echó a llorar desconsolada y Loch salió de su escondite.

—¿Mamá?, ¿qué te ocurre? —preguntó con dulzura.

—Nada, hija mía, ven aquí, déjame abrazarte —dijo su madre abriéndole los brazos para cobijarla entre ellos.

La pequeña corrió a su encuentro y ambas se fundieron en un solo ser.

Cuando se separaron, Loch tomó uno de los panecillos entre sus manitas.

Su madre se lo quitó con dureza.

—Nunca vuelvas a tocar este pan, ¿me oyes? —espetó.

—¿Por qué?, huele muy bien y tengo hambre.

—Este pan sirve para hacer justicia, y para que podamos ser libres las dos para ir al lugar de donde vengo y del que tanto te he hablado.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo se hace justicia con un pan? No lo entiendo.

—Esto, vida mía —dijo su madre sosteniendo uno de los panecillos con una de sus manos —, se llama pan de hadas. Sirve para que las personas malas se aparten de tu camino y tú puedas seguir adelante, ¿me entiendes?

—Yo quiero aprender a hacerlo, mamá, ¿me enseñarás?, ¡quiero hornear..., quiero hornear! —exclamó la pequeña, ilusionada.

Su madre le acarició la mejilla.

Todavía sentía el roce de sus dedos diecisiete años después e instintivamente se llevó la mano al rostro.

—Mamá —susurró—, yo seré libre por ti.

Horas pasó poniendo la casa patas arriba, era la primera vez que podía hacerlo, que él no la podía controlar. Estaba a punto de claudicar, cuando a su paso un tablón del suelo se movió de modo extraño. Loch se agachó con curiosidad.

Palpó el tablón y se percató de que estaba suelto. Lo levantó y lo extrajo, al igual que hizo con el adyacente y con dos más.

Lo apartó a un lado y quitó varias telarañas antes de coger un trozo de tela enrollado que halló. Lo desenrolló y el brillo de un precioso collar la obnubiló.

—¡Oh! —exclamó Loch—, es precioso.

Sin pensárselo más, se probó el collar y este se aferró a ella como si llevara toda la vida esperándola.

De pronto, sintió que su cuerpo ardía, que todo daba vueltas en derredor y un dolor muy fuerte atenazaba su ser.

Loch gritó con todas sus fuerzas, hasta que fue consciente de que ya no era humana, por el contrario, se había convertido en una hermosa yegua negra, cuyas bridas iluminaban toda la estancia.

Entonces la sintió, su madre había penado tanto tiempo por sentirla también, era la libertad, que acariciaba sus crines y la instaba a galopar y galopar con el fin de volver a casa. Y así lo hizo.

La brisa le susurraba palabras de aliento, el amanecer la había sorprendido con su candor y allí estaba ella, trotando libre por el bosque. Sin embargo, hubo algo que la hizo volver a la realidad, que la obligó a pensar en quién era y qué podría hacer para devolverle a David todo el daño que este le había hecho a ella, ilusionándola para luego abandonarla definitivamente por otra mujer, por ella, que caminaba renqueante por el bosque, sin más equipaje que un pequeño zurrón.

Se aproximó a ella y se detuvo muy cerca. Relinchó.

—¿Qué te ocurre, preciosa?, ¿te has perdido? —preguntó Flora con dulzura al verla.

La yegua volvió a relinchar.

—Tu dueño estará preocupado —dijo Flora acariciándole la quijada.

Flora se despidió del animal y continuó con su camino, pero la yegua, cual perrito, la siguió. La muchacha tenía la impresión de que aquella yegua le pedía a gritos que la montara, que ambas estaban solas y se necesitaban, y la verdad es que era cierto, sus pies no estaban totalmente recuperados y le dolían.

Llegó a pensar que había sido el mismo Dios quien le había enviado al animal para que la ayudara a volver a su casa, así que, con cuidado, la montó.

Capítulo 46

David, en esta ocasión, no dejó que Flora se le escapara así como así. Con cuidado de no ser descubierto, la siguió. Sabía que no llegaría muy lejos con sus pies heridos.

Sin embargo, a medida que Flora caminaba, más seguro estaba David de a dónde se dirigía: a Ghrian. ¿Por qué iría allí ella sola?, las obras de construcción de la casa hacía muy poco que habían empezado y ahí lo único que había era aquella tienda improvisada que ambos habían montado semanas antes.

Lo que él ignoraba era que ella quería despedirse de aquel lugar mágico donde había sido tan feliz, y en el que había imaginado que acabaría sus días junto a David. Sin embargo, la traición se había clavado en su alma como el más afilado de los puñales, y se había llevado con ella todos los sueños que atesoraba en su ser.

Ya nunca contemplarían el amanecer en Ghrian, y mucho menos la puesta de sol. Ella sí lo haría por última vez, el ocaso de aquel día sería el de su amor por David, así que se prometió a sí misma no volver a amarlo nunca más. Al día siguiente comenzaría su nueva vida. Volvería a su casa, junto a su padre, y tendría una vida tranquila, alejada de los dedos largos y afilados del amor.

Si su padre osaba intentar una boda con cualquier otro hombre, se opondría con todas sus fuerzas, y, si hacía falta, huiría, pero jamás nadie volvería a erigirse en dueño de su voluntad.

David vio que Flora se detenía de pronto ante un caballo negro y ensillado que desprendía una luz especial.

Se rascó la cabeza y la leyenda que tantas veces le contó Hope cuando solo era un niño acudió a su mente, golpeándola sin piedad.

Una palabra, solo una palabra necesitó para saber que Flora corría un grave peligro: *kelpie*. Y pudo comprobar que no erraba en su intuición cuando vio como el equino galopaba desbocado con Flora sobre él, el animal parecía furibundo y salvaje. Sus ojos eran como perlas de fuego y sus crines serpientes. Flora gritaba, pedía ayuda, si bien él escuchaba retazos de su voz amortiguada. David corrió hacia el *kelpie*, pero sus piernas, aunque fuertes y veloces, no lo eran tanto como para alcanzarlo.

—¡¡¡Flora!!! —bramó.

Flora, al escuchar la voz de David, gritó con todas sus fuerzas, con la intención de que él la

oyera. El *kelpie* se dirigía al lago y Flora estaba aterrada. Sacó su *sgian dubh* del calcetín y apuñaló al animal en el cuello para que detuviera su marcha frenética. Mas solo consiguió relinchos y relinchos, pero nada de debilidad, por el contrario, el *kelpie* cada vez parecía ser más y más fuerte.

El lago estaba muy cerca y ella miró hacia atrás, a lo lejos vio a David que corría hacia ella mientras la llamaba a gritos. De pronto, el agua helada cubrió sus pies, trepó hasta sus caderas, se deslizó por su torso y engulló su cabeza.



Simon y Angus se hallaban en las mazmorras, el pastor Forb estaba sentado en una silla, con las manos atadas a su espalda y ambos pies engrilletados.

—He de decir que me apena que un hombre de Dios se preste a acciones que son más propias del diablo, ¿no creéis? —inquirió Simon con dureza.

—Habláis muy a la ligera de Dios, lord Lovat, cuando protegéis a cinco brujas que viven al amparo de vuestro clan.

—Esas mujeres han ayudado a mucha gente, pastor. Jamás han hecho daño a nadie, solo viven solas, sin un hombre, y creo que ese es el motivo real de que las consideréis brujas, ¿no es cierto? —preguntó Angus, con las manos en puños.

—Son capaces de hacer sucumbir a cualquier pobre mortal sin la suficiente voluntad. Yo soy la palabra de Dios y él me ha hablado, me lo ha dicho claro, hay que darles muerte a esas mujeres, de lo contrario, este pueblo perecerá en las llamas del infierno —soltó Forb en el tono que utilizaría en uno de sus sermones.

—No os atreváis a escudaros en Dios ni en la iglesia para justificar que habéis sido capaz de matar para conseguir vuestros fines —espetó Simon.

—¿Qué pretendíais, pastor? —inquirió Angus con rabia, saber que había secuestrado a Isobel lo enfurecía sobremanera.

—Solo quería hacer justicia y librar a mi pueblo de las brujas. Las brujas tienen la culpa de todas las desgracias y han de perecer en las llamas purificadoras —soltó Forb.

Angus y Simon se miraron. El *laird* rodó los ojos.

—¿Qué tiene que ver Lair con vos? —preguntó Simon de pronto.

—Lair..., no conozco a ninguna Lair.

—No somos estúpidos, vieron a Lair, nuestra cocinera, acudir a su casa. Además, sabemos que es su cómplice.

El pastor esbozó una sonrisa tensa y se encogió de hombros.

—Se llama Loch, y es mi hija. Ahí donde la ven, con su apariencia angelical, es una mujer muy poderosa, que, en cuanto sepa que estoy en peligro, me liberará.

—Está muy seguro de ello, ¿cierto? —intervino Angus mientras se cruzaba de brazos y negaba con la cabeza.

—Yo tengo el control sobre mi hija, ella besa el suelo por donde piso y pisa a todo el que intenta dañarme, así que yo, si fuera vos, me soltaría —les advirtió el pastor Forb, con un cinismo impropio de un prisionero y la seguridad que saldría de allí muy pronto.

—Pues tengo entendido, pastor Forb, que su amorosa hija puso pies en polvorosa tan pronto como os apresamos —anunció Simon.

—Eso es imposible, Loch jamás me dejaría, no puede..., no puede, a menos que... —La expresión del pastor Forb cambió a una de cólera y comenzó a gritar—: ¡¡¡Necesito salir de aquí!!!, ¡¡¡Por piedad!!!, ¡¡Por piedad!!

Capítulo 47

No llegar a tiempo, perder a su esposa por no tener la suficiente fuerza en sus piernas para darle alcance al kelpie. Se maldijo a sí mismo por no haber seguido a Flora a caballo, aunque el sonido de los cascos lo hubieran delatado al instante.

Arribó a la orilla del lago donde segundos antes había visto desaparecer la cabeza de Flora en las aguas turbulentas de aquel maldito cenagal en el que se había transformado al hacer su entrada el *kelpie*. David no se lo pensó y se zambulló en las aguas lodosas con el fin de rescatar a su esposa.

El lodo le dificultaba la búsqueda y tal parecía que no hallaría a Flora, que la perdería sin remedio.

—No, mi amor, no —dijo con desesperación entre zambullida y zambullida.

Estaba completamente lleno de barro, y le era muy complicado permanecer más de unos pocos segundos inmerso, ¿cómo estaría Flora? Le sería muy difícil sobrevivir, si al menos fuera agua clara...

Buscó y buscó sin hallar ni rastro de su amada ni del malvado *kelpie* que se la había llevado.

David no pudo evitar romper a llorar.

—Todo esto es por mi culpa, si te hubiera dejado en paz, si no me hubiera obcecado con casarme contigo, con hacerte ver que valía la pena y con amarte de modo egoísta, ahora estarías sana y salva en tu hogar, con tu padre, lejos de mis podridos tentáculos. ¡Demonios! ¿Cómo he podido ser tan desgraciado? —David se lamentaba mientras buscaba sin hallar a la mujer de su vida.

El corazón le dolía, la culpa atenazaba su alma. Pidió a Dios que le dejara cambiarse por ella, por Flora.

Había pasado mucho tiempo, el suficiente como para que Flora no hubiera sobrevivido, y David quiso morirse, ¿cómo volver el tiempo atrás para rectificar en el momento justo?

Salió del lago y se quedó en la orilla, de rodillas, mientras un sonido animal emergió de su garganta, era el dolor en forma de voz gutural, de bramido, de grito desgarrador.

Y lloró, lloró mucho. Tanto que sus casi embotados oídos a punto estuvieron de pasar por

alto el hilito de voz que decía su nombre.

David abrió mucho los ojos, la piel de sus párpados tensa por el barro. Se volteó con rapidez y atisbó a ver la cabeza de Flora.

—Dàna —balbució y agradeció en silencio a la fuerza divina que lo hubiera ayudado mientras se metía de nuevo en las aguas sucias de aquel maldito lago.

Cuando estuvo a la altura de Flora, esta le dijo con voz temblorosa:

—Ayúdame, tenemos que sacarla de aquí, de lo contrario, morirá.

David entrecerró los ojos. Flora sostenía a Lair por debajo de las axilas e intentaba sin mucha suerte llevarla hacia la orilla.

Él, de inmediato, las agarró ambas con uno de sus fuertes brazos y tiró de ellas mientras con el otro trataba de nadar.

Flora, en cuanto sintió que tenía las fuerzas suficientes, le pidió que la soltara y cogió a Lair por un brazo.

Ambos consiguieron sacarla al fin del lago.

Lair no respiraba y David posó sus labios sobre los de ella para auxiliarla.

Fueron unos tensos segundos hasta que comenzó a toser y a escupir agua sucia.

—Es Lair..., Dios mío —dijo David, impresionado.

—Creo que fue la *Gloin nan druidh*. Me protegió y pude salir a flote. Aunque ella no tuvo tanta suerte —dijo Flora jadeante.

—David —balbució Lair—, ahora soy libre. Necesito que me perdone por todo el daño que os he hecho a ti y a Flora.

—No hables, Lair, has de reponerte —intervino Flora.

—Necesito decir la verdad, ahora puedo hacerlo, no me queda mucho tiempo —dijo entre lágrimas.

David le hizo un gesto a Flora para que la dejara hablar.

—Me llamo Loch, y soy hija del pastor Forb. Mi padre me ha tenido cautiva todo este tiempo. No me miréis así, podía moverme a mi antojo, pero no hacer mi voluntad. Mi madre era una kelpie y ese hombre le cambió las bridas, con ello la dejó sin libertad, además de convertirla en su esclava.

»Se casó con ella y la mantuvo oculta en una casita en el bosque. Un tiempo después nació yo, medio humana, pero también con mi mitad de kelpie y un gran poder, que mi padre supo

aprovechar en su beneficio para hacer el mal.

»Yo nunca quise matar a nadie, mas no tenía otra opción, si despojas a un kelpie de sus bridas, lo dejas a merced del ladrón.

—Pero a quien Forb le quitó las bridas fue a tu madre, ¿cierto?, ¿por qué tenía tanto poder sobre ti entonces? —preguntó David con el ceño fruncido.

—Mi madre prometió el alma de mi padre a una anciana que la ayudó a deshacerse de él, no obstante, había una condición, si fallaba, si no conseguía deshacerse de Forb, tendría que entregar su propia alma y su vida. Mi madre envenenó a mi padre con el pan de hadas, pero él consiguió restablecerse en cuanto supo el motivo de su enfermedad.

—Y tu madre murió...

—Sí, ella murió y me dejó sola, a merced de mi malvado padre. Al ser hija de un kelpie al que le han cambiado las bridas, yo también estaba bajo el poder del ladrón de estas.

»Viví mucho tiempo sola, en la casa donde crecí en medio del bosque. Mi padre me visitaba a diario, hasta que un día me comunicó su plan.

Yo trabajaría en el castillo Dounie, él mismo se ocupó de pedirle a lady Eloise que empleara a una pobre huérfana. ¡Qué ironía!, y trazó su malévolo plan.

De pronto, Loch dejó de hablar y sus ojos se cerraron.

—Tenemos que llevarla a Dounie —anunció David.

Por suerte, no se habían alejado mucho del castillo y consiguieron llegar en menos de una hora. Morgana, que había pasado la noche pendiente de Eloise, acudió enseguida al cuarto que solía ocupar Lair para examinarla.

—Está bien, solo algo cansada, será mejor que la dejemos dormir —dijo Morgana con aplomo.

—No sé si nos podemos fiar —apuntó David—, después de todo lo ocurrido.

—Tranquilo, yo me quedo con ella, si hubiera cualquier novedad, te avisaré —lo conformó Morgana.

David, aunque no muy convencido, dejó a Morgana a solas con Lair y se marchó a darse un baño, al igual que ya estaba haciendo Flora.

Tenía el cuerpo entumecido y olía fatal. Además de estar manchado de arriba abajo de lodo reseco.

Se sumergió en la tina que Gracie había preparado a conciencia y respiró profundamente.

El día había sido demoledor. Tenía la sensación de que el tiempo transcurría deprisa, muy deprisa.

¿Quién le iba a decir que Lair, su irresistible amante, era solo un instrumento en manos del malvado pastor Forb?

El castillo se había teñido de dolor desde su llegada, ¿cómo no había sido lo suficientemente avisado para atar los pertinentes cabos?, aquel cuerpo lo había cegado, es más, se sentía fuertemente atraído hacia ella, solo cuando Flora hizo acto de presencia en su casa, después de tanto tiempo, pudo reunir el valor suficiente como para darle una negativa, si bien, volvió a caer en la tentación por unos celos absurdos.

Debía hablar con Flora sin demora, ella había salido del lodo ilesa, era un milagro, un verdadero milagro que hubiera sido así. Por unos angustiosos momentos creyó perderla y esta vez para siempre.



El pastor se hallaba en las mazmorras. Angus y Simon se habían marchado, dejándolo solo en la oscuridad. Aterrado. Había perdido el control sobre su hija y ahora temía que esta quisiera vengarse de él. Si llevaba a cabo su venganza, no se conformaría con darle muerte de forma rápida, por el contrario, le haría pagar por cada crimen que él la obligó a perpetrar.

La puerta de hierro se abrió y alguien entró. El pastor aguzó la vista y respiró tranquilo al ver que no era Loch.

—Buenas noches, pastor, os traigo algo para comer —dijo Gracie mientras dejaba una bandeja con un cuenco de caldo, un bollo de pan fragante y una botella de vino con una copa.

El hombre estaba famélico, llevaba muchas horas sin probar bocado, pues los Fraser se habían pasado todo el día haciéndole preguntas y recriminándole sus acciones, que él había tenido a bien encomendar para el bien de su comunidad. ¿Cómo no eran capaces de ver que él tenía la razón y ellos se equivocaban? Si seguían pasando por alto el comportamiento de las Gowdie o de Flora Byset, Beaully acabaría por convertirse en un lugar marcado por el libertinaje y el pecado.

No..., él era un hombre de bien y estaba seguro de que Dios lo sacaría de aquel atolladero.

Forb comió y bebió, regando su cena con una copa de vino, que Gracie le sirvió.

Cuando tuvo la tripa llena se sintió más fuerte y esperanzado.

—No temáis, pastor Forb, os sacaré de aquí.

Capítulo 48

Morgana acudió rauda al despacho de lord Lovat para a dar aviso de que Lair no estaba en la cama. Había aguantado toda la noche despierta, turnándose con Gracie para cuidarla. En todo momento la cocinera había permanecido sumida en un sueño profundo y tal parecía que placentero, por su expresión.

—¿Cómo ha ocurrido, muchacha? —inquirió Simon.

—Me quedé dormida, lord Lovat, todavía no sé cómo pudo ocurrir, había dormido un par de horas antes de que Gracie me relevara, lo siento —se disculpó con sinceridad.

—Pierde cuidado, la encontraremos —dijo Simon para reconfortarla, Morgana estaba decepcionada consigo misma.

David acudió al despacho, Angus lo había avisado. Se estaban preparando para ir a buscarla por el bosque, había que darle caza, pues era responsable de varias muertes, por mucho que ella se las hubiera achacado todas a su controvertido padre. Además, ¿cómo sabían que no haría daño a nadie más?

Antes de unirse al grupo de hombres que realizaría la búsqueda, acudió a la habitación de Flora. No se había atrevido a confrontarla, prefirió darle a ella el tiempo que necesitara. Era una mujer fuerte que no parecía alterada por lo ocurrido.

Dio unos toques en la puerta con cuidado y Flora le indicó que pasara. Estaba sentada en la cama y lo observó con una mirada que a David le fue difícil de identificar.

—Loch ha desaparecido, salgo a buscarla con mi padre y mi tío —anunció él.

—Muy bien, no tardes, amor mío —dijo Flora con una sonrisa que a David se le antojó demasiado familiar y no para bien.

Cuando ya iba a salir de la estancia, una idea cruzó su mente, fue como una advertencia: ¿Y si esa no fuera su Dàna? Negó con la cabeza y se reprendió a sí mismo por ser tan imaginativo. Era imposible que eso fuera así, pues Flora llevaba la piedra de protección.

David respiró profundamente y cerró la puerta tras de sí, necesitaba pensar. Cuando se sintió lo suficientemente relajado como para enfrentarse a lo que le deparaba el día, arrancó a

correr por el pasadizo, descendió los peldaños a una velocidad cuando menos temeraria y arribó jadeante al patio de armas. Allí halló a un grupo de hombres, su padre y su tío estaban en el centro de dicho grupo y gesticulaban sin cesar. A sus oídos llegaban las voces amortiguadas, casi inaudibles. Sin embargo, no le fue difícil leerle los labios a Angus, que era el único que tenía de cara, mientras se aproximaba a ellos.

El mensaje era claro y añadía más sal al asunto: El pastor Forb también había escapado, y alguien tenía que haberlo ayudado, pues no había ningún destrozo en la puerta de su calabozo. ¿Cómo sino saldría de allí?

Cuando se reunió con ellos pudo comprobar que el mozo de cuadras y uno de los jornaleros tenían a Gracie sujeta cada uno de un brazo, mientras la muchacha observaba aterrada, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué retenéis a Gracie? —inquirió David, extrañado.

—Porque esta atolondrada ha dejado salir al pastor, sir David —bramó el mozo de cuadras.

Su padre lo miró con intensidad y asintió con la cabeza.

—¿Y por qué lo has hecho, muchacha? —preguntó.

—Porque *lady* Flora me lo pidió, me dijo que un hombre de Dios jamás podría estar cautivo por su comunidad y que, si no le proporcionaba comida y lo liberaba, ardería en las llamas del infierno —se explicó mientras las lágrimas lamían sus mejillas sin cesar.

—¿Flora?, ¿estás segura?

—Sí, sir David, acudió a mi alcoba, mientras yo descansaba del cuidado de Lair, y me lo pidió, me dijo que no lo hacía ella misma porque no se encontraba con fuerzas para bajar a las mazmorras. Me proporcionó una bandeja con los alimentos para que se los diera al pastor.

David, mandíbula tensa, manos en puños. En su mente, el momento en que se había despedido de Flora y lo había obsequiado con aquella sonrisa extraña. Ahora tenía claro que su intuición no había fallado, era ella, Loch. Y si se encontraba en la habitación de Flora, ¿dónde demonios estaba ella?

David no esperó más tiempo, se alejó a paso vivo del grupo y se dirigió a los aposentos de Flora. Cuando arribó, la puerta estaba abierta y en el suelo había sangre..., sangre, ¡por todos los demonios!

Se volvió loco, de nuevo la estupidez se cebaba con él y dejaba que la mujer que amaba se pusiera en peligro por su cobardía, porque sí, no se había atrevido a llamar a su puerta la noche anterior por miedo a que ella lo rechazara de nuevo.

De pronto, algo llamó su atención. Se hallaba junto a la cama, en el suelo. Se agachó a recogerlo y una punzada de dolor se apoderó de su pecho. Pues el objeto hallado era ni más ni menos que la piedra de druida de Flora, que parecía haber sido arrancada de su cuello.

David no perdió más tiempo, y, entre bramidos, volvió junto a los hombres, el objetivo principal de aquella búsqueda había cambiado, ahora necesitaban encontrar a Flora sana y salva, cuando lo consiguieran, ya se ocuparían de los otros dos.



Las personas valientes sienten miedo al igual que las que no lo son tanto, el miedo no condiciona el valor, y así le ocurría a Flora, que se encontraba presa del miedo y también de la ira más feroz. Ira por sentirse indefensa, ira por sus maltrechos pies que no ayudaban, ira por ser una mujer valiente sin la posibilidad de hacerle frente a su rival.

—Y al fin te tengo a mi merced, hoy todo será perfecto. Mi padre conseguirá lo que anhela hace muchísimo tiempo, y yo seré la perfecta esposa de David Fraser.

Flora se hallaba atada en una pira que había preparado concienzudamente el pastor Forb antes de caer al suelo, retorciéndose de dolor entre bramidos. Sus pies estaban desnudos, por voluntad del siniestro clérigo.

—David no te creará, se dará cuenta del engaño, él me distinguiría entre un millón de mujeres, porque me ama, ¿sabes lo que es eso? Cuando amas a alguien eres capaz de dejarlo marchar si con ello va a ser feliz, Loch.

—Ay, mujer crédula e insignificante..., los hombres solo ven lo que tenemos entre las piernas, y te aseguro que David ha estado entre ellas muchas veces. No sabes cómo disfrutaba conmigo mientras tu hermanita se metía en la cama con ese desgraciado de Iver. Incluso iba a tener un hijo de ese individuo, ¿te imaginas?, un hijo de una perturbada y un gigante sin entendederas —dijo Loch entre carcajadas.

Una punzada de dolor atenazó el pecho de Flora, Freya estaba embarazada. Maldijo a aquella desgraciada por haberle hecho daño a su hermana y a un ser inocente que no tenía culpa de nada.

—David no es así, puede que consiguieras llevártelo a tu terreno cuando no tenía amor, pero ahora me tiene a mí, ya me encargaré yo de que no necesite otras piernas en las que pensar —soltó Flora con una seguridad impostada, pues su interior temblaba como una hoja y se debatía entre un cúmulo de sentimientos encontrados.

—Eres divertida —dijo Loch entre carcajadas—, lástima que no puedan existir dos Floras y yo tenga que cumplir la última voluntad de mi padre muerto.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que David se dé cuenta del engaño?, hay algo que no sabes, desgraciada. Un lugar mágico e íntimo que solo conocemos él y yo. —Flora dijo esas palabras a sabiendas de que los hombres que estaban construyendo la casa, obviamente, eran conocedores de la ubicación. Mas no se le ocurrió cómo darle más conversación a Loch y hacer con ello tiempo.

—Yo seré Flora, y con eso que me has dicho, no me será difícil convencer a David para que me muestre ese rincón mágico del que hablas.

Flora sonrió, era cierto, callándose hubiera ganado más, pero estaba aterrada y las palabras salían de su boca sin que ella las pudiera controlar, únicamente quería ganar tiempo, tiempo y más tiempo.

—Caminas muy bien para ser Flora, ¿no crees?, quizá tus pies deberían sufrir un ligero cambio, veo que no lo has tenido en cuenta.

Loch sonrió y añadió entre risas:

—¿Tú crees que David se fijará en mis pies?, llegado el momento, ya sabré lidiar con ello.

Flora rodó los ojos.

—Eres una arrastrada, tanto que pareces más una lombriz que una mujer. Si es que se le puede llamar mujer a una individua que tiene que recurrir al engaño para tener al hombre del que está encaprichada. Porque sí, Loch Forb, lo tuyo es mero encaprichamiento, por no decirlo de un modo más vulgar. ¿A quién crees que verá David cuando te bese?, ¿y cuando te haga el amor?, ¿sabes la respuesta? Nunca..., nunca te amará a ti, ni siquiera a la versión impostora de mi persona. —Flora escupió las palabras, debía decirle a esa mujer lo que ni ella misma parecía haberse planteado.

—¡Voy a callarte esa boca de serpiente de inmediato! Veo que no somos tan diferentes. Parecías la buena niña, la mosca muerta, pero no eres más que una víbora —espetó Loch, furiosa.

—La verdad duele.

—No estás en posición de darte esos aires de superioridad, te voy a quemar, querida —dijo Loch dedicándole una sonrisa de triunfo.

—Pues hazlo ya, demonios, y deja de decir sandeces. Quizá mi camino no sea largo, pero el tuyo no lo será mucho más. David descubrirá el engaño, quizá a estas horas ya sepa que algo así puede haber ocurrido.

—¿Por qué debería saberlo? —inquirió Loch encogiéndose de hombros.

—Te olvidas de que me arrancaste el colgante con rabia, un colgante que arrojaste al suelo y en el que no volviste a reparar, ya que no lo puedes sostener por más de unos breves instantes.

»Y te olvidas de lo mejor, David lleva uno también. Ah, ¿que eso no lo sabías?, el engaño no te servirá de nada mientras él lo lleve puesto.

La expresión de Loch se encolerizó, los ojos parecían salirse de sus órbitas y sus puños apretados tenían los nudillos blancos.

De pronto, el pastor Forb soltó una risita débil, aunque todavía audible.

—No eres tan lista, hija mía, olvidas que solo eres medio *kelpie* y por mucho que ahora estés en posesión de tus bridas, tu parte humana ha de aflorar por alguna parte —dijo el hombre con dificultad.

Loch, totalmente fuera de sí, se aproximó hacia su padre y le propició varias patadas en el estómago y el rostro. El hombre se asemejaba a un trapo maltrecho, siendo pisoteado por el fruto de sus malas acciones.

—¿Por qué no te mueres de una vez? —preguntó ella con la ira a flor de piel.

—Porque no soy tan fácil de matar, hija, tu madre lo intentó y todo le salió al revés, desde entonces, descansa varios metros bajo tierra —balbució Forb, cada vez más débil.

Loch sacó un cuchillo de su calcetín y se lo clavó a su padre en el cuello. La sangre manó sin control y Forb emitió varios sonidos guturales antes de dejar de moverse.

—¿Qué harás ahora?, ¿cuál será tu versión? —preguntó Flora entre risas nerviosas, porque era su modo de protegerse, llorar no era de recibo, ya lo haría en la soledad de su habitación si salía de aquel aprieto, estaba claro que no le iba a ser fácil.

Capítulo 49

La desesperación, esa indeseable compañera de viaje que David y los suyos cargaban a sus espaldas, dificultaba la búsqueda de Flora. El highlander parecía impregnar al grupo con esta, de modo que se había instaurado un silencio cargado de tensión entre ellos.

Llevaban algo más de una hora de búsqueda y a David se le antojaba una vida entera. En el bosque, una niebla espesa y fría calaba los huesos de cualquiera, en cambio, a él le quemaba el alma y un sentimiento inmenso de culpa estallaba en su corazón, haciéndolo fragmentarse por cada segundo que transcurría sin ella, sin su Dàna. Habían decidido separarse hacía escasos minutos, de ese modo abarcarían más terreno. A su padre no le había hecho ninguna gracia que David se quedara solo, sin embargo, él lo necesitaba, sus sentimientos estaban a flor de piel y la soledad lo reconfortaba, si es que podía hacerlo con su prometida en paradero desconocido.

De pronto, el olor inconfundible de una hoguera inundó sus fosas nasales. El pánico se introdujo en su cuerpo y lo recorrió con la fuerza de un volcán en erupción.

Señaló para sí mismo el lugar del que pensaba provenía; quizá tener menos oído lo dotaba de un olfato privilegiado, su padre siempre lo había dicho, que no le hacía falta escuchar el ruido del mundo al ser tan bueno para verlo con sus propios ojos y olfatearlo como si se tratara de un can.

David rezó en silencio para que el rastro de humo no lo condujera a un fatal desenlace.

Arribó a un claro en medio del bosque y localizó a Flora atada a un mástil. El fuego ardía a sus pies y estaba a punto de alcanzarla sin remedio.

—¡¡Flora!!, ¡¡¡Dàna!!! —gritó mientras hacía cabalgar al caballo a la máxima velocidad que este podía alcanzar.

Cuando llegó a la altura de la pira, localizó a Forb sin vida, en un charco de sangre. El corazón le dio un vuelco cuando vio quien observaba la escena, impasible.

—David... —gimoteó Flora desde su terrorífica situación.

—No la creas, es solo una ilusión, amor mío —dijo Flora entre sollozos.

David miró hacia ambos lugares, tanto la mujer de la pira como la que observaba la escena tenían idéntico rostro.

Se llevó los puños a los ojos y los frotó con fuerza. Volvió a mirar y vio la expresión suplicante de la mujer que estaba a punto de arder en la pira. Giró de nuevo la cabeza y la Flora del suelo negó mientras repetía una y otra vez que no creyera sus ruegos, que la que se estaba quemando en la hoguera era ni más ni menos que Loch.

—¡Desátame y déjame vérmelas con esa miserable!, ¡mujer contra mujer, a ver si tiene tantos arrestos como para enfrentarse conmigo entonces! —exclamó Flora con evidente furia, estaba cansada de que Loch aprovechara siempre sus momentos de vulnerabilidad para atacarla.

—No la creas, amor mío, no la creas. Ha matado a su propio padre y luego quería matarme a mí. A punto ha estado de hacerlo la desgraciada —intervino la Flora del suelo.

—Eres patética, Loch Forb, pero no conseguirás lo que te propones, no lo harás. —Flora escupió las palabras.

No iba a llorar delante de semejante harpía, mantendría su dignidad hasta el final si David no sabía ver a quién tenía delante y decidía dejarla arder.

—¿No ves cómo habla?, no es más que una mujer malvada y ha de morir por ello. Así no volverá a molestarnos ni matará a nadie más —intervino la Flora del suelo.

David frunció el ceño y cayó en la cuenta de que había tenido el descuido de quitarse la piedra de protección la noche anterior antes de meterse en la tina. Había olvidado colgársela de nuevo al cuello. Se reprendió a sí mismo por haber hecho caso omiso a las advertencias de Isobel. No debía quitarse el amuleto jamás.

Debía hacer uso de su intuición, de su conocimiento más íntimo de Flora. Las observó a ambas con detenimiento. ¿Cuál sería la verdadera?, ¿y la impostora?

—Vámonos, amor mío, vámonos a nuestro rincón mágico y dejemos que este engendro que ni siquiera es humano se consuma hasta que no queden más que cenizas.

David ladeó la cabeza.

—¡Rincón mágico..., rincón mágico, anda, desgraciada, dile a David cómo se llama el rinconcito, díselo! —exclamó la Flora de la pira.

—No lo diré jamás delante de otra persona, es un secreto entre él y yo, no me vas a tentar, no haré que conozcas su nombre —respondió la Flora del suelo.

David permanecía en silencio, escrutando a cada una de ellas con la mirada, leyendo los labios de una y otra.

—Date prisa, David, y ayúdame a bajar de aquí, no queda mucho tiempo —lo apremió la Flora de la pira.

—Amor mío, ignórala, ella es fruto de tu imaginación, esa mujer es capaz de hacerte ver lo que ella quiere. Te aseguro que yo veo a la cocinera, no a Flora Byset, porque Flora Byset soy

yo, créeme.

—David... —balbució la Flora de la pira mientras le dedicaba una mirada de decepción, pues siempre pensó que él la reconocería entre miles de mujeres, pero tal parecía que no, que seguía sin percatarse de que era ella y, si nada lo remediaba, acabaría por perecer en las llamas que comenzaban a lamer sus maltrechos pies.

No pudo más, se negaba a soltar una lágrima delante de esa perversa mujer, quería mantener su dignidad intacta, y puede que en otro momento lo hubiera conseguido; mas no en ese..., no con un David dubitativo, ¿es que aquella piedra no era suficiente protección para él?, como ya he referido, no pudo más y las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas formando ríos que se resquebrajaban en contacto con la piel. Los ojos acuosos que no podía esconder, pues sus manos estaban atadas, ya se mostraban ante la desgraciada que había sesgado la vida de su hermana, de su inocente sobrino nonato, de Hope, del controvertido Iver, y de Nimue, que solo era una chiquilla.

Vio como David se aproximaba a Loch y la besaba con dulzura y quiso arder en ese mismo instante hasta consumirse. ¿Por qué?, ¿por qué no la había reconocido?

Las lágrimas se convirtieron en un grito desgarrado, con todas sus fuerzas lo dijo: «¡¡¡Ghrian, Ghrian, Ghrian!!!».

Se quedó sin voz de tanto gritar, con los ojos cerrados para no ver como las llamas recorrían su ser.

Capítulo 50

Se desperezó en la cama, el sol acariciaba su rostro y la espalda de David, que yacía desnudo junto a ella. No se habían separado desde que arribaron a Dounie, era la primera noche que pasaban juntos desde su tumultuoso enlace.

Recorrió con el dedo índice la espalda del *highlander*, e intentó imaginar cómo se habría hecho cada cicatriz.

David abrió los ojos y se dio la vuelta para mirarla. Acarició su largo y enmarañado cabello castaño y besó sus labios con dulzura.

—Te amo, no imagino que hubiera ocurrido si... —comenzó a decir David, pero ella lo cortó posando un dedo en sus labios.

—No hables de ese tema ahora. Estamos juntos, eso es lo que importa.

David, que había cerrado los ojos, no entendió a su esposa, ya que le fue imposible leerle los labios y esta había hablado muy bajito, casi en un susurro inaudible.

Flora repitió sus palabras y David sonrió.

—Nunca me has hablado de cómo perdiste el oído... —dijo ella con interés.

—Quizá eras muy pequeña cuando pasó y no te acuerdas, Freya sí lo sabía, estábamos juntos cuando ocurrió.

—¿De verdad?, nunca me habló de ello, en realidad, nunca me habló de nada —intervino ella con pesar.

—Estábamos jugando cerca del río y Freya gritó de pronto. Recuerdo que hacía mucho frío y las aguas estaban gélidas, lo sé porque yo me tiré tras ella.

»Freya lo pagó con un buen constipado, pero el río me pidió un pago por arrebatarse a la preciosa niña que había salvado aquel día y yo le di mis oídos.

—Bonita forma de contarlo..., te agradezco que rescataras a mi hermana, aunque pagaras ese precio tan alto.

—No lo has entendido..., no fue a Freya a quien rescaté aquel día.

Ella abrió mucho los ojos y una imagen golpeó su mente, una imagen que había permanecido dormida durante años.

Jugaba en la ribera del río, era muy pequeña, no tendría más que cuatro o cinco años. Recogía flores y se las mostraba a Freya, que jugaba con David y con Beiste no muy lejos de allí.

De pronto, una de las flores cayó al agua y ella se agachó para recogerla, mas no le fue posible, y cuando quiso darse cuenta, su pequeño cuerpecito iba a la deriva golpeado por las rápidas aguas del río Beaully.

Tenía mucho frío y el cuerpo paralizado por el miedo, además, no sabía nadar y tampoco tenía la suficiente fuerza para ello, la corriente del río era violenta.

Comenzó a berrear y Freya, que la escuchó, quedó aterrorizada cuando vio a su hermana pequeña en el agua, sin pensárselo mucho, se metió en el río y nadó hacia ella, pero apenas tenía nueve años, necesitaba ayuda y llamó a David con todas sus fuerzas. Este acudió raudo y ayudó a su hermana a rescatarla a ella. En ese momento la oscuridad la tenía presa y cuando volvió a abrir los ojos, fue la preciosa mirada esmeralda de David Fraser la que vio.

—Dios mío... Ahora entiendo tantas cosas. Toda mi vida, cuando me sentía mal, cuando la desesperación me invadía, eran tus ojos los que me daban paz, tú me dabas paz, David. Lo siento por tus oídos..., te aseguro que había olvidado lo ocurrido, era muy pequeña.

—Al demonio mis oídos si te tengo a ti —dijo David, divertido, con el fin de quitarle hierro al asunto, pues no quería que ella se sintiera culpable, por esa razón nunca le había hablado de ello.

Flora cerró los ojos y comprendió la frialdad de Freya para con ella. Su pobre hermana se había sentido culpable toda la vida, por ello se alejó de ella, para no volver a sufrir.

—Todavía no me has dicho cómo supiste quién era la verdadera Flora..., te juro que cuando vi que la besabas quise prender en llamas en ese mismo instante, me hubiera desatado y, como una estatua gigante de fuego, hubiera ido a tirar a esa desgraciada de la melena...

David se encogió de hombros.

—Lo supe desde el primer momento, Dàna, ¿cómo no iba a saberlo?, ¿desde cuándo me has llamado tú «amor mío»?

»Además, te conozco desde que eras una niña, ¿crees que no sé cómo te las gastas cuando te enfadas?

—Eso de que la besaras no me convence...

—Fue para que se confiara —se justificó David.

—Pues casi te mata, si no hubiera sido por tu tío, hoy estaríamos rezando por tu alma.

David cerró los ojos, no le gustaba cómo había terminado todo aquello...

Recordó el momento en que hundió su lengua entre los labios de Loch. Un gusto amargo lo invadió y fue presa de una repugnancia que jamás había sentido por ella, si bien, en ese momento conocía todos los crímenes que la taimada mujer había perpetrado, era lógico que besarla se le antojara como hacerlo a una gran mierda.

Su intención era reducirla, agarrarla con fuerza para conseguir derribarla y atar sus manos a la espalda. Sin embargo, él no contó con el cuchillo que la muchacha llevaba escondido en una manga y que estaba manchado ya con la sangre de Flora, a la que había hecho un corte superficial en la garganta con el fin de intimidarla cuando la secuestró, y de Forb. Ella, en cuanto fue consciente de lo que David pretendía, intentó apuñalarlo. Un segundo después, Loch se deshacía inerte, la flecha de una ballesta que había disparado Angus la había alcanzado.

—Siempre te amaré —fueron sus últimas palabras dirigidas a David.

Ante la mirada estupefacta de los allí presentes, Loch se transformó en una sustancia negra y viscosa, semejante al lodo, y desapareció, tal y como le había ocurrido a su madre años atrás.

David soltó un suspiro.

—Eso no era amor, soy consciente de ello. Me apena que una mujer tan joven haya tenido que vivir una vida tan triste, aunque no lo hace que esté muerta, quizá era la única manera de lograr que cesara en su empeño de arruinarnos la vida.

—No digas eso, David, ni siquiera pienses en ello, ahora debemos comenzar de nuevo y olvidar el pasado...

—No, Dàna, olvidar el pasado significaría hacerlo con nuestra historia, así que no, jamás olvidaré mi camino de regreso a ti.

Ambos se fundieron en un abrazo y enlazaron sus cuerpos desnudos, desprovistos de todas las máscaras, de todas las capas de tela que impiden que un ser humano se entregue a quien ama por completo y sin reservas.

Epílogo

Una hermosa casa se alzaba sobre el lugar idílico al que Flora y David habían bautizado como Ghrian. El día era azul y ninguna nube se atrevía ni siquiera a acariciar la felicidad de nuestra pareja. Simon había repetido una y otra vez que con el tiempo tendrían que volver a Dounie, pues lord Lovat no podía vivir en una pequeña fortificación en medio de la nada, y había que proteger el castillo que representaba a los lords de Beaulieu.

Sin embargo, todavía su padre era joven y para David, lo único que contaba era su pequeña familia, que había vivido en paz desde que el *kelpie* desapareciera de sus vidas.

Flora estaba embarazada de siete meses y la pareja ya tenía una niña de tres años que los volvía locos a ambos. Se llamaba Ghrinn, y era una verdadera belleza de cabello castaño y ojos verdes. Había heredado las esmeraldas de su progenitor, esas que a Flora envolvían con su candor.

Sin embargo, la pequeña hacía gala de un carácter fuerte, que recordaba a Flora cuando esta tenía su misma edad.

—¡Ghrinn, vamos, ya han llegado todos! —exclamó Flora.

La niña la observó con mirada traviesa y negó con la cabeza.

—¿No querrás perderte los dulces de la tía Isobel? —preguntó Flora con los ojos entrecerrados y una expresión malévola en su rostro.

Sin embargo, la inocencia de la pequeña la hizo correr hacia su madre con verdadero interés, Ghrinn adoraba los dulces que preparaba Isobel Gowdie.

Las Gowdie se habían vuelto grandes amigas de Flora y David. Ambas familias se frecuentaban como si de familia carnal se tratara, y es que para Flora, aquellas mujeres, todas ellas, representaban lo que había perdido al morir su hermana Freya. A quien no había tenido en vida y sentía, en muerte, muy adentro de las cinco mujeres.

Flora y Ghrinn entraron en el pequeño castillo y se dirigieron al gran salón, si es que se le podía llamar así a la réplica mucho más pequeña del de Dounie.

Sentados a la mesa se hallaban todos. Eloise y Simon, que la presidían, junto a David y la silla que esperaba ser ocupada por ella. Las Gowdie al completo, Simon y Beiste, que al final había resultado ser un buen hombre. Encontrarse al límite de su odio, estar a punto de darle

muerte a una mujer inocente por sus propios fantasmas, le había hecho abrir los ojos, y él mismo se había encargado de presentarse en la casa de las Gowdie para hablar con Isobel.

De lo que se habló aquella tarde de otoño solo los interesados fueron testigos y nadie le susurró a otro oído que lo escuchara lo que expusieron las dos partes. Lo único que hizo que se pudiera entrever e imaginar, fue el hecho de que un día, Isobel y Angus decidieran darse la oportunidad que tanto tiempo los había esquivado. Eso sí, ella dejó muy claro que nunca se casaría y que mucho menos abandonaría su pequeño paraíso. Ello no impidió que se amaran con sinceridad y pasión. ¡Oh, sí!, mucha pasión contenida durante años...

El pastor Forb dejó a sus fieles decepcionados y huérfanos de un guía que les mostrara el sendero por el que debían caminar. Poco tardó en ocupar su puesto un hombre joven y apuesto al que llamaban pastor Callum y que era tan diferente al difunto y malogrado Forb, que sus sermones eran escuchados por infinidad de jóvenes casaderas, aunque no fueran devotas ni pensarán en ello.

Simon se dispuso a comenzar su discurso, tenía a Ghrinn en sus rodillas y la dejó en la silla antes de hablar. Abuelo y nieta se adoraban, no así ocurría con el padre de Flora, quien parecía ignorar a la pequeña, incluso le hablaba con hosquedad y no soportaba que esta hiciera lo que hacen los niños: correr, saltar, gritar de alegría...

—Después de casi cuatro años, mi querido hijo y su esposa han hecho su sueño realidad. Construir la casa donde vivir su amor y darme muchos nietos como esta pequeñita que es la dueña de mi corazón.

»Os vamos a echar de menos en Dounie. Sin embargo, mi querida esposa y yo somos dichosos porque sabemos que en esta casa solo hay amor, nunca dejéis que el amor abandone vuestras vidas.

Eloise lo observó con el ceño fruncido. Su esposo se había pasado con el vino, ya que, en realidad, estaba triste, muy triste por la marcha de su hijo, Flora, y, sobre todas las cosas, de su pequeña nieta.

—Gracias, padre. Eres un gran referente para mí y te aseguro que haré que mi familia sea un ejemplo de unión, como lo fue siempre la nuestra —intervino David, a sabiendas de que el periodo en que Loch había permanecido en sus vidas todo se había tornado negro.

Nadie hablaba de ella, fue como si su solo recuerdo cubriera los muros de Dounie con una pátina de negrura putrefacta. Así que, simplemente, su esencia se esfumó y la vida sin ella se tornó en aguas cristalinas.

—*Je suis prest!* [\[12\]](#)—exclamó Simon alzando su copa, y todos en la sala repitieron sus palabras.

Palabras tan llenas de sentido para su clan, palabras que los representaban, heredadas de sus ancestros. Un lema, una historia: Estoy listo.

[1] Chacal

[2] Sustituta

[3] Pequeño puñal que se lleva escondido en la bota o en el calcetín.

[4] Atrevida, osada.

[5] bruja

[6] Desagradecido

[7] Caldo escocés

[8] Piedras de druida, protegen de la brujería al portador.

[9] Ojeras lívidas que se aprecian en el rostro de un moribundo y anuncio de que se acerca su fin.

[10] Ser mitológico. Espíritu de agua en forma de caballo, propio de los lagos de Escocia.

[11] Cambiaformas de foca a humano, de la mitología celta y nórdica. Frecuentemente del género femenino.

[12] Estoy listo. Lema de los Fraser de Lovat

Nota de la autora

Gracias por leer este libro, estoy muy contenta de que lo hayas elegido con la cantidad de opciones que hay en el mercado en la actualidad, así que, si has llegado hasta aquí, puedo darme por dichosa.

He de aclarar varios puntos que me parecen cuando menos importantes.

En primer lugar: decidí utilizar para esta historia un lenguaje que la hiciera amena y entretenida. Si bien he usado un tono más formal en según que escenas, en su gran mayoría el lenguaje puede resultar actual, sobre todo en la narración, por razones obvias, el libro está escrito en tercera persona y cualquiera podría haberlo narrado, en este caso yo, una mujer nacida en el último tercio del siglo XX, apasionada por lo que ocurrió mucho antes de que ella naciera.

En segundo lugar: he utilizado términos como «magia verde», que dudo mucho que se llamara así en el siglo XVI. Solo quería darle una denominación entendible, es decir, es una de las licencias que me he tomado. Me gustó la idea de que las Gowdie estuvieran en consonancia con la naturaleza y practicasen un tipo de magia que podía ayudar al prójimo en Beaulieu. Podría haberla nombrado de otra forma más acorde con la época y soy consciente de ello, pero así me pareció interesante.

En tercer lugar: El castillo Dounie existió de verdad. En su antiguo emplazamiento, hoy en día se alza el castillo Beaufort, que se construyó en 1880 y es la sede de los lores Lovat.

En cuarto lugar: Isobel Gowdie también existió, la historia que explico sobre ella en el libro se acerca bastante a la realidad y es una interpretación personal de lo que pudo ocurrir para que aquella mujer confesara —si es que realmente lo hizo— todas aquellas barbaridades cuando fue apresada.

Encontré en internet que podía deberse a la fiebre de San Antonio e investigué sobre el tema. En Escocia hubo muchos casos y la producía el cornezuelo del centeno, de ahí que saliera a colación el pan de hadas, creado totalmente por mi imaginación. Sin embargo, se me ocurrió buscarlo en internet y cual fue mi sorpresa al descubrir que existe y que es un postre casero muy apreciado por los pequeños de la casa en Australia y Nueva Zelanda. Así que nada de pan vengativo, por el contrario, es un pan para hacer felices a los peques.

Y creo que eso es todo. En caso de que al leer esta historia te hayan quedado dudas, puedes comentarlas conmigo, escribiéndome un correo a lisbethcavey@gmail.com, estaré encantada de aclararlas.

Lisbeth Cavey

Agradecimientos

Primero de todo quiero agradecer la familia que he creado junto a ti, Pedro. Sí, a ti también por esos desayunos que les haces a los peques las mañanas de fin de semana para que yo pueda arañar minutos al tiempo y dedicarlos a mi pasión. Sois mi vida entera.

A mis cinco mujeres Gowdie reales, espero que hayáis sido capaces de identificaros en este libro. Mientras lo escribía os colasteis en él sin más. Nani Mesa, Enri Verdú, Esperanza Mancera, Sonia Martínez Gimeno y Sarah Mc Allen.

A Jane Mackenna y Laura Larios, por esa amistad que dura ya varios años y que tanto aprecio. No sé qué haría ya sin vosotras.

Por último, pero no menos importante, a ti, lector/a, me alegro de que te hayas dejado llevar por *Una luna para amarte*. Espero que lo hayas disfrutado. Sin ti este sueño no sería real, el trabajo más hermoso del mundo no existiría y la vida de los escritores estaría vacía, muy vacía.

Lisbeth Cavey

Suscríbete a mi página web www.lisbethcavey.com y disfruta de sorteos en exclusiva para suscriptores y más sorpresas.
